

BOLETÍN

DE LA

ACADEMIA ARGENTINA

DE LETRAS

TOMO XV. — N° 57

Octubre-diciembre de 1946



BUENOS AIRES

1946

BOLETÍN DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

Director : Académico ARTURO MARASSO

SUMARIO

ARRIETA, RAFAEL ALBERTO, <i>Discurso en la recepción de don Arturo Capdevila</i>	525
CAPDEVILA, ARTURO, <i>Discurso de recepción. La carrera literaria</i> ..	533
MARASSO, ARTURO, <i>La Antología griega en España</i>	561
HENRÍQUEZ UREÑA, MAX, <i>José Enrique Rodó</i>	573
GUERRERO CÁRPENA, ISMAEL, <i>Santos Vega y Poca Ropa, payadores rioplatenses</i>	637
Textos y documentos :	
GRANADA, DANIEL, <i>Sobre los nombres de los colores del caballo de América</i>	671
Acuerdos	679
Noticias	689

PRECIOS

Un año (4 números).....	\$ m/n 7.00
Número suelto.....	2.00

BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

TOMO XV

OCTUBRE-DICIEMBRE DE 1946

Nº 57

DISCURSO DE DON RAFAEL ALBERTO ARRIETA

EN LA RECEPCIÓN DE DON ARTURO CAPDEVILA

Cincuenta libros de diversa hermosura acompañan al nuevo miembro que incorpora públicamente la Academia Argentina de Letras. Llega así, como un príncipe oriental de las leyendas que él cultiva, precedido por los cincuenta cofres de su tesoro. Me honra el encargo de recibirlo y de darle la bienvenida de la corporación ; pero ni la oportunidad ni el tiempo concedido a mi saludo me permitirán entreabrir los numerosos volúmenes y mostrar, aunque fuera con la fugacidad de un relámpago de su pedrería, el contenido precioso. Creo, sin embargo, conocerlo en detalle, y lo he visto crecer desde hora muy temprana. Y al privilegio de una amistad iniciada cuando el autor estaba en el comienzo de su obra, debo, sin duda, la representación que me han conferido mis colegas. Salvo pocas excepciones, conocí los libros de Arturo Capdevila cuando eran nebulosa de pensamiento, o manuscrito inconcluso, o trozos dispersos. La confianza personal o mi atención asidua a la siembra de su pluma, tiénneme hace largos años muy cerca de su creación litera-

ria y de la intimidad de su espíritu. No sabría cómo evadirme de esa trama amistosa para corresponder a fórmulas y prácticas de la tribuna académica. Válgame esta confesión para dejarme conducir por las corrientes del alma, que se deslizan con tan dulce placidez por los cauces del recuerdo afectuoso.

Córdoba y su poeta presentáronse por vez primera en la misma ocasión, venturosa simultaneidad que disentía en un punto: la vieja ciudad brillaba en su hoya bajo un cielo esplendoroso y el joven lírico vestía de luto por sus padres. Apenas habíase escuchado el rumor matinal de los « jardines solos » con que entraba su adolescencia en el mundo poético, cuando Melpómene lo envolvió en sus crespones sombríos. Un canto doliente y caudaloso brotó de la oscuridad terrestre y se alzó hacia los astros. La deidad trágica hizo la noche en el corazón juvenil; pero la musa griega fué vencida por una voz misteriosa y providencial llegada del lejano Oriente, que dijo su lección de paz. « Y se pobló de estrellas la oscuridad vacía ». Poco después conocí al iluminado, y juntos paseamos una tarde por los alrededores solitarios donde ya se percibía el aliento de las sierras, y juntos nos sumergimos en una contemplación silenciosa de la vaguedad nocturna que iba haciendo tenues e imprecisos los límites del paisaje. Mi conductor salió del silencio, como apartando suavemente sus velos, con palabras secretas que asociaban el arrobó del instante a las constelaciones. En aquel breve soliloquio — pues mi asociada presencia no impedía la liberación de su fantasma íntimo, despertado por el mensaje de tan remotas lámparas —; en aquella desnudez repentina que me hizo transparente su morada interior, me pareció asistir a la oración de un poeta persa que hablaba como un sacer-

dote caldeo en un español castizo y sin tonada cordobesa. Se lo dije, para aliviarnos de la gravedad pasajera, y nos reímos. Nunca he dejado de verlo como aquella vez; pero el monólogo ha ensanchado su latitud humana.

En la segunda visita a Córdoba hallé a mi astrólogo convertido en juez de instrucción bajo los soportales del Cabildo colonial. Durante mi ausencia había florecido *El Poema de Nenúfar*, la suspirante égloga en que perdura el signo fúnebre. Mi llegada coincidió con los primeros ejemplares de *La Sulamita*, el delicioso epitalamio bíblico destinado a las tablas. El ya acentuado orientalismo del escritor cordobés había penetrado hasta en sus códigos: su tesis doctoral trataba de las leyes de Manú como sillares del Forum; y de la ampliación asiática de aquel cuadro jurídico surgió *Dharma*, libro que investiga la influencia de Oriente en el derecho de Roma. Los amigos ruidosos que solían asaltar el despacho del magistrado, apodaban cariñosamente al juez con un tratamiento que incluía al arúspice: llamábanle el Vate. Y el vate se reunía con ellos en plazas y paseos, en las redacciones y en las salas de una Córdoba todavía austera, ceremoniosa, recatada, pero estremecida por algunas ráfagas anunciadoras del huracán inmediato, y que a lo largo de un siglo habían dado alas ocasionales al airecillo soplado por Varela y Lafinur en los claustros de Monserrat.

Aquellos núcleos juveniles, formados en el seno de la vetusta Universidad, respondían desde el centro del país al sentimiento y al ideario de una generación americana que había fraternizado pocos años antes en el congreso estudiantil de Montevideo y que comenzaba a actuar con brillo en la vida pública de sus respectivos países. La literatura del idioma común se enriqueció entonces notablemente con las

aportaciones y los intercambios bibliográficos. Los nuevos escritores argentinos de aquel lustro comprendido entre los dos centenarios patrios, hicieron obra de la mejor diplomacia con sus coetáneos del Uruguay, de Chile, del Perú, del Ecuador, de otras repúblicas más lejanas. Se ampliaban los horizontes espirituales de América; se reanudaban vínculos históricos; se buscaba una expresión armónica de la vida, del arte, de la cultura entre los pueblos hermanos. No ha sido avalorado aún aquel momento de vibración americanista y de aproximaciones fecundas. La mocedad de Córdoba estuvo presente en diarios y tribunas, en libros y mensajes. Y Arturo Capdevila fué en ella un joven maestro admirado y querido por sus alegres compañeros.

Recuerdo una clara mañana de aquellos días en casa del poeta. Mientras él confrontaba notas en dos o tres cuadernos, yo leía en manuscrito uno de sus cantos a Urania. El rayo de sol que bruñía el vestíbulo y entraba a sobredorar los estantes de un muro en la pequeña habitación, guió mis ojos hasta una extensa fila de tomitos blancos. « *Toute la lyre!* » — me dijo el dueño de casa que había sorprendido mi mirada. Era la obra completa de Hugo en la colección Nelson. Al lado estaba todo el Oriente: los veintitrés volúmenes sin encuadernar de las *Mil noches* y una noche en traducción española de la francesa de Mardrus. Más tarde supe que el admirable trabajador tejía al mismo tiempo en tres telares; sus apuntes correspondían a *Los hijos del sol*, estudio de la civilización incaica; el canto sideral a *El Libro de la Noche*; y de la cantera galante del repertorio árabe, como del humo aromático de un pebetero, surgía para su evagación la figurilla flotante de la narradora que habría de corporizarse en protagonista de su segundo poema escénico.

« Primero en *Dharma*, después en *La Sulamita*, ahora en *El Amor de Shaharazada*, llevo hechos tres viajes al Oriente » — explicó el autor en las notas de la obra última —. Y también dejó escritas en ellas esta confesión: « Si no me cuentan el *Cantar de los Cantares*, ningún libro me ha sido más delicioso que las *Mil y una noches*. Recordaré siempre aquel día de la infancia en que mi padre — un padre de bendición — puso en mis manos la colección de los cuentos. Era el conocido volumen de Galland, escrito para niños. Cuatro lustros más tarde, la admirable traducción de Mardrus, *El libro de las mil noches y una noche*, me renueva aquella emoción del tiempo pueril ». Y otra declaración aún: « Me interesa el Oriente mirado desde mi patria, sin frenesí exótico ». Advertencia justa y específica, aunque no ignorábamos que si enviaba naves de su flota a traer tapices y resinas de tan lejanas tierras, era para alhajar palacios en la propia, cuyo presente vivía con intensidad, cuyo pasado estudiaba con amor y cuyo porvenir soñaba con orgullo. Otro de sus libros, compuesto de actualidades compartidas, mostraba este título de reconocimiento filial: *La Dulce Patria*.

Un día Buenos Aires atrajo definitivamente al poeta cordobés. Colgó la toga y se consagró a la docencia y a la pluma. El cuarto de siglo transcurrido desde su residencia en esta capital ha visto multiplicarse su producción, varios años con doble cosecha, y destacarse, inconfundible y poderosa, su personalidad de escritor. El verso inicial extiende su guirnalda de un extremo a otro del bosque; alejandrinos procesionales alternan con ritmos de canción que el viento deshace y reconstruye; la oda y el idilio, el himno y el madrigal, el salmo y el romance histórico se entrecruzan junto a los troncos y bajo los pabellones. La prosa invade, igual-

mente, todas las celdillas de la construcción literaria : relatos, teatro, crítica, historia, viajes, fantasías, crónicas, meditaciones, biografías y, recientemente, y a su modo, por primera vez, novela. Esa prosa que suele amoldarse al orden numeroso del versículo y que fluye y se quiebra y suelda sucesivamente en anillado deslizamiento, es aquel verso a otras horas del día : la luz cambiante proyecta distinta sombra en el camino. Identificados en el mismo instrumento de dos diapasones, el verso y la prosa de Capdevila comparten, truecan y varían sus partituras ; en ambos, la misma voz que pasa, admonitoria y profética, con grave aletazo, vuelve acariciante y traviesa con aérea mutabilidad ; en ambos el aliento poético tiene llaneza de señorío, soplo dramático, festiva locuacidad ; en ambos tienen atmósferas comunicadas la vida y el poema.

No he de seguir cronológicamente las publicaciones de nuestro recipiendario. Pero quiero señalar un hecho esencial : en los libros de Córdoba, que son toda su primavera, ya estaban presentes el estilo y la fisonomía espiritual del maestro de hoy, e insinuados o bosquejados los temas centrales de su labor total, con las preferencias y las normas y los atributos posteriormente definidos. La diversidad simultánea que es su fuerza, la dispersión gozosa que es la riqueza de su temperamento, la generosidad comprensiva que es el latido de su emoción humana, asoman en los primeros libros. Su temprano coloquio con la muerte es gemelo de su exaltación dionisiaca de la vida. Ahora que abarco el conjunto de esa gran obra y que entremezclo los cincuenta libros como racimos en un lagar, compruebo sus resonancias y correspondencias, veo cómo circula por el extenso ramaje la misma savia. El orientalismo que atraviesa el vas-

to espacio con sahumero indisipable, acaba de perfumar las enseñanzas eróticas de Arbaces, el renacido persa que amó en la Atenas crepuscular de los semidioses ; los ritos gitanos y el misticismo montañés de Cataluña y otros ecos y destellos legendarios de varia procedencia, dan a su inspiración latitudes geográficas e históricas que amplían y diversifican su exotismo primario. Pero la historia argentina, del estrado de los virreyes a la tribuna de los constituyentes, y la vida social e institucional del país en todas sus épocas, mantienen al autor enraizado con tal firmeza que sólo la copa del árbol fantasea con los vientos cosmopolitas. Igualmente, el viajero pródigo que en verso y prosa nos cuenta sus peregrinaciones por tierras de allende el mar, equilibra su curiosidad en prosa y verso con andanzas por la tierra propia ; y no olvidaré que en ambas formas dedicó tres libros a su región nativa. Y América, hasta con su sólo nombré como título y lábaro, tiene también el suyo. Y lo indivisiblemente humano por entrañable universalidad, como el albedrío y el amor, se escalonan en aisladas meditaciones ; y la exégesis del texto inspirador sigue al vuelo imaginativo por él alentado ; y la cátedra se prolonga en estudios impresos ; y aquí, allá, a lo largo y a lo ancho del panorama de esta obra que llena siete lustros, la noche, la muerte y el destino alcanzan fulgor de presciencia entre las voces interrogantes de un alma que yo vi desnuda y conmovida bajo los astros, en la primera confidencia de una amistad naciente ...

Señor Académico don Arturo Capdevila :

Nos honra y nos complace vuestra colaboración en nuestras deliberaciones corporativas, donde no podía faltarnos la ciencia y la experiencia del autor de *Babel y el Castellano*.

Señor de la palabra, por el arte de extraer sus esencias y de labrar sus formas, lo sois cabalmente por el dominio del idioma.

Ayudadnos a defenderlo, acrecentarlo y mantenerlo vivo, ágil y fecundo.

DISCURSO DE DON ARTURO CAPDEVILA

LA CARRERA LITERARIA

Me encuentro aquí en la honrosísima calidad de recipiendario de este egregio Cuerpo, no por virtud de mis méritos reales sino por reiterada imposición de la bondad generosa. Vedme, así, entre amigos que son maestros — y tan queridos y de quienes tanto aprendo — ; vedme, digo, admitir que a todo se llega en la vida ; inclusive a ser académico, a dar consejos... y hasta a tener razón.

Mas ya me urge proclamar que siempre he sido y he de ser siempre, de los que se ufanan con la existencia de las academias. Bienvenidas sean, y con ellas la defensa de las jerarquías intelectuales en tierras no muy propensas a respetarlas. Bienvenida sobre todo ésta que debe su existencia — lo que tanto me halaga como cordobés — a la comprensión del bello espíritu de un esclarecido coterráneo : mi dilecto amigo el doctor Guillermo Rothe, entonces ministro de Justicia e Instrucción Pública. No soy, pues, de los que gastan sátiras con estas corporaciones. Bien está que en Europa suceda. En medio de una efectivamente sólida cultura artística, la burla a las academias es un lujo más de la cultura. Pero en nuestra latitud, con un pueblo que más tiende a lo babélico que al saludable cultivo de su heredado castellano, ¿nos parecerá prudente y patriótico su solazado vituperio ? De mí sé decir

que ya el nombre de academia me es grato y cuanto a la institución atañe: su glorioso origen como sagrado jardín; su consagración a Atenea; el señero recuerdo de las pláticas de Platón con sus discípulos. Renegar de las academias (no dejaré nunca de afirmarlo), cuando no es mera espiritualidad ingeniosa que bien sabemos celebrar, incluye el reniego de los mejores dones que un día simbolizaron los dioses.

De modo que los ilustres amigos que me eligieron académico me complacieron de verdad, así por llamarme a tan noble dignidad como por hacerme sitio en su rueda amistosa.

En cuanto a vos, señor Presidente, sois de ha muchos años, y a gran dicha mía, objeto de mi admiración y mi afecto en la frecuencia del trato, ya en la primitiva Junta de Historia y Numismática, ya luego en la Institución Mitre, ya después en el Instituto Popular de Conferencias de *La Prensa*. Siempre os vi mirando lejos y pensando alto; siempre ejerciendo, con casi juvenil vehemencia, el magisterio del ideal. No por diferir con vos en los puntos de mira, pondré en duda aquella elevación inherente. Se puede ser de una sinceridad esplendorosa y conservarse uno incapaz de herir con su resplandor los ojos de nadie y menos los del amigo: que no le hace falta a la luz vibrar como el rayo que hiere cuando le basta con ser claridad que alumbra y acoge. Así antaño el que recibía de noche, iba guiando al visitante con el farol casa adentro. Lo traigo a colación, porque precisamente luz de esta especie es la vuestra, luz que nos invita a entrar. ¡Y qué fervor para *las penumbras de la historia!* Guarda vuestra memoria delicioso registro de anécdotas, sucedidos y casos del viejo tiempo y encendida galería de retratos de ilustres varones de ayer. Yo sólo sé que no hay más regalada holganza que oíros relatar esas crónicas.

Mas llegó día de dejarnos de ver. Juzgad por ahí cuánto he celebrado que el destino me acercara nuevamente a vos, y ello aquí, donde, por fortuna, para abrir la sesión hay que cerrar primero la tertulia...

Agréguese ahora el verme favorecido con la honra de ser saludado y recibido por Rafael Alberto Arrieta, caballero apolíneo, para el cual fué hecha más que para cualquiera de nosotros la ley de la medida ; cuyos versos — canten lo que canten — son de por sí, por la gracia de su armonía y equilibrio, los más favorables juicios sobre la vida y las estrellas que sea dado escuchar. Pulcro, benigno, cordial, siempre organizador amable de la paz en torno suyo, casi habrá hecho entender que algo haya en mi labor que con algún fundamento pueda ser grato a las musas eternas. Gracias por todo, y gracias por vuestra existencia misma, tan recta y tan pura, Rafael Alberto Arrieta.

Mas a la honra se une la responsabilidad. El sillón que ocupo lleva un esclarecido nombre : el de don José Manuel Estrada, escritor insigne, orador preclaro y prócer del deber que mereció la estatua, a despecho — recordemos sus palabras amargas — de que « hombres chicos que ocupaban dignidades grandes » le cerraban la entrada « en la arena de las luchas fecundas ». Aquí me inclino con el alma reverente ante la sinceridad y el brillo de sus discursos, ante sus gallardas lecciones cívicas, ante el orador que hacía estremecer de entusiasmo a la juventud ; ante ese varón en quien, de no haber sido tan hombre de Jesús, reconoceríamos de seguro alguna inconfundible chispa de Zeus, pues que tenía en la voz, cuando hacía falta, el sordo eco del trueno, y en los conceptos, infaltable, la fulguración eléctrica. En todo caso, como bien lo ha sintetizado el doctor Ibarguren en concien-

ando estudio, « Chateaubriand le dejó algo de su exaltación enfática, abillantada de armonías verbales, Lacordaire la fogosidad del tribuno con la unción del predicador, y Donoso Cortés el sople oratorio castellano con su sonoridad y su pompa ».

Entiendo empero que en el diálogo no careció nunca Estrada del acento de la tierna cordialidad aun en medio y a la sombra de sus recias convicciones. Lo que yo sé es que necesitamos prohombres de tal tipo que nos hagan recordar a ciertos árboles robustos (y a fe que pueden equivaler en reciedumbre ramajes y convicciones) que al más leve sople de viento, endulzada de pronto su fuerza, se vuelven un solo rumor de movedizas hojas. Es como debe ser. Mover sus ramas lentamente y dar de sí rumor de hojas es el modo que tienen de aconsejar, por ejemplo, los nogales y los cedros. ¿Y no lo tendría Estrada que era un eminente varón de Cristo y tan semejante a un biblico cedro?

No es menor mi compromiso en lo que hace a mi antecesor el doctor Juan B. Terán, ese hombre excepcional que vivió tan simple, tan delicada y tan serenamente. Reemplazarle, sé que no le reemplazaré jamás... Honrarle, eso sí puedo, quiero y querré siempre. ¡ Oh! ¡ Y cuán noble, cuán fino y cuán grato era aquel mi antecesor insustituible, y cómo conocía y practicaba esas tres virtudes sociales que Taine consideraba como una particular floración de los siglos: sonreír, saludar y conversar! ¡ Y qué bien lo hacía, Dios bueno! ¡ Qué mirada tan clara y tan leal aquella de sus ojos bien abiertos! ¡ Qué espiritualidad en su gesto y cuánta suavidad si discutía, precisamente porque discutía... Sincero hasta lo íntimo escribió: « La postura que escogí para mí desde mi primera juventud fué ver sin ser visto ». ¿ Era que

huía de los hombres? « No huyo de los hombres — aclaró —; quiero estar con inmensa simpatía cerca de sus pasiones, pero sin mezclarme a ellas, para comprenderlas mejor... Ser un testigo curioso y enternecido de la vida... Dies mei sicut umbra... ».

De este modo se comportaba ese sabio. Y por cierto que fué también de los que reflexionan, y muy hondamente, acerca de la propia carrera emprendida. Recuerdo haberle oído estas palabras :

— Debemos siempre meditar sobre la carrera que abrazamos, y llegada que sea la oportunidad que lo admita, nos corresponde presentar el fruto que de por sí van sazonzando los años.

Me pregunto ahora, señoras y señores, si no será llegado el caso de ponerme a la sombra de aquel consejo y ofrecer como asunto de meditación a este público selectísimo algunos aspectos de la vida literaria, dignos acaso de consideración y examen. Así me lo pregunto, y al punto entraría en materia como no fuese que antes quisiera estar seguro de la importancia del tema, después de averiguado bien.

Vamos a ver : ¿ Guarda alguna relación con la felicidad, con nuestra felicidad cotidiana, o con la que quisiéramos brindar a la sociedad y al hombre, el arte de escribir? Sinceramente, colegas de la Academia y señoras y señores que honráis este acto con vuestra asistencia, creo que no. Es muy difícil y sin duda rarísimo, que con nuestras obras compremos la felicidad de nadie en la tierra. ¡ Bastante será que no acumulemos desdichas con ellas ! A lo sumo las letras aportan a la dolorida tierra del hombre *el consuelo de la belleza*. Esto es lo más que se ha inferido respecto de letras y dichas humanas. Mas, ciertamente, el consuelo no es la

felicidad sino, antes bien, el reconocimiento de no tenerla.

Pero con eso y más, no hay medicina de que tanto necesiten los hombres como esa de ser consolados. Con ser poco este bien, es un bien inestable. De ahí que el autor de libros deba cuidar tanto lo que hace; porque nuestro oficio o ejercicio, cuando se le cumple mal, se relaciona solamente con la vanidad de la figuración mundana o de la nombradía bohemía, que es también mundanidad; de donde resulta clarísimo que para el escritor no hay camino más honorable que el de cumplir lo mejor que sepa y pueda con su deber, así acontezca que no le traiga ninguna satisfacción salvo la que va ínsita en el propio deber cumplido.

Pues bien, señoras y señores. Para sostén y guarda de cosas muy bellas y grandes que miran al consuelo del hombre en la tierra, existen los escritores. ¿Y no ha de ser así? El Gay Saber y la verdad primera del revelador San Juan se enlazan maravillosamente. En el principio fué el Verbo. De este hecho inmenso sacan versos y prosa la realeza de su sangre espiritual... Así no hallaría asunto más digno de ser ofrecido a la reflexión de este ilustrado público, ni que mejor se preste a la proposición de unos cuantos apotegmas literarios, que éste sobre la grave responsabilidad de escribir. Me decido, pues, a tratarlo y entro en materia.

Nunca se sabe cómo comienza un destino literario. Ahon- de cada uno en sus recuerdos y muy luego verificará que cabalmente lo ignora. Por fuerza tengo que referirme a mí en este punto. En mis comienzos no sucedió ningún hecho de significación singular; digo, ningún dolor, ninguna muerte, ninguna presencia especial, ningún viaje. Más bien supongo que simplemente al oír versos me hallé con la posi-

bilidad de hacerlos yo también. En todo caso, durante un tiempo largo (hablo de años) lo que me interesa es el dominio del verso con prescindencia de lo que exprese en sílabas contadas. Conducta plausible, porque así me pongo en condiciones de decir más adelante alguna cosa en verso que más o menos lo valga.

Me veo cierta mañana en las sierras cordobesas, a la orilla del Arroyo de las Mojarras, a la parte de Tanti, en medio de la naturaleza, determinado a pintar en unas cuantas estrofas el paisaje que tengo ante los ojos. Esto es meramente trabajo, no todavía inspiración. Algo en suma muy semejante a lo que deben hacer las abejas en su labor de fabricantes de miel; esto es, el molde, aquel prisma exagonal que su instinto les prescribe, donde se recoja el néctar. Permitidme destacar ahora mismo esta enseñanza de abejas: Sin moldes no hay cosecha, pues ¿dónde se guardaría?... Item más, esta reflexión de apicultores: Si las abejas no reniegan de los moldes ¿cómo es que hay poetas capaces de renegar del verso? Es la preparación de los moldes lo que yo practico en la ribera del Arroyo de Tanti. Únicamente esto. Sólo más tarde, a la hora bien sabida, florecerá la inspiración.

Por aquel tiempo mismo alcancé mucha luz en un consejo de mi padre, que fuera ingratitud no recordar. —¿Quieres tú, me puntualizó un día (empleaba siempre el *tú*, nunca, nunca el indefendible *vos* de nuestra corriente familiaridad), quieres tú hacer versos y aspiras a que sean buenos? Entonces aplicate a estudiar lo mejor que sepas, tus matemáticas, tu geografía, tu historia, tu física, tu química, porque — llévalo entendido — los versos, si han de ser originales, no se hacen solamente leyendo versos... Consejo áureo.

Recordaba que fué mucho más adelante, y no en aquel día

serrano, cuando floreció la inspiración. Me refiero a la hora secreta del primer amor ; hora secreta que suele ser encrucijada del destino. El alma entonces, ante el sarcasmo de la suerte, o frente a las estrellas fatales, no tiene más defensa que sus versos, y canta. ¿He dicho : Y canta? Quise decir : Y llora. No sé tampoco si llora. Lo más probable es que ruja. Sin ninguna exageración : El alma está en ciertos instantes mucho más cerca de los leones de lo que se piensa.

Pero dejemos esto, que es intrincado asunto como ya se está viendo, y apliquemos la atención a otros aspectos.

Dos graves peligros hay en esos comienzos : el del sexo como tema literario — ridiculez bobisima — y el de las asechanzas de ciertas orgullosas y descaminadas minorías.

Con la adolescencia, en efecto, suele trascender a las letras del principiante — y siempre con caracteres ridiculísimos — la proclamación de ese corriente acontecimiento ¡ay! mientras más sigilado mejor acontecido. Proclamación enfática que sólo probaría en tal primera juventud la ausencia de un verdadero amor, si no probase también la completa falta de ideales de un tiempo dado, pues ciertamente hay muchas otras maneras de reconocerse varón en los grandes tiempos de la historia ; verbigracia, empezar a vivir, y en nuestro caso a escribir, con arreglo a una plena responsabilidad aceptada. Pero el testimonio baladí de las glándulas... ¡qué necesidad irredimible!

El otro lazo es el que nos tienden ciertas vanidosas minorías que invitan al escritor en sus cenáculos con sus alquitarrados filtros de excepción. Riesgo gravísimo es éste, sobre todo en patrias nuevas. El que escucha, el que cede, el que se deja iniciar, queda vuelto de espaldas, no se sabe por cuánto tiempo, a la realidad verdadera, al hombre y a sus

cosas, al alma y a sus reales problemas y honduras. Sólo como reacción momentánea contra ciertos ciegos abandonos de las esencias permanentes del arte, las minorías están muy bien, señaladamente cuando hacen su revolución y triunfan.

O sea, que no ha de ser por mero espíritu de novedad ni por discolorada tendencia al apartamiento, por lo que se llegue a preferir y aun a merecer la extrema minoría que recordaba Séneca. El cual dice: « Bien hizo aquél, sea quienquiera (porque no se sabe quién es el autor) que respondió con mucha oportunidad al que le preguntó para qué servía el exquisito refinamiento de su arte en atención a que poquísimos estaban en aptitud de comprenderlo: — Pues sábelo. Me bastan pocos... Me basta uno... me basta ninguno »...

Fuera de estos precisos casos, tales escondites de minoría son algo muy selecto, pero al modo de los infecundos fumadores de opio. Manifiesto signo de decadencia. Desde hace siglos se sabe que nada bueno auguró nunca una literatura de bustrófedon...

¿Y aquella otra manera de divergencia y desacompañamiento que a tantos conduce a despreocuparse de lo vernáculo con desdén y a vivir exclusivamente para la exaltación de lo extranjero, como si nada nunca pudiera ser digno en la patria de su presuntuosa consideración, salvo acaso lo folklórico no más que por pintoresco? Veamos. ¿Será, como lo presumen, que tienen un espíritu universal? No, señoras y señores. Es todo lo contrario mas bien: es que tienen un espíritu colonial. La metrópoli hoy está en Francia, mañana en Inglaterra, después en cualquiera otra parte; pero nunca jamás estará a la margen derecha del Río de la Plata. Y cuidado que no propugno el encierro esquivo, que también sería reprehensible prurito de minoría equivocada, sino la ágil, libre y honora-

ble comunicación con las demás culturas, desde la honorabilidad de la propia, entendido que en esta calidad de honorable entra el respeto de sí mismo y la estimación de todo lo nuestro merecedor de aprecio.

A todo esto, Buenos Aires se ha convertido en un poderoso centro editorial, y allá salen los buques de nuestra flota llevando libros — por lo regular traducciones — con pie de imprenta argentina, y entre ellos algunos libros de los que nosotros escribimos. Son emigrados. Vamos a buscar lectores en otras tierras de América o en la madre patria porque en el propio suelo se conforma en general la gente con ver nuestros nombres en los diarios... Verdaderamente la oración del escritor debería ser ésta entre nosotros: Haced ¡oh cielos! que seamos dignos de transmitir a nuestra gente una voz de bien, de verdad, de belleza, y que nuestros compatriotas la reciban y acepten aunque no seamos extranjeros ni hablemos solamente extranjeras...

Rasgo asaz reprehensible de todas esas minorías es que las forman casi siempre epicúreos, hedonistas, gustadores de novedades, y en definitiva, espíritus estériles. Lo mejor es no acercárseles: que no hay forma de darse con toda el alma a sus banderas como tendría que ser para que valiese. No hay cómo hacerlo, porque no suele haber motivo alguno que lo justifique; dado que en el seno de esas camarillas tiende a reinar la frivolidad en tal grado que de una inclinación se pasa a otra y todo es volandero y fugaz. ¡Si hasta las hay que cultivan confesadamente la inquietud elegante de no saber lo que quieren! Minorías en que se ha visto aún a los simples vagabundos de las ideas y los sentimientos; vagabundos que, no teniendo nada que perder, nada cuidan. Rechacémoslas. Una patria nueva necesita de mayor seguridad

hasta para lo que sueña. Nada, pues, de torres de marfil, ni de otros señoritismos semejantes. En todo cuanto atañe a la carrera de las letras, se va mejor por las anchas rutas que por las veredas y atajos. ¡Y qué bueno, además, recibir el sol en las plazas!

Lo que sí debe realizarse en cada uno es el caso Beranger, que Goethe definía así: llegar a tener « un alma digna de manifestarse con el temple de las grandes personalidades..., fruto de su propio desarrollo y en total armonía consigo mismo ». Entonces, agregaba el Maestro, huelga andarse preguntando « cuál es la moda del tiempo, qué le gusta al público ni qué es lo que hacen los demás ».

Y mal que bien aparece el primer libro. Nos presentamos solos en un mundo que imaginamos hostil, solos y desnudos de todas armas ante los críticos totalmente vestidos de hierro. Nos van a juzgar. Somos reos de una particular especie. Únicamente una voz íntima nos sostiene. ¡Qué! ¿Habremos cometido alguna falta enorme? Hay algo así como un « complejo » de Adán que nos estremece. ¿Cómo? ¿Y no habrá ningún generoso? En mala hora la musa... Y casi blasfemamos, cuando he ahí que nos aplauden.

Siguen girando las estaciones. Mas, a todo esto ¿continuará el joven escritor adorando a tantos falsos dioses como adoraba y por los cuales estaba listo a dar su vida? Mal signo detenerse demasiado en eso. El que espera el debido despliegue de su personalidad tiene que indagar en sí mismo cuál sea el verdadero Dios para el caso. Descubro que hay una filogenia y una ontogenia en lo espiritual, por cuya virtud se repite en cada alma el proceso global de la rama humana a que uno pertenece. Como la nuestra es la del cristianismo,

fuerza es que sustituyamos un día a los antiguos dioses provisionales por el Dios verdadero, en cualquier materia que sea. Dios verdadero de quien tendremos a la debida hora divino mensaje de redención para todos nuestros pensamientos y sentimientos. Lo que yo sé con exactitud es que a diversos dioses de viento y de humo a quienes el adolescente rindió culto, los disipa la sola verdad del aire cuando un destino literario va por lo serio. El que haya quienes se queden para toda la vida adolescentes nada prueba en contra de esta ley de crecimiento.

Sí, en efecto : debe sobrevenir, tras un período de perplejidad, ese momento en que, de pronto, sin que se sepa por qué, todo cambia. Lo que ayer satisfacía ampliamente pierde toda su significación y valor. Una vez más, sin embargo, se nos vió enjaezar el corcel como para un viaje maravilloso ; pero habrá de ocurrir como con el legendario corcel de Buda. El jinete se apea y se interna en el monte de sus graves meditaciones. El corcel vuelve solo, amusgadas las orejas y ya deslucidos los jaeces. El corcel, en rigor, no estaba mal. Lo malo residía en los superfluos adornos. Debe llegar un día la hora de comprenderlo.

Hay más. El escritor — séalo de prosa o de verso —, si se atreve con la totalidad de su destino, ha de descender al infierno de los males de su época y por cierto que también a los abismos de su alma. Pero el profundo deber consiguiente a ese descendimiento a los infiernos es el de la serenidad ulterior. Perfección que poquísimos logran, como que harto dificultoso es salir indemne de los abismos.

Y nadie menos propenso a la serenidad, por rigor de los hados, que el poeta. Agudísimos dolores del alma : he ahí su dote más segura. En la carrera literaria hay mucho drama,

mucha tragedia; muchísimo espanto; a veces, sangre. ¿Y el amor? El amor, a causa de una singular sensibilidad, suele ser atormentado y cruel. Porque hacer versos, señoras y señores, es un oficio trágico. No se conocen, por lo menos bajo el imperio de ciertas circunstancias, toxinas más activas que los versos cuando nacen. De veras. Hay lágrimas y a menudo sangre en la tierra de las musas. Mucho viento del cielo — no lo niego —, pero mucho vaho del averno, además mucho profeta y mucha pitonisa. Mucha, demasiada emoción, y excesiva electricidad tempestuosa. Harto veneno sentimental y asaz peligrosa química de metáforas. ¿Qué más? Uniendo siglos y escuelas, cuentas remotas, antiquísimas, han de ser, de pronto, satisfechas por nosotros. A la verdad, la cultura obra así. Adelante con todo y a seguir amonedando sentimiento. Y siempre el mismo exceso de exaltación generosa y de generosidad derramada. Y muchas margaritas ofrecidas a los jabalíes.

No es fácil, ya se ve, ni a poetas ni a nadie, la conquista de la serenidad a que empero debemos tender. Y no es fácil sino, antes bien, de lo más arduo, porque se diría que la Vida no quiere ser clásica, y ha sido, es y será siempre, por encima de cuanto quisieran los preceptistas, una fatal discípula del romanticismo — *avant la lettre* —, mas tan fieramente romántica, que la hallamos una y otra vez, recaltrante en la técnica (en el fondo atrasadísima) de los más románticones recursos de los melodramas. Así andan los destinos. Así la historia misma. ¿Qué queréis! La Vida no quiere — absolutamente no lo quiere — venir a maneras armoniosas. Se lanzó — hace de esto incalculable tiempo —, sin duda por la fuerza de inmensas culpas humanas, en un torbellino de intrigas y tramas realmente folletinescas, y

ahí se está... Día viene, así, en esa zona del cosmos espiritual que llamamos destino, en que sólo impera (y más en lo que atañe a los artistas del verbo) lo incomprendible. Y una hora llega en que el alma se queda estupefacta y hasta rueda y cae *come corpo morto cade*. En suma: que para todas estas descargas de los cielos son los poetas los aliminales más expuestos. ¿Convocar a los fieles a las plegarias del arte es lo que atrae tantos males? Lo sospecho. Digo también que jardín y colmenero es juntamente el poeta. Y en esta forma, para llegar a ofrecer en libación un poco de néctar que sea al fin limpia gota de miel... ¡qué dolor el de dar flores!

Se debe, no obstante, seguir aspirando a la serenidad. Es posible, por otra parte, que la literatura misma sea capaz de consolarnos positivamente a este respecto. Solicitando vocablos al teatro se ha dicho sucesivamente: La vida es tragedia... La vida es comedia... La vida es un híbrido sainete de risa y llanto mezclados... Pero es admisible, a todo esto, que la vida sea principalmente — recurramos a nuestros clásicos españoles — un auto sacramental en que a través de cien episodios confusos y alegorías extrañas, recoge finalmente el espectador enseñanza tan grande que por sí mismo justifique — ¡quién sabe! — el dolor de haber vivido y la patética faena de escribir...

Sea como quiera, cumple siempre defender la prerrogativa de ser bueno, aunque sin olvidar que todos los días acontece, o puede acontecer, que un servidor de Dios, por serlo en su pensamiento y su conducta, sea inmolado al odio sectario, como de sobra lo sabe el mundo, bajo la acusación concreta de sustentar ideas de tolerancia y de fraternidad. El monstruoso simulacro de Moloch engullía de preferencia en sus

fauces de fuego, a los pocos héroes morales que por ventura existían en Cartago... ¿Y qué devoraban asimismo las fieras del circo romano, qué devoraban, pregunto, y qué siguen y seguirán devorando en horrendo presente sin fin sino gargantas estremecidas de salmodias, corazones llenos de espíritu de bendición, entrañas palpitantes de misericordia?

En medio de condiciones más o menos semejantes es como se desenvuelve siempre el destino del escritor, el cual, según mi leal saber y entender, debe estar invariablemente contra Moloch y contra el circo romano, cualesquiera sean los nombres que el circo y el monstruo se den.

Después hay que ser más fuerte que todo y seguir andando; porque el ejercicio de las letras es juntamente profesión y carrera. Profesión que obliga siempre al voto contraído y carrera larga y fatigosa que se emprende con carácter de compromiso sagrado, pues de lo que se trata es de llevar a los hombres el mensaje, que según lo entendimos, nos fué dado para ellos. Y, de seguro, esto no es echarse a los hombres un manto de púrpura ni ceñirse una corona de laurel, como en las estampas del Renacimiento, entre las inclinaciones de grandes y chicos. Es simplemente, en cambio, adscribirse a las obligaciones de un duro servicio, lleno de perentorios alertas que los vigías no cesan de enviar.

Y andando. Es necesario llevar el mensaje. ¿Cuál? Cada época tiene los suyos. No todos son claros. Muchísimos son confusos y hasta falsos. Quiénes los darán y cómo los darán: éste es el gran asunto. No basta escribir galanamente. Todos los tiempos han conocido multitud de escritores correctos, correctísimos, cuyos nombres se desvanecieron con su posterior aliento. Es válido para el caso este antiguo aserto del hombre de Weimar: «Vivimos en un tiempo — decía Goethe —

en que la cultura se ha extendido tanto que circula, como si dijéramos, por la atmósfera, y la gente joven (o la que no lo es) la respira ». Es aquel momento — añade — en que la cultura poética se extiende tanto, que « ya nadie hace un verso malo ». ¡ Y qué ! La sociedad y el público, mientras esto suceda, saben distinguir con acierto, lo nuevo y verdaderamente original de lo pasado y vetusto. Es admirable que así ocurra, pues, a la verdad, llegan en gran número los heraldos y son muchas las nuevas que traen. ¿ A cuál oír ? ¿ A quién creer ? ¿ Al de más rozagantes vestiduras ? ¿ Al de más empaque en el gesto ? ¿ Y por qué ? ¿ Por qué ha de ser aquel que viene vestido de príncipe, el Príncipe ? Desde la infancia los cuentos del hogar nos ponen en guardia. Desde niños sabemos por esos cuentos de las domésticas Schahrazadas que otro, que no siempre se ve, es el signo de la autenticidad, bien que en no pocas ocasiones el príncipe llegue efectivamente vestido de príncipe.

Es necesario mientras tanto que cada uno se juzgue como heraldo que no miente, si en él la vocación, como lo quiere Rilke, se presentó como imposición orgánica, o siguiendo a Darío, como una brasa en el pecho. Pero, aun así mismo, menester será que algunas señales inequívocas se nos muestren de que no andamos tan equivocados. Amigos ha de haber, por ejemplo — y mejor, desconocidos —, que se declaren nuestros creyentes al tiempo de los comienzos. Merecen ellos especiales bendiciones.

Cuanto queda enunciado se refiere al orden general de la experiencia literaria, aun cuando lo personal se haya cruzado alguna vez. ¿ Por qué no hablar ahora de la experiencia de mi generación y de algunas significativas cosas que nos acon-

tecieron? Será el modo de establecer en qué medida ella supo cumplir con sus deberes.

Éramos (aquí estamos algunos en el estrado), éramos, y siempre continuamos siéndolo, respetuosos los unos de los otros, así como de todos aquellos que debían ser considerados legítimamente maestros. Éramos respetuosos y serios. No creo que insultáramos a nadie por motivos retóricos... Y eso que hasta el día antes se había andado de pelea en la promoción anterior, por quitame allá ese tropo. Como para aplicar al caso los heptasilabos famosos de Santos Chocano:

Cuando nació la guerra
llegaba hasta la sierra
más alta de mi tierra...

¡ De tal modo había reinado entonces la violencia verbal! Jefes de escuela, ateneístas a la manera dulce y armoniosísima de un Rafael Obligado, no los había ya. Pero quedaba su ejemplo y tratamos de retomar su senda. En fin: lo demostrable es que fuimos, sin desmedro de la naciente personalidad, reverentes con los mayores y creo que jamás nos arrepentimos de tal disposición y conducta. Honrando al mérito nos comenzábamos a honrar a nosotros mismos. Y esto es algo. Digámoslo sin ambages. Lo que tardan los jóvenes en testimoniar el debido acatamiento a quienes lo merecen da la medida justa de la dignidad de una época.

Conviene que se recuerde algo más. Nosotros comenzamos a escribir hacia unos años en que el arte literario no producía ni la mitad de un céntimo; en que no había premios nacionales ni provinciales ni municipales; en que la colaboración dominical en nuestros grandes diarios no existía, como no se conocían tampoco las ilustres empresas editoras

de hoy. No se nos negará jamás que fuimos desinteresados. ¡Qué digo! Empezamos a escribir cuando la pluma sobre no producir ni la mitad de un céntimo, comprometía al éxito de la carrera universitaria y hasta el juicio general de la sociedad, o por lo menos el de las precavidas madres de las posibles novias... Así empezamos la jornada literaria y así habríamos perseverado tan satisfechos hasta hoy.

Después las cosas cambiaron no poco, y otros inician la peregrinación bajo muy diferentes auspicios. No estimo, a pesar de todo, que debamos alborozarnos demasiado. Me temo que el país esté cayendo en falencia respecto de muchos sagrados bienes apolíneos. Templos hay de que se han adueñado por completo los mercaderes. Véase, en general, lo que sucede con el teatro. El clarovidente fundador de esta Academia adujo entre las razones de urgencia que descubría para hacerlo, la necesidad de « elevar en sus múltiples aspectos, el concepto del teatro nacional ». De entonces acá, la situación se ha agravado al punto que ya sólo cabe, acaso, este único voto para la restitución de sus valores esenciales: que vuelvan los años en que la producción escénica no dejaba beneficios. Yo no descubro otra manera de que retorne Apolo.

Pero doblemos la hoja.

Después de la prueba de los maestros en que nos fué muy bien, a los cuales honramos como ya dije, y de quienes fuimos generosamente alentados, nos tocó, dos lustros más tarde (porque anduvieron aprisa los tiempos), el encuentro con los nuevos, cuando nuestra obra se había granjeado alguna fama y aplauso, aun más allá del ámbito nacional. Y si con los viejos nos había ido muy bien, con los nuevos nos fué (no hablo de las excepciones, que algunas hubo) rematadamente mal.

Me interrumpo. ¿La sonrisa está reñida con esa inclinación a la gravedad que siempre se reconoció a las academias? Sostenerlo sería dar la razón a sus enemigos. En uno o en otro caso, pido licencia por la índole del asunto, para sonreír y para hacer sonreír, persuadido de que en el jardín de Academo, Platón y sus discípulos en ocasiones sonreían..

Sigo, pues, con mi risueño pero no trivial relato.

Nos fué rematadamente mal con los nuevos, y eso que los esperábamos sonrientes. No valió la actitud amistosa. Eran iconoclastas. Rendían culto a la violencia. Traían la guerra. Nos acusaban desde sus veinte años, de algo que juzgaban afrentoso : de que hubiéramos cumplido los treinta... Como si se tratara de la formación de una milicia de choque, lo que más importaba era la edad juvenil y el gesto desenfadado. Fué una hora trabajosa. Hubo trincheras y torres armadas desde Florida hasta Boedo. ¡ A bien que los grandes diarios — ciudadelas para el caso — quedaron tan libres como correspondía en medio de la descomunal contienda !

La negación era la divisa de las nuevas brigadas ; la negación de todo o de casi todo lo que se había hecho antes. Era la negación su divisa y la partida de defunción el procedimiento inmediato. El ambiente local se llenó de epigramáticos, mas no menos reveladores e intencionados epitafios. Casi todos los que estamos aquí debimos fallecer muchas veces...

Los grandes diarios, como acabamos de hacer constar, permanecieron tradicionalistas ; pero la revista *Nosotros*, especie de plaza fuerte desde la cual ejercían su gobierno ejemplar en la República de las letras argentinas los cónsules perpetuos Alfredo A. Bianchi, tan llorado, y Roberto F. Giusti, tan querido, dió en la flor de abrir una encuesta

entre los nuevos acerca de nuestro eventual valer. Y la mayoría nos puso cual digan dueñas. Peor. Aquél fué un juicio sumario, devorador, circense. Jurisprudencia final: a los treinta años la inspiración se vuelve enmohecida y achacosa. Bien. Ellos tienen ahora más de treinta años o quizás cuarenta, y sobrado saben las musas, con claro alborozo nuestro, que su inspiración no ha sufrido hasta ahora ningún quebranto ni desmayo.

¡Qué cosa! Éramos sus hermanos mayores y nos imaginaban sus adversarios, si no es que veían en cada uno de nosotros un real impostor. No querían creer, desde la encendida niebla de sus imágenes, que nosotros también, a nuestro debido tiempo, habíamos descubierto el sol, las estrellas y las mujeres hermosas. Creían, dichosísimos, que ellos eran los únicos y primeros descubridores de la divina belleza... Tan fútil creencia fué el signo persistente de dicha generación. Sea lo que sea, en esta actitud inamistosa y negativa se han ido unas buenas dos décadas de vida intelectual argentina.

Después hubo, sin duda, reconciliaciones individuales. Supongo que todos estamos recíprocamente reconciliados a esta fecha. Lo que no borra el hecho de que el recto entendimiento de las generaciones — las cuales como tanto se ha dicho se van entregando la simbólica antorcha: cosa tan esencial a la cultura —, haya quedado para nosotros y ellos en la zona irremediable de lo frustrado, con grave pérdida general. Y todo por influencia foránea de una llamada « nueva sensibilidad », impuesta, según se sostenía, por la ruptura de los viejos y los subsiguientes tiempos en el cataclismo de la primera Gran Guerra; « nueva sensibilidad » que nos llegaba a nosotros (que no intervinimos en aquel

conflicto) a través de los reflejos de España, que tampoco intervino. Reflejo de reflejos, con deplorable alejamiento de nuestro propio ser y modalidad efectiva; dicho esto sin desconocer las muchas perspectivas que la renovación abrió y sin echar en olvido notables aciertos de nuestro mundo castellano, allende y aquende el Atlántico. Pero los hechos, en su lugar.

Considero fecundo incentivo la disconformidad en la historia de las letras. Debe ser así. Las generaciones han de mirarse un punto de hito en hito. Mas luego han de establecerse los indispensables vínculos salvadores, pues que, de lo contrario, quedan profundas grietas, falla grave en la estructura de una nacionalidad.

Examinemos otro aspecto de aquella lucha. La batalla se libró en torno a la legitimidad de los versos. De no creerlo, si como asienta Byron en el *Don Juan* (Estancia CCI, canto 1º) « el buen obrero no gusta nunca de querellarse con sus útiles ». Se querellaron, sin embargo, los nuestros. La legitimidad del verso — a mentira suena — era lo que se negaba con ardor. ¡ Y cómo lo vituperaban llamándole musiquilla entre cien ignominias atroces, los predicadores del renglón antojadizo. ¡ Odio a la canción! ¡ Muerte a la rima y al metro! proclamaban. Defendimos todo eso, rimando, midiendo y cantando. Creo sinceramente que en dichos combates, ya por la sola virtud de la causa que defendía, nuestra generación se vistió de gloria.

Los versos y su métrica, los versos y el milagroso aquel de la rima, los versos y la maravilla de la estrofa; el verso y su formidable potencia creadora: todo esto era lo que se quería destruir para sustituirlo por nunca se ha sabido qué... ¡ Los cantos y las canciones! Por mi parte, he llegado a

pensar hasta de las más humildes cancioncillas, sin distinción de idiomas, que son algo por sí mismas, al solo hechizo de sus ritmos y de su molde sonoro, al extremo de que, incluso cuando nada dicen, algo expresan y algo son.

El otro blanco de sus rencores fué la anécdota. Ya sabemos que lo humano se debía deshumanizar hasta la inexistencia y el limbo. Así al menos lo sostuvieron con ahinco, sin que por eso dejaran de preguntarse los unos a los otros el *qué hay de nuevo*, tan propio del sostenido y siempre aleccionador anecdótico del mundo.

Hubo — ya lo habéis visto — horrible pugna, por el amor a la gloria y su aleatorio favor. Aleatorio, pues ¿quién estará seguro de contarse entre los escogidos? La gloria es un bien guardado secreto de los tiempos. Jáctese cada uno, si le place, de la inmortalidad de su canto, y dedíquese, como le agrade, a imaginar su estatua. No obstará ello a que siga siendo un arcano del futuro la gloria. Serafín Aquilano, de quien ahora apenas hay noticia, llegó a parecer — y él a suponérselo — muy superior a Petrarca... Y es que así están dispuestos los hechos en ese ámbito del reino del espíritu. Como en la edificante historia de Saladino y Melquisedec, cada pretendiente considera hallarse en posesión del anillo privilegiado.

El ilustrativo caso de este anillo, contado antaño por Boccaccio y repetido por Lessing en memorable oportunidad, y asimismo recogido por Strauss en sus *Estudios*, consiste en que érase que se era un señor opulentísimo y poderoso que contaba entre sus innumerables alhajas una sortija de la más rara hermosura, la cual por esto mismo, confería excepcionales privilegios a su poseedor; sortija que venía transmitiéndose en la serie de las generaciones al preferido de los

descendientes ; hasta que vino a suceder que el último de los poseedores, que tenía tres hijos, a cual más amado y a cual más merecedor de heredar con la inestimable joya las prerrogativas a ella anejas, no supo cómo inclinar sus preferencias, ya que, sobre ser los tres de todo punto excelentes, por igual le prodigaban sus miramientos... Conque el buen anciano, sin hallar mejor salida a sus cavilaciones, dió con el expediente de llamar a un eximio orífice y ordenarle contrahacer, a imagen de la sortija maravillosa, otras dos en todo idénticas. Y hecho que fué, y visto que era imposible distinguir el primitivo anillo de los falsos, los repartió entre sus tres hijos, de suerte que cada uno de éstos hubo de mirarse dueño de la genuina joya. Que es lo mismo que acontece con el misterio impenetrable de la inspiración duradera y del acierto creador.

Concluyamos entonces como en el mencionado apólogo : ¿Cuál de los hijos estaba en la verdad? El problema se declaró insoluble. Pues más difícil de resolver aparece aún el de la inmortalidad de un nombre ; como que, en efecto, yerra mucho el presente y sólo en la tierra de lo por venir se asienta la verdad ; tierra de la justicia, donde la obra (para expresarlo con viejos conceptos) empieza a valer por sí misma, cuando dejaron de ser felices pregoneros del autor, apellido, fortuna, figuración y apostura, o ya no serán muñidores de su mala suerte, la desmedrada estampa, la corrida humildad, la derrotada modestia ; tierra donde ni el egoísmo ataja, ni la mezquindad regatea ; sin que otra cosa necesite allá para perdurar una obra, que llevar en sí soplo de vida. Plausible caso — reconozcámoslo — que siquiera entonces no se requiera beneplácito de nadie, ni recomendación ni cofradía, para ganar posteridad y en ella estima.

Bien. De todas formas, lo que más importa es conducir el mensaje recibido, sin rendirse jamás a la fatiga, ni espiritual ni física, en la larga, en la muy larga ruta. Larga y además ingrata. Allá la escarcha y los hielos (acordémonos de la indiferencia glacial con que tantos días hubimos de ser tratados); allá las tristes lluvias incesantes (acordémonos de esas primeras hondas tristezas y desolaciones del artista frente a la vida); allá la selva, así no sea *la selva oscura*, donde es tan fácil extraviarse entre los mil confusos rumores (acordémonos de las voces que hacia otros rumbos nos llamaban); allá las duras pruebas, allá los fracasos del corazón y del ideal, allá las enfermedades mismas, que también han de ser vencidas, como en certeza de que somos debidamente aptos para nuestro empeño...

Mueve a un melancólico reír el provocativo garbo de los que inician la senda y a los primeros cien metros se otorgan lauros de vencedor, como si todo consistiera en correr con soltura y bizzarria ese trecho, en tanto que nos jalean los aplausos del barrio. No saben, no, que en los primeros cien metros de una carrera de andarines, cualquiera logra competir; mayormente cuando el corredor de estirpe tiene la elegancia de partir como con desgana y descuido, guardando para cuando cumpla, el esfuerzo.

No, no es carrera de cien metros la nuestra, ni se lanza en coyuntura de puro esparcimiento gimnástico. Están equivocadíssimos los que, por desgracia, lo creen. Carrera es ésta que llamaré de Fidípides, realizada siempre en oportunidad de graves riesgos en que muy altos bienes del espíritu se hallan en juego. Hay esquemas simbólicos en la Historia Antigua que son eternos. Veréis si no. Fidípides, como consta en Herodoto, es el más ágil mensajero de Atenas, el

mejor de sus hemeródromos, a la hora de su conflicto de vida o muerte con la Persia. Urgía hasta la angustia la ayuda de Esparta; angustiosa urgencia que Fidípides hubo de valorar más hondamente que los estrategos mismos porque el propio dios Pan se la daría a entender. Y allá vuela el mensajero « como con alas de que Hermes le hubiera hecho merced » y deja oír, cubiertos prodigiosamente mil estadios de distancia, su grito suplicante en ese mundo ritualista de la Lacedemonia, que tan bien representa aquel a que por primera vez nos dirigimos los escritores.

— Sabed, sabed — anuncia — que los atenienses os reclaman socorro en nombre de su diosa. No permitáis que la ciudad de Atenas, la más antigua entre las griegas, sea reducida ahora a la esclavitud...

A lo que respondió la rígida Esparta, que preciso le era esperar el plenilunio.

En esta etapa fracasa y fracasará siempre Fidípides; mas no en su misión postrera: que a la vuelta dará juntas la mala noticia de los espartanos y la buena del dios, a quien sin duda oyó de nuevo dirigirle éstas o parecidas voces: ¡ Fidípides! ¡ Fidípides! Vé a decir a Atenas que no se arrede, aunque haya de combatir ella sola, pues vencerá.

Por donde se vé, señoras y señores, si el símil ha sido justo, que la misión del escritor es llevar a los hombres, en nombre de la divinidad, la certidumbre de la final victoria.

El arte, como la religión, vive de afirmaciones, y languidece y muere en la negación y el vacío. En sus grandes épocas afirma tanto como la misma religión. Y ello está bien; pues cuando uno comprende lo que es el curso de la vida; cómo las generaciones se van sucediendo entre tumultuosas dudas, en la extensión de unas y otras comarcas,

para que viva cada una su epopeya, su novela, su quimérica aventura, su leyenda, su drama; y cuando se sabe que cada día hay millares — millares, sí — de hombres que en su ciego dolor averiguan en vano el porqué de su patético destino, y que hasta sin Dios se quedan como al borde de un precipicio, sorda su alma al Divino Verbo, mas no — y éste es el júbilo de las líras — al verbo humano que algo guarda siempre del inefable de los cielos... entonces, digo, se aprecia y mide lo que puede significar el eco de los versos o la simple voz de un escritor verídico en la grande y agitada plaza de la tierra.

¿Qué hubiera sido de mí en horas lóbregas — he reconocido muchas veces — sin el auxilio, así fuese momentáneo y engañoso, de las letras? Y uno piensa, ya no lector sino autor, con quizás ingenua confianza, que algún tanto de bien logrará acaso hacer un libro nuestro al afligido y al solo.

Última etapa, ya de vida o muerte: la del remozamiento, conforme al *renovarse o morir* de la fórmula perentoria. Nunca gusto predicar a los demás lo que yo mismo no hago. Por mi parte, pues, presumo haberme remozado recientemente, si por ventura remozarse vale tanto como comenzar nueva senda cual ésta de la novela a que yo me atreví con mi *Arbaces, maestro de amor* en que, al trágico aliento del eterno suspiro — ¡amor, consuelo y desconsuelo del mundo! —, aspiré tan sólo a ser buen oráculo de amantes, asistido, cual debía ocurrir, de la reflexión de los años.

Y uno da y da libros, y a su tiempo empiezan a transcurrir las vespertinas horas de nuestro sol que algo se asemejan en la indecisión de las tintas, a las de los primeros ensayos... ¿Y cuál es a esta sazón el ánimo del que tanto escribió? ¿Habrá

alcanzado, con cierta seguridad en su oficio, la placidez augusta de la despreocupación? Lejos de eso. Su primitiva modalidad no varía. A cada nuevo libro, se turba y duda y teme. Se siente como otrora, un acusado. Interroga a las palabras y a los rostros. El autor no logra nunca vencer su complejo de Adán en falla.

En algunos casos — en el de Lawrence, por ejemplo, citado por Aldous Huxley —, la publicación de una nueva obra ocasiona un verdadero suplicio nervioso. La visión de los críticos lo atormenta. Entonces, en mordiente soliloquio, se deja decir: « La publicación de una obra de arte, importa siempre mostrar una desnudez, arrojar algo delicado y sensible a asnos, monos y perros ».

Pero esto enseña, más bien, el revés de la íntima urdimbre dolorosa. De la posición y juicio de aquellos ínfimos jueces bien se desentiende el escritor; no así de la actitud de los que estima: esos pocos — siempre esos pocos — en quienes reconoce a autorizados representantes de los númenes. Lo terrible radica en que éstos abracen o hagan como si abrazacen, con reticencias, evasivas y silencios, la sombría causa de los que dijo Lawrence. Y son acerbas nuestras dudas porque siempre imaginamos que por primera vez nos encaramos con los regateadores y los omisos, con los mezquinos y los injustos. Más, por fortuna, voces amigas no faltan nunca. El mensajero se ve confirmado. La carrera puede ser proseguida.

Señoras: Señores:

Carrera siempre memorable, si se corre bien; carrera de Fidípides para cantos de victoria es la nuestra; mas nada fácil de realizar como hemos venido viéndolo, y a todas

horas sujeta a grandes pruebas. De todo hay que salir vencedor y seguir andando : vencedor de los primeros aplausos que a menudo se juzgan, con ligereza, por signo de triunfo pleno ; vencedor de la mentirosa lisonja y de esa mentira a sabiendas del elogio de toma y daca ; vencedor de la ambición burocrática ; vencedor de la vana figuración ostentosa ; vencedor de la torva confabulación de los que niegan ; vencedor de la decepción que postra ; vencedor de la mala fe que acobarda. Y andar, andar. La vida es camino, camino, siempre camino, le hago decir a un cierto Metón en mi reciente *Arbaces*. Y andar, andar : ésa es la ley del mensajero Fidípides. Y en la fatiga, no fatigarse, y en la soledad no estar solo, y en la obscuridad descubrir al ángel luminoso, y a más de esto, no olvidar ningún sagrado deber, y muy señaladamente acordarse de consolar al triste, aunque nadie nos consuele a nosotros.

No de otro modo debe ser. Diamante es el nombre exacto de un alma diáfana ; rubí, el verdadero nombre de un encendido corazón generoso. De estos diamantes y rubíes necesita siempre la corona de la Vida.

LA ANTOLOGÍA GRIEGA EN ESPAÑA

Basta hojear el libro de Laumonier sobre Ronsard para entrever la delicada influencia de la *Antología griega* en la Pléyade. En España el afloramiento de este venero de imágenes y de modos, fué menos brillante. En su mayoría, los poetas castellanos de los siglos XVI y XVII iban por otros rumbos y recogieron únicamente de los epigramistas lo moral y lo satírico. La *Antología griega*, o mejor dicho, la de Planudo, la sola conocida entonces, mina inagotable de asuntos, de rara erudición, de refinamientos de arte, carecía del poder de atracción de las otras grandes obras griegas y de los autores latinos e italianos. Debió de ser leída por eruditos en las ediciones grecolatinas del siglo XVI. En España fué eclipsada por el español Marcial. Si comparamos los epigramas de los satíricos latinos — tan imitados por los españoles —, con los de la *Antología*, hallaremos la línea diferencial de la agudeza con la gracia.

Dos sonetos de Hurtado de Mendoza: *A las armas de Aquiles (traducido del griego)* y *Al escudo de Aquiles*¹, son versiones de la *Antología*. *A las armas de Aquiles* es de

¹ *Obras Poéticas de Diego Hurtado de Mendoza*, ed. de W. I. Knapp. Madrid, 1887, sonetos XVI y XVII.

Antipater de Sidón, *Epigramas funerarios*, 146 ¹; *Al escudo* es anónimo, *Epigramas descriptivos*, 115 ². Hurtado de Mendoza (1503-1675), discípulo de Aristóteles, de Tucídides y de Tácito, versificador sin arte, pero de tanto interés literario, dejó en el jardín toscamente culto de casi medio centenar de sonetos, en su mayor parte petrarquistas, la huella visible de sus modelos y el origen de sus temas. Creo que estos dos sonetos, arcaicos los dos, por tener rima cruzada en los cuartetos y a veces rima aguda, son la primera penetración de la *Antología* en la poesía castellana. Véase como traduce :

A LAS ARMAS DE AQUILES

(Traducido del griego)

A la ribera de la mar sentada
sobre el sepulcro de Ajax Telamón,
la Fortaleza estaba despechada,
moviendo contra Grecia indignación.
Los cabellos de hierro y la acerada
veste rompía ; al llanto y turbación
la gente se alteró, y aunque espantada,
quiso della entender su alteración.
Respondió vuelto el rostro a los Troyanos :
« Aun por haceros Grecia mayor mengua
contra Ajax por Ulises sentenció,
desposeyendo aquellas fuertes manos
y entregando a la vil y flaca lengua
las armas con que Aquiles os venció ».

¹ *Epigrammatum Anthologia Palatina cum Planudeis*, ed. de Firmin-Didot, tomo I, página 300.

² *Ídem*, tomo II, página 23.

Jacobs traduce así al francés : « Au promontoire de Rhœ-tée, la Vertu gemissante, les cheveux coupés, en habits de deuil, est assise auprès du tombeau d'Ajax ; elle pleure au sujet du jugement des Grecs où elle a été vaincue, où la ruse a triomphé. Ah ! si les armes d'Achille, pouvaient parler, elles ne manqueraient pas de dire : « Nous aimons un mâle courage, nous détestons un langage artificieux » ¹.

AL ESCUDO DE AQUILES

El escudo de Aquiles, que bañado
 en la sangre de Héctor, con afrenta
 de Grecia y Asia fué, mal entregado
 a Ulises por varón de mayor cuenta,
 sobre el sepulcro de Ajax fué hallado ;
 que Ulises, levantándose tormenta,
 entre las otras ropas lo había echado
 en la mar, por dejar la nave exenta.
 Alguno, visto el nuevo acaecimiento,
 dijo, quizá movido en su conciencia :
 « ¡ Oh juez sin razón ni fundamento !
 Que el conocido error de tu imprudencia
 vean la ciega fortuna y ciego viento,
 y el loco mar enmienda la sentencia ».

La traducción de Jacobs dice : « Ce bouclier d'Achille, teint du sang d'Hector, devint par l'iniquité des Grecs la propriété du fils de Laërte ; mais, quand Ulysse fit naufrage, la mer le lui arracha, et les vagues le portèrent au tombeau d'Ajax, non à Ithaque. La mer ainsi annula l'odieux jugement des Grecs, et Salamine possède le glorieux trophée qui lui était dû ».

¹ *Anthologie grecque*, Hachette. Paris, tomo I, página 147.

La traducción de Hurtado de Mendoza, sumamente prosaica y pueril, es curiosa por lo que agrega al texto de la *Antología*. En la mente del helenista estaba fresca la lectura de la *Continuación de Homero* de Quinto de Smirna. Con este autor, tan célebre en el Renacimiento, agrega un complemento explicativo al texto de la *Antología*.

Don Juan de Arguijo, por los temas de sus sonetos y la manera descriptiva, es discípulo de Hurtado de Mendoza y más directamente de los poetas de la *Antología*. A veces los traduce casi literalmente. El soneto :

En segura pobreza vive Eumelo
 con dulce libertad y le mantiene
 las simples aves, que engañadas vienen
 a los lazos y liga sin recelo.
 Por mejor suerte no importuna al cielo,
 ni se muestra envidioso a la que tienen
 los que con ansia de subir sostienen
 en flacas alas el incierto vuelo.
 Muerte tras luengos años no le espanta,
 ni la recibe con indigna queja,
 mas con sosiego grato y faz amiga.
 Al fin, muriendo con pobreza tanta,
 ricos juzga sus hijos, pues les deja
 la libertad, las aves y la liga.

es fiel adaptación del siguiente epigrama funerario de Isidoro, 156¹ : « Avec sa glu et ses pipeaux, Eumèle se nourri-

¹ *Epigrammatum Anthologia Palatina*, ed. de Firmin-Didot, tomo I, página 302. Reproduzco la versión latina de la colección Firmin-Didot :

*Visco et arundinibus ex aere se nutriebat
 Eumelus, tenuiter, sed in libertate ;
 nunquam vero alienam osculatus-est manum ventris gratia :*

ssait des produits de l'air, et vivait pauvrement, mais dans l'indépendance. Jamais il ne baisa la main d'un riche pour en obtenir quelque bon morceau ; sa chasse suffisait à son luxe, et lui apportait le contentement. Après une vie de trois fois trente années, il repose ici, ayant laissé à ses fils pour héritage sa glu, ses brins de paille et ses appeaux » ¹.

Luis Martín de la Plaza conocía la *Antología* ; le toma algún tema, el del soneto *Al sepulcro de Timón de Atenas*, por ejemplo ; alguna vez se ajusta más estrictamente al texto que leía, probablemente en una versión latina. En el siguiente soneto ² es traducción del epigrama de Estatilio :

Quando aplaca de Aquiles inhumano
 Pirro el alma, con sangre que derrama
 de Polixena, que a los dioses clama
 y solicita su piedad en vano,
 Hécuba esparce del cabello cano
 hebras al viento, y como fiera brama ;
 y el alto Jove a la venganza llama
 de agravio tal, con fulminante mano.
 Mas por ver si con tierno sentimiento

*hoc delicias illi, hoc afferebat lætitiæ.
 Ter autem trigesimum qui-vir-it annum hic dormit,
 et liberis reliquit viscum et pennas et arundines.*

Es de importancia para la historia de la poesía española, escribir la historia del epigrama convertido en soneto o en otra forma estrófica. Creo que todavía no se ha hecho un estudio de las fuentes literarias de Argüjo. « Tal vez suele imitar a algunos epigramas latinos o griegos, dice don Adolfo de Castro ; pero nunca la imitación deja de ser superior al original ». *Biblioteca de Autores Españoles*, tomo XXXII, página xxvii. Esta opinión es exagerada.

¹ *Anthologie grecque*, Hachette, París, tomo I, página 149.

² *Segunda parte de las flores de poetas ilustres de España* [1611], por don Juan Antonio Calderón. Sevilla, 1896, página 122.

se mueve a compasión el mozo altivo,
 en estas quejas el furor convierte :
 « ¡ Oh Aquiles!, de mi sangre aun hoy sediento
 a mi Héctor la muerte diste, vivo,
 y muerto, a Polixena das la muerte ! »

La versión francesa de Jacobs (*Anthologie grecque*, Ha-chiette, París, t. I, página 261), es así : Lorsque Pyrrhus, sur le tertre funèbre eut accompli le sanglant hymen de Polyxène avec son père, la fille de Cissé, Hécube, pleurant la mort de ses enfants, s'écria tout en larmes et s'arrachant les cheveux : « Naguère tu as trainé le cadavre d'Hector attaché à l'essieu de ton char, et maintenant sur ta tombe tu reçois le sang de Polyxène. Achille, pourquoi as-tu voué tant de haine aux fruits de mes entrailles ? Tu as été bien cruel pour mes enfants, et ton ombre l'est encore ».

El epitafio de Juan de la Cueva, *En el sepulcro de Timón ateniense* (Gallardo, *Ensayo de una Biblioteca Española*, t. II, col. 663), que empieza :

Yo fui bien conocido por mi nombre,

quizá también esté inspirado en la *Antología*.

Baltasar Gracián en el capítulo del *Discreto* (1646) titulado *diligente e inteligente*, *Emblema*, dice : « Dos hombres formó naturaleza, la desdicha los redujo a ninguno ; la industria después hizo uno de los dos. Cegó aquél, encojó éste, y quedaron inútiles entrambos. Llegó el arte, invocada de la necesidad, y dióles el remedio con el alternado socorro, en la recíproca dependencia.

« Tú, ciego — le dijo, — préstale los pies al cojo ; y tú, cojo, préstale los ojos al ciego ». Ajustáronse, y quedaron remediados. Cogió en hombres el que tenía pies al que le

daba ojos, y guiaba el que tenía ojos al que le daba pies» ¹.

Alfonso Reyes, en su primorosa edición de los tratados de Gracián, pone, en nota, al pie de este emblema el soneto de Quevedo que empieza :

El ciego lleva a cuestas al tullido.

Menéndez y Pelayo en su *Bibliografía Hispano Latina Clásica* ², al apuntar la influencia de Ausonio en la literatura española, dedica a los epigramas CXXXII y CXXXIII de este poeta latino el siguiente párrafo :

« XXX. QUEVEDO (D. FRANCISCO DÈ).

Ep. CXXXII. *Insidens caeco graditur pede claudus utroque...* »

Ep. CXXXII *Ambulat insidens caeco, pede captus utroque...* »

De ambos (que en sustancia son uno mismo) es admirable paráfrasis el soneto 49 de la *Musa Talía*, donde nuestro gran moralista satírico eleva a máxima filosófica general lo que en Ausonio no pasa de una ingeniosidad sin consecuencias :

El ciego lleva a cuestas al tullido :
 dígola maña, y caridad la niego,
 pues en ojos los pies le paga al ciego
 el cojo, sólo para sí impedido.
El mundo en estos dos está entendido,
si a discurrir en sus astucias llego...
Si tú me das los pies, te doy los ojos.

¹ BALTASAR GRACIÁN, *Tratados*, edición y prólogo de Alfonso Reyes, Madrid, 1918.

² Madrid, 1902, páginas 170-171.

· *Todo este mundo es trueco interesado,
y despojos se cambian por despojos.
Ciegos, con todos hablo escarmentado,
pues unos somos ciegos y otros cojos,
ande el pie con el ojo remendado.*

XXXI. MORELL (P. José). S. J., 1683.

Ép. CXXXII. « *Insidens caeco* ».

A UN CIEGO Y A UN COXO

Un coxo de entrambos pies
de un ciego al cuello se asienta ;
de este modo experimenta
ser cada uno lo que no es.
Al que está con dos pies cojos,
el ciego paso y pies da :
y el coxo, al ciego en que va,
en vez de pies le presta ojos.

Poetas Selectas de Varios Autores Latinos. Tarragona, 1683, página 75 ».

He aquí la historia de estos epigramas de Ausonio. El tema del cojo y del ciego penetra en un soneto de Quevedo y en un pasaje de Gracián. Estos dos insignes moralistas lo cargan de significación emblemática y de experiencia humana ¹.

Gracián era — lo suponemos — lector sutil de los *Emblemas* de Alciato. El *Discreto*, como las *Empresas Políticas* de Saavedra Fajardo, es un libro emblemático. Quevedo

¹ María Rosa Lida en el admirable estudio *Para las fuentes de Quevedo* publicado en la *Revista de Filología Hispánica*, 1939, trae eruditas notas sobre la influencia de la Antología en el autor del *Parnaso*.

y Gracián no tomaron el tema de Ausonio sino de Alciato ¹: *Mutuuum auxiliium. Emblema CLXI.*

Lope de Vega ² trae el siguiente *Epigramma* :

*Loripeden sublatum humeris per lumine captus
et socii haec oculis numerat retribuit,*

con la *Imitación* castellana en un soneto :

Llevaba un ciego al hombro los despojos
de un cojo, cuyos ojos le guiaban,
y andando y viendo, a un tiempo se prestaban,
éste al ciego los pies, y aquél los ojos,
Los dos de su fortuna los enojos
con amistad recíproca templaban :
los ojos con los pies del ciego andaban
y el trocaba los pies por los anteojos.
Así Firmio a Danión versos neutrales
en su cerviz incógnito dispone,
y andan entrambos en un cuerpo iguales :
Que éste le da los libros que compone,
y el otro la verguenza de ser tales,
que no sé cuál mayor trabajo pone.

Los comentadores de Alciato han agotado la historia del tema. Aparece por primera vez en la *Antología griega*, Epigramas descriptivos, 11. El autor del epigrama es Isidoro, aunque se lo atribuyen también a Felipe. Véase este epigrama en la traducción castellana de Angel Lasso de la Vega ³ :

¹ Cito de la siguiente edición : ANDREAE ALCIATI, *Emblemata, cum commentariis Claudii Minois I. C. Francisci Sanctii Brocensis...*, Patavij, MDCLXI.

² *Obras sueltas*, de Lope de Vega, tomo I, página 275.

³ ANGEL LASSO DE LA VEGA, *Antología Griega*. Madrid, 1884, página 167.

EL CIEGO Y EL COJO

Faltábale al uno piernas
 y al otro faltaba vista,
 pero mutuamente entrambos
 se dieron lo que la impía
 suerte nególes. Al cojo
 de sus espaldas encima
 colocó el ciego, y andaba,
 teniendo su voz por guía,
 sin tropezar en su senda
 ni exponerse a una caída.
 Necesidad ingeniosa
 enseñado les había,
 a hacerse parte del todo
 que les faltaba, y podían
 uno al otro completarse
 poniéndose en armonía.

En la preciosa *Declaración Magistral sobre los Emblemas de Andrés Alciato*, Nágera, 1615, folios 371-373, Diego López al comentar la figura y el texto de este emblema de Alciato, dice: « Tomó este pensamiento Alciato de un Epigrama griego que traduce de esta manera Minoys :

Caecus claudum humeris gestat... »

Luego vierte al castellano y comenta a Alciato: « Significa este emblema que para poder pasar los trabajos y calamidades desta vida tenemos necesidad de ayudarnos los unos a los otros..., el coxo prestando los ojos al ciego y el ciego al coxo los pies, porque se los presta el ciego llevándole a cuestas, y el ciego tiene ojos porque se los presta el coxo: y así podemos decir que es verdadero auxilio trastrocado, como lo muestra el titulo: *Mutuuum auxilium* ».

Don Juan de Iriarte en la *Regiae Bibliothecae Matritensis*, Madrid, 1769, trae en texto griego, con traducción latina y castellana, algunos epigramas de la *Antología*. Sirva de muestra la versión del epigrama de Arabios, a Longino:

A Longino la ciudad
estatua de oro erigiera
si admitir oro pudiera
del Justo la integridad ¹.

En algunos epigramas de Iriarte se une la gracia de la *Antología* con la de Voltaire, que mejor que ningún otro autor del siglo XVIII tuvo la ligereza alada de los epigramistas griegos.

ARTURO MARASSO.

¹ *Regiae Bibliothecae Matritensis*, página 114. Véase PIERRE WALTZ, *Anthologie grecque*, « Collection des Universités de France », tomo I, página LVII, París, 1928. Iriarte publica en la *Regiae Bibliothecae* un manuscrito de Constantino Lascaris, que es una copia de la *Antología* de Planudo. Lascaris fué el primero que publicó la colección de Planudo (Florencia, 1494).



I

UNA VISITA A RODÓ

Un viajero — de paso por Montevideo en los primeros días de mayo de 1916 — fué a llamar una mañana al número 102 de la calle del Cerrito. Las puertas del recinto solariego de la familia de Rodó se abrieron para recibir al desconocido ¹. El autor de *Motivos de Proteo* no estaba allí: acaso recorría, según su costumbre diaria, las calles de la ciudad, haciendo un alto en alguna librería amiga. Un hermano del escritor recibió al viajero, con amabilidad sencilla y franca, y sostuvo con él media hora de conversación. Llamaron la atención del visitante la alta estatura y la complexión vigorosa de su interlocutor. También despertó su interés aquel interior grave y tranquilo. El mobiliaje, resistente y antiguo, distribuído con gusto severo, comunicaba al salón un aire retrospectivo. Enclavada en el *Montevideo viejo*, la casa solariega, propicia a la meditación y al recuerdo, parecía un rincón del pasado.

¹ El viajero a quien se alude es el doctor Francisco Henríquez y Carvajal.

Al caer la tarde del siguiente día volvió el viajero a llamar a la puerta de aquella casa, donde parecía perpetuarse toda una tradición patriarcal de austeridad y de paz. Fué más afortunado esta vez. José Enrique Rodó lo recibió y le estrechó fuertemente la mano. Era, como su hermano, de elevada estatura. Media seguramente más de seis pies. Fuerte y erguido, su mirada clara, amortiguada por la miopía, algunas veces centelleaba detrás de los lentes, que desde temprana edad le fueron indispensables, según lo atestiguan algunas fotografías que publicaron, hacía ya bastantes años, las revistas hispanoamericanas. Sólo que el rostro delgado y fino que revelaban esas fotografías juveniles no era el mismo de ahora: los años habían llenado sus carnes, el bigote se veía ahora más poblado y con menos aliño, y la nariz afilada parecía haberse acentuado más, según símil afortunado de un escritor uruguayo ¹.

La conversación — desde un principio animada y cordial — fué cobrando a cada momento creciente interés. Rodó — elocuente y comunicativo — pasó revista a múltiples tópicos. Las sombras iban cayendo, los rumores de la calle apenas llegaban como un eco distante, y la voz del Maestro vibraba, cada vez más apasionada, en aquel recinto lleno de evocaciones solemnes. El viajero oía y, de vez en vez, asentía o comentaba.

— ¿Qué será del idioma castellano? — interrogó al oír a Rodó hablar del estilo literario — ; ¿qué suerte correrá nuestro idioma en manos de algunos escritores que saben pensar, que exponen ideas, a veces luminosas, pero que no cono-

¹ Hugo D. Barbagelata: prólogo de *Cinco Ensayos*, de Rodó. (Biblioteca Andrés Bello, Madrid). *La Nouvelle Revue* (París) publicó dicho trabajo, modificado y vertido al francés (1° de mayo de 1917).

cen — ¡quizás si los desdeñan! — los secretos de la forma?

Y por vía de ejemplo citó a dos sociólogos hispanoamericanos de merecida nombradía.

— ¡Pero esos no son escritores!, exclamó Rodó. Son hombres de pensamiento, y nada más. Ante todo, el escritor debe *decir las cosas bien*...

Instantes tras instantes, parecía hablar con mayor entusiasmo. La palabra del Maestro adquiría matices ardorosos cuando hablaba de su América, que él llamó «magna patria» continental. Vino la noche sin que, al parecer, advirtiera Rodó que la oscuridad lo envolvía. Su voz, siempre cálida, brotaba del seno de la sombra. Su silueta apenas si se desdibujaba en una vaga penumbra...

¿Cuánto tiempo pasó así?... ¿Una hora, dos, tres?... ¿Quién, de los interlocutores, habría podido precisarlo?... Al despedirse, el visitante recordó a Rodó la maravillosa descripción con que comienza su *ensayo* sobre Montalvo: la del escenario, circundado de volcanes, donde se encuentra enclavada la ciudad de Ambato.

— Algunos viajeros — dijo entonces Rodó — me han asegurado que mi descripción es exacta. Esto me ha complacido, porque nunca he visitado ese lugar. Casi no he salido de Montevideo. Hace tiempo, sin embargo, que deseo viajar, y ahora me propongo visitar a Europa.

Rodó, en efecto, apenas había traspasado las fronteras nativas en los cuarenta y cuatro años de vida que entonces contaba. Por excepción puede citarse la visita que hizo a Chile en septiembre de 1910, como representante del Uruguay en las fiestas del primer centenario de la independencia. Dijérase que un misterioso instinto le había hecho aferrarse

al suelo natal, como si presintiera que más allá de sus horizontes, sólo habría de encontrar la muerte.

Suyas son, sin embargo, estas palabras: « Reformarse es vivir. Viajar es reformarse »... « La reclusión en el pedazo de tierra donde se ha nacido es soledad amplificada, o penumbra de soledad ». Acaso si sus propias máximas vibraban en la memoria de Rodó como un reproche, y el ansia de viajar se intensificaba en su espíritu con los años. Tal como lo había anunciado al viajero que fué a estrechar su mano en mayo de 1916, Rodó emprendió poco después el camino de Europa, ostentando la representación del popular semanario bonaerense *Caras y Caretas*. Pasó, casi sin detenerse, por España. Cristóbal de Castro, en un artículo periodístico que intituló *Uu Apóstol del Silencio*¹, hizo saber al público español que Rodó había permanecido algunas horas en Madrid, sin hacer ruido ni llamar la atención. Esquivó el halago fácil y el homenaje inevitable de la recepción o del banquete. Prometió volver pasado algún tiempo, y siguió viaje hacia Italia. ¡ El viaje a Italia ! ¡ Cuán honda transformación realizó en el espíritu de Goethe ! ¿ No era dable esperar también en Rodó nuevas revelaciones de ideal y de pensamiento después de pisar el suelo de la Europa secular ? ¿ No era dable sospechar que sobre su mente ejercerían sugestión renovadora y magnética las ruinas majestuosas, los monumentos sagrados y los veneros artísticos que guarda en su seno florecido, como urna inmaculada y gloriosa, la tierra fragante, poblada de melodías e inundada de colores, por la cual se deshacía en suspiros la nostalgia recóndita de Mignon ?

¹ *Nuevo Mundo*, Madrid, 16 de agosto de 1916.

No hemos podido, empero, conocer, más que fragmentaria y superficialmente, el reflejo espiritual de aquella región predilecta de los dioses sobre José Enrique Rodó. En páginas breves y armoniosas dió él a conocer — a su paso por Génova, Pisa, Florencia, Bolonia, Módena, Parma, Turin, Milán, Tivoli y otras ciudades — sus emociones de viajero y de artista. Esas impresiones eran, sin duda, las primicias de futuros trabajos de mayor aliento.

¿Cuántas revelaciones inesperadas no contendrían los libros que Rodó se proponía publicar en un inmediato porvenir? Sus *Nuevos Motivos de Proteo*, de los cuales dió a conocer fragmentos bellísimos, como la parábola *El León y la Lágrima*, una vez definitivamente retocados, ¿no señalarían puntos de vista diferentes y acaso contradictorios con algunos aspectos de su producción anterior? La catástrofe guerrera, azote del mundo, apreciada de cerca por él, como huésped que era de uno de los países beligerantes, haría vacilar acaso su optimismo fundamental, hasta la víspera inquebrantable aún, frente a ese mismo espectáculo, apreciado desde Montevideo?... y por otra parte, la condición a que, como consecuencia indirecta de semejante conflicto, puedan verse sometidas en el mañana las pequeñas nacionalidades — entre ellas la mayoría de las repúblicas del continente americano, sobre las cuales pesan tan graves amenazas —, ¿no hubiera movido una vez más su pensamiento y su pluma para insistir, con la fe del evangelista, en la prédica de ideales de cohesión y de solidaridad efectiva entre las naciones de un mismo origen, que forman espiritualmente, y deben formar también políticamente, en lo posible, la « magna patria » hispanoamericana?

Vastísimo horizonte se abría ante los ojos claros de aquel

peregrino, que bien podía considerarse en Europa el embajador legítimo del más alto nivel de cultura que han podido alcanzar las civilizaciones nacientes del Nuevo Mundo. Honda, inacabable sed de emociones atenaceaba, haciéndolo ir de ciudad en ciudad, cual si quisiera verlo todo a un tiempo, al hijo glorioso de las tierras vírgenes, que había abandonado las riberas nativas para ir a admirar de cerca los veneros de cultura acumulados durante siglos en la cuna de la civilización moderna, y para prosternarse amorosamente a escuchar, cual si brotara de las piedras milenarias, el eco misterioso y lejano del corazón de la humanidad antigua.

Bruscamente, la muerte puso fin a sus peregrinaciones el 1º de mayo de 1917. El espectáculo final que se ofreció a sus ojos de artista fué el cielo azul de Palermo en una mañana de primavera. Sus últimas palabras, que a través de la incoherencia con que acaso fueron proferidas en el momento supremo, parecen encerrar la síntesis de una filosofía resignada y dulce, fueron éstas: « Dolore... grazie! ».

Los que le conocieron de cerca afirman que José Enrique Rodó era un talento amable. Era un *animador*. Sabía comunicar su optimismo a cuantos venían hacia él en demanda de aliento o de esperanza. Si no supo escatimar limosnas materiales — es fama que su sueldo de diputado se evaporaba en dádivas —, tampoco fué parco en limosnas intelectuales que, cuando oportunas, pueden dar vida y orientación muchas veces a vocaciones que sólo necesitan, para encontrar su camino, el impulso bondadoso y noble. La voz amiga de Rodó fué siempre acicate y estímulo de juveniles aptitudes literarias: no contribuyó a formar reputaciones falsas, porque jamás pasó del límite del elogio prudente y justo; pero tampoco tronchó con severas censuras las aspiraciones de

los escritores incipientes. Atento al párrafo o al renglón donde fulgurase la chispa de la personalidad, se complacía en ser el augur de futuras cristalizaciones de arte y de poesía.

Veo en su manuscrito de versos — decía en 1914 a un joven poeta del Plata — sinceridad lírica, expresión simpática y feliz de una juventud que busca en la frescura intacta de su vida interior la transparente vena de armonía. Lo que no se adquiere cuando falta, lo *no aprendido* del canto en que se desata el don natural, está presente en esos versos.

Aun allí donde el ritmo claudica o la ingenuidad pasa del justo límite, se siente la promesa de más altas cosas. Es la obra buena de los veinte años. El tiempo dará lo demás ; el tiempo, que para los sinceros y los fuertes es el triunfo sobre el propio pasado, es el sueño de perfección nunca satisfecho ni rendido ¹.

Ese talento amable se manifestaba, desde la cátedra universitaria, por medio de la palabra persuasiva del Maestro, que siempre encontraba para sus ideas la frase exacta y severa, de corte apolíneo. Se expresaba con cierta gravedad, que en otro parecería afectada. Empero, en él, la gravedad era una cualidad temperamental. A pesar del optimismo de su espíritu, Rodó no amaba la risa. Sonreía a menudo, afirman los que le trataron íntimamente : no reía nunca a carcajadas.

Acaso no amaba la risa porque tuvo poco trato con el amor, que es fuente de salud y de alegría. Rodó presentaba con Newton una curiosa semejanza : ni al uno ni al otro se le conocieron amores. Por lo que respecta a Rodó, así lo afirma su compatriota Hugo D. Barbagelata. ¿ Es concebible

¹ *El Sayal de mi Espíritu*, poesías, por Ernesto Morales. Buenos Aires, 1914.

que de tal suerte absorban las funciones intelectuales todas las potencias del ser humano?... Si no constara el hecho gracias a testimonios no recusables, cabría dudar de ello.

Las costumbres de Rodó eran sencillas y metódicas. En busca de reposo para el espíritu y de ejercicio para el organismo, emprendía sus cotidianos paseos por la urbe que le vió nacer, y en la calle, en el café, en la librería, encontraba momentos de expansión y de solaz. Volvía después a su tranquilo retiro. No tenía vicios, a no ser el que Montalvo llamó « santo vicio » de escribir. Su única pasión fué la lectura. Era temperante. Fumaba poco. No conocía el juego.

Amante de la buena mesa — dice Barbagelata —, charla en ella con amenidad de mil tópicos distintos, políticos, científicos, literarios o sociales, y no se preocupa de que los que lo escuchan o los que rebaten sus opiniones sean o no hombres de letras. En el restaurant o en el café no hace distingos entre camaradas, y posiblemente es en esos lugares donde su imaginación menos trabaja.

Sólo fuma un cigarrillo en cada comida, bebe agua mineral después de la cena, y por la noche frecuenta poco teatros y conciertos. Tampoco es muy afecto a las visitas, no por falta de educación, sino de tiempo ¹.

II

EL MAR

Situada en la ribera del Plata, en el punto mismo en que el gigantesco río se ensancha considerablemente para morir más adelante en la anchurosa boca, la ciudad de Montevideo,

¹ Barbagelata, trabajo citado.

merced a los accidentes de la costa — que más lejos se abre ante las rudas caricias del Atlántico, y a veces retrocede como temerosa de la embestida del coloso, formando sinuosidades y contornos caprichosos — ofrece por doquiera que la vista gira una indefinida perspectiva azul... Singularmente, en el Montevideo viejo, edificado sobre un brazo de tierra que se adelanta para formar uno de los extremos de la amplia bahía, la vista parece inundarse de azul y de infinito.

Muy pocos pasos hay que caminar desde la casa en que Rodó vivía para ver la superficie líquida, a un tiempo mismo, por tres lugares diferentes : al norte, las aguas reposadas de la bahía, cortada en el opuesto límite por la Villa del Cerro ; al oeste, el mar, es decir, el río que corre hacia su desembocadura, inmenso, sin contraria orilla visible, cuando ya no se sabe si el mar es río o el río es mar ; al sur, el monstruoso río otra vez, pero señalando más francamente la dirección del Océano, la ruta de los buques que constantemente entran y salen del puerto de Montevideo, cargados de riquezas industriales... Y el cielo, deslumbrante y diáfano, parece ebrio del azul que refleja por doquiera... Al este, está la ciudad del presente, tras de la cual se encuentra el Montevideo novísimo, la ciudad del porvenir... Ciudad de promesas, ciudad de perspectivas abiertas al mañana, ciudad de transformaciones incansantes...

« Reformarse es vivir »... « Un *devenir* perpetuo »... « Una perspectiva indefinida »... ¡ Fórmulas predilectas del espíritu de Rodó ! ¡ Noble y alentadora filosofía, la más espontánea acaso en quien nació y vivió mirando a cada paso horizontes azules y recreándose en la contemplación del mar, espejo fidelísimo de las transmutaciones humanas !

¡Cuánto muda de color el mar inmenso!... — exclamaba Rodó — ¿Quién habló de la monotonía del mar? La dura tierra sólo varía en el espacio; el mar cambia y se transforma en el tiempo. Allí donde hace un instante tuvo una fisonomía, ahora tiene otra diferente. Esa inmensidad es un perpetuo *devenir*, sin punto de reposo, sin veleidad de fijeza. ¿Qué gama como la gama de sus sonidos? ¿Qué paleta como la que le surte de matices? ¿Qué imaginación más rica en formas que la ola, nunca igual a sí misma?... Yo quiero que detengáis el pensamiento en un aspecto, nada más, de esa variedad infinita: en la mudanza del color.

¡Cuán maravillosamente cambia de piel el monstruo enorme! ¡Y qué raras invenciones de tintas las que saca a luz sobre el lomo, ya crespo, ya sumiso! Para estos cambios suele bastar un instante: lo que se tarda en quitar la mirada y devolverla; y ¿qué es lo que obra en ellos como causa? ¿qué es lo que colora de nuevo, y de improviso, la sublime extensión? A menudo, sólo una nube que cruza por el cielo; sólo un rayo de sol que, rasgando el seno de de las brumas, toca el haz de la onda: cosas de allá, de la región de lo leve, de lo vago, de lo inaccesible...

¿Después de conocer esta página sería temerario afirmar que la visión perpetua del mar sirvió de inspiración y guía al pensamiento filosófico de Rodó, con sólo transmutar la observación material por la concepción espiritual? Influencia semejante resulta confesada por él mismo cuando agrega:

Tengo la imaginación hecha de tal modo, que toda apariencia material tiende en mí a descifrarse en idea. La Naturaleza me habla siempre el lenguaje del espíritu.

La mejor comprobación de la exactitud de esta frase la encontramos en la bella página *Cielo y Agua*:

Tengo el sentimiento del mar... La inquieta superficie bosqueja, hace miriadas de años, una forma que no llega a

precisar jamás. Diríase la porfía indomable del artista que se abraza al material rebelde, y poseído de una norma interior, cien veces recomienza su obra y otras cien veces la deshace. Diríase también la manera cómo en la conciencia verdaderamente viva y dinámica, hierven, pasan y se sustituyen las ideas, sin petrificarse nunca en inmutable convicción.

Así, *Motivos de Proteo*, su libro capital, está inspirado en la imagen mitológica y tornadiza de Proteo, « forma del mar, numen del mar », que

ya se trocaba en fiero león, ya en ondulante y escamosa serpiente ; ya, convertido en fuego, se alzaba como trémula llama ; ahora era el árbol que levanta hasta la vecindad del cielo su cerviz, ahora el arroyo que suelta en rápida corriente sus ondas. Siempre inasible, siempre nuevo, recorría la infinitud de las apariencias sin fijar su esencia sutilísima en ninguna. Y por esta plasticidad infinita, siendo divinidad del mar, personificaba uno de los aspectos del mar ; era la ola multiforme, huraña, incapaz de concreción ni reposo ; la ola, que ya se rebela, ya acaricia ; que unas veces arrulla, otras atruena, que tiene todas las volubilidades del impulso, todas las vaguedades del color, todas las modulaciones del sonido ; que nunca sube ni cae de un modo igual, y que tomando y devolviendo al piélago el líquido que acopia, impone a la igualdad inerte la figura, el movimiento y el cambio.

El mar, poblado de buques que se dirigen en opuestas direcciones, reaparece como visión simpática al espíritu, ya en *El barco que parte*, la encantadora parábola que sintetiza la vida de muchos pensamientos y sensaciones que parecen alejarse para penetrar en las regiones inexploradas de lo subconsciente, y que algún día regresan a plena luz, más

claros y brillantes ; ya en los capítulos consagrados, insistentemente, a la necesidad de viajar :

Viajar es reformarse... Hay en la personalidad de cada uno de nosotros una parte difusa, que radica en las cosas que ordinariamente nos rodean : en las cosas que forman como el molde a que, desde el nacer, nos adaptamos. Trocar por otro este complemento, mudando el lugar en que se vive es propender a modificar, en mayor o menor grado, por una relación necesaria, lo esencial y característico de la personalidad. Toda la muchedumbre de imágenes que se ordenan y sintetizan en la grande imagen de la patria : el cielo, el aire, la luz ; los tintes y formas de la tierra ; las líneas de los edificios : los ruidos del campo o de la calle ; la fisonomía de las personas ; el son de las voces conocidas : todo ese armónico conjunto, no está fuera de ti, sino que hace parte de ti mismo, y te imprime su sello, y se refleja en cada uno de tus actos y palabras : es, cuando más objetivamente se le considere, una aureola o penumbra de tu yo.

Sorprende que quien de tan persuasiva manera preconizaba la necesidad de los viajes, hubiera permanecido tanto tiempo firmemente arraigado al suelo nativo. Es que en Rodó esa necesidad se veía contrabalanceada por la soledad y la lectura.

Para burlar la sugestión del ambiente en que se vive, — decía — y reivindicar la libertad interior, apartándose de él, hay dos modos de apartamiento : los viajes y la soledad. En rigor, los dos son necesarios ; y una vida bien ordenada a los fines de su renovación perseverante y eficaz, sabrá conceder lugar dentro de sí a períodos de incomunicación respecto de la sociedad que sea habitualmente la suya, distribuyéndolos con sabiduría entre el recurso de la soledad y el de los viajes.

Rodó no fué un solitario, pero tampoco desdeñó, cuando a su espíritu convenía, el enclaustramiento saludable. En la soledad de su estudio viajaba mentalmente. Los libros que devoraba con avidez le abrían de par en par las puertas de mundos desconocidos. No debió ser difícil para él, en un puerto como el de Montevideo, presa de la agitación de los barcos que llegan y de los « barcos que parten », forjarse a cada instante la ilusión del viaje y la dicha del retorno. ¡ Cuántas veces recorría con los ojos del espíritu « el camino de Paros », en mitad del cual le acechaba la muerte ! ¡ Cómo emprendería su imaginación romerías de ensueño, llenas de perspectivas deslumbradoras ! No pocas veces, a no dudarlo, la reproducción mental de países desconocidos correspondería con rara exactitud a la realidad, como su descripción de la asamblea de volcanes ecuatorianos que circundan la ciudad de Ambato. En otras ocasiones el poderío de la imaginación habría sobrepujado las bellezas del mundo físico, como él mismo confiesa que le ocurrió en la « Gruta Azul » de Capri :

« La Gruta Azul » — declara — fué para mí una decepción. Pero ya hace tiempo que aprendí a resignarme al desengaño de las grutas azules ; y la belleza abierta y franca de la circunstante realidad me ofrece, de regreso de aquella fracasada aventura, el desquite de la ilusión desvanecida.

III

EL MEDIO

Maravilla el espíritu el sorprendente desarrollo intelectual, económico y político que alcanza en nuestros días el Uru-

guay. Y, sin embargo, hasta los albores del siglo xx no pudo considerarse el Uruguay una tierra de paz. Largas y cruentas han sido allí las luchas políticas. La independencia tuvo una gestación difícil y dolorosa. La concepción atrevida y genial de Artigas, el *blandengue* extraordinario, de constituir una nación en la Banda Oriental del río Uruguay, encontró, como primer obstáculo, la porfiada obstinación del Directorio de Buenos Aires, que deseaba asegurar la existencia de una sola nación en las vastas regiones del Plata. Sabido es que muchos años más tarde, en 1857, un distinguido intelectual uruguayo, Juan Carlos Gómez, arriesgó su prestigio en la defensa de ese propósito de vincular los destinos del Uruguay a los de la República Argentina. Condenado al destierro, en el cual continuó más tarde voluntariamente, no volvió al suelo uruguayo, sino después de muerto. La concepción de Artigas no era una idea caprichosa y sin base: razones topográficas e históricas la abonaban, y la rápida formación de una conciencia nacional uruguaya, depurada en el crisol del sufrimiento y del esfuerzo, comprobó desde temprano que aquel pueblo tenía derecho a poseer una patria propia.

La primera independencia del Uruguay, al desvincularse de Buenos Aires la Banda Oriental, sólo puede decirse que duró algunos meses. La dominación portuguesa, convertida más tarde en brasileña, por haberse constituido el Brasil como nación aparte, pareció haber sepultado para siempre el ideal de Artigas. El viejo guerrero, retirado al Paraguay, murió allí muchos años después. El desembarco de los « treinta y tres », en la playa de la Agraciada, en 1825, señala el comienzo de la libertad definitiva del pueblo uruguayo. El ideal de Artigas no había muerto: renacía, con

nuevo vigor, en cada pecho uruguayo ; y en la última etapa de esta lucha suprema, la República Argentina, presidida entonces por Rivadavia, prestó su concurso armado a los patriotas orientales. Algún tiempo después el Uruguay supo corresponder a ese auxilio, bajo la segunda presidencia de Rivera, declarándole la guerra al tirano Rosas — no al pueblo argentino — y cooperando, después de ingente lucha que duró casi una década, a derrocar al despótico mandatario, cuyo ejemplo no encuentra parangón con ningún otro en la vida contemporánea.

Constituida la nación uruguaya, y reconocida por el pacto de paz de 1828, las rivalidades surgidas entre los dos jefes más conspicuos de la guerra separatista — Rivera y Lavalleja — ensombrecen el horizonte. De esa rivalidad tradicional parte la existencia de los dos partidos antagónicos del Uruguay : los que el pueblo llama « colorado » y « blanco », y que a pesar de las grandes transformaciones y subdivisiones circunstanciales que en el seno de uno y otro han señalado los tiempos, continúan siendo los dos polos políticos de la vida nacional uruguaya. Esa rivalidad culminó en frecuentes revoluciones, algunas de ellas salpicadas de episodios nefandos, como la llamada « hecatombe de Quinteros », en la cual fueron fusilados el caudillo rebelde, general César Díaz, y cincuenta y un compañeros suyos (1858), o como la toma de Paysandú, en la cual el defensor de la ciudad y del gobierno constituido, general Leandro Gómez, fué igualmente pasado por las armas en unión de sus tres oficiales más distinguidos (1864). Muchas batallas han sido sangrientas, como la de no remota recordación en que murió Aparicio Saravia (1904), caudillo « blanco » o « nacionalista » de la última revolución que ha tenido el Uruguay. Los atentados

personales contra los dictadores o mandatarios no han escaseado tampoco: en un mismo día, durante un motín fueron muertos de manera violenta en la capital los dos jefes más significados de opuestas tendencias políticas: el ex presidente Berro, jefe del motín, y el general Flores, que acababa de abandonar el título de dictador y esperaba ser elegido presidente constitucional (1868); el presidente Máximo Santos fué agredido, al entrar al teatro, por un oficial que se suicidó acto continuo, creyendo haberle dado muerte (1886); el presidente Idiarte Borda fué muerto de un tiro al salir de un tedéum (1897). Acaso temiendo análogas represalias había renunciado antes la presidencia el ex dictador Latorre (1879).

La República Oriental del Uruguay ha tenido, aparte de sus presidentes constitucionales, ocho interinos, y ha sufrido siete dictaduras. Ha tenido en el pasado, más revoluciones que gobiernos; pero hay que hacer la salvedad de que la mayor parte de los presidentes han cumplido íntegro su período y han entregado el poder a su sucesor; y de que por mandato constitucional que nunca se ha modificado, ninguno ha podido reelegirse para un período inmediato. Algunas revoluciones uruguayas podrán tildarse de innecesarias o de injustas, pero en ciertos casos el pueblo uruguayo no ha hecho más que demostrar de ese modo su derecho a ser mejor gobernado. El papel de tirano, según los ejemplos de la historia, ha sido siempre allí un puesto de peligro.

El pueblo uruguayo es laborioso y ha sabido explotar los veneros inmensos que la naturaleza le brinda. En menos de un siglo ha realizado una evolución tan asombrosa como rápida. La producción y la riqueza de aquel país, así como su adelanto material y su bienestar económico, son prodi-

giosos. Las cifras comparativas de la población de Montevideo, a lo largo de ese lapso, bastan, por sí solas, para demostrar el progreso gradual del país: en 1830 tenía la ciudad 15.000 habitantes; en 1852, 34.000; en 1895, 175.000; en 1915, 309.000. Al mismo tiempo ha habido una evolución progresiva, en lo intelectual y en lo social, que ha contribuído poderosamente, junto con la riqueza económica, a la actual estabilidad y al buen orden de la vida política.

Pudiera creerse que en un país que ha sido víctima de continuas agitaciones revolucionarias, no eran posibles el bienestar económico ni el desarrollo de las fuerzas vivas de la nación. Los hechos ofrecen, sin embargo, la prueba en contrario. La epidemia de las luchas civiles no es causa, sino efecto de las condiciones especiales en que cada país se desenvuelve. Si algunas repúblicas hispanoamericanas han marchado con lentitud en el camino de la civilización, a muchas causas, de muy diversa índole, hay que atribuirlo; y el *virus revolucionario*, en vez de ser la fuente de ese mal, es tan sólo una de sus resultantes.

El derecho a la revolución es un recurso supremo que tienen los pueblos para librarse de los sistemas y organizaciones políticas que sean contrarios al bienestar público y a la dignidad humana. El fenómeno que se ha producido en algunas repúblicas hispanoamericanas, debido a las condiciones precarias de la vida nacional, es el de que ese derecho, reservado para casos extraordinarios, se falsea, y él se apela a cada instante, intentando justificarlo con alegaciones bizantinas que no se afianzan en una lesión profunda del derecho y de la libertad de los hombres: por ese camino se cae por fuerza en un sistema continuo e insostenible de tiranías, que se sustituyen unas a otras, y que las revoluciones, en vez de

suprimir, contribuyen a perpetuar. Pero no basta con la simple supresión del fenómeno de las revoluciones, para que se destruyan las condiciones negativas en que se desenvuelven esos pueblos y que dependen de su misma estructura, tanto social como económica. El morbo revolucionario podrá ser contenido en la apariencia ; pero mientras subsistan las causas que lo producen, estará llamado a reaparecer. Muchos tiranos han logrado sofocarlo temporalmente, pero las revoluciones han vuelto a enseñorearse del país cuando el obstáculo — el hombre y su sistema — ha desaparecido. Otros mandatarios han querido extirparlas buscando el apoyo de las bayonetas extranjeras, como hizo el presidente Flores en el Uruguay, en 1854, al obtener que el Brasil interviniera en su apoyo con un nutrido cuerpo de ejército ; la intervención del Brasil fué infructuosa, pues en ese interregno, que duró aproximadamente dos años, estalló más de una asonada y hubo una administración revolucionaria, la que presidió Luis Lamas, que duró dos semanas y sentó sus reales en la capital de la República. Hoy, sin ajenas intromisiones, el período de las revoluciones ha pasado, y el Uruguay, grande por el esfuerzo de sus hijos, entra en una era de inalterable prosperidad y de creciente bienestar.

IV

CONCILIACIÓN Y ECLECTICISMO

José Enrique Rodó vino al mundo el 15 de julio de 1871, en el momento crítico de la evolución nacional del Uruguay. Su infancia y su adolescencia alcanzan todavía periodos de agitación y desconcierto ; pero ya, cuando le toca actuar,

el cuadro empieza a ser diferente, y la oportunidad le depara el derecho de ser, desde su torre de marfil, uno de los sembradores de ideas que señalan nuevos horizontes. Las luchas políticas, todavía enconadas al llegar Rodó a la temprana madurez de su intelecto, buscaban ya lentamente el cauce normal y sereno por el cual han corrido después. El país, rico y próspero, anhelaba la paz; pero no la paz impuesta por dictadores audaces, sino la paz jurídica y justa, única compatible con la dignidad del hombre.

Si agitada era la vida política, no lo era menos la vida de las ideas en la época en que florecía la mentalidad de Rodó. Los problemas literarios se discutían con tanto ardor como los filosóficos. Desde 1872 — el mismo año en que nació Rodó — existía el Club Universitario, que más tarde se llamó Ateneo del Uruguay y que tuvo su época más brillante de 1880 a 1885. Allí se desarrolló el espíritu del libre examen frente a la ortodoxia. No se ha apagado aún el eco de aquellas contiendas de la idea: la polémica de Rodó, en 1906, sobre la expulsión de los crucifijos de las salas de hospital, demuestra que el choque de esas tendencias opuestas, aunque atenuado, subsiste aún. Los artículos escritos por Rodó durante el curso de esa polémica han sido recogidos en el folleto *Liberalismo y Jacobinismo*, y nos dan a conocer los puntos de vista del autor sobre problemas que se relacionan íntimamente con los debates del Ateneo del Uruguay. Rodó asume una posición conciliadora entre las más opuestas tendencias. Es posible que esa actitud de conciliación fuera una modalidad de su carácter, porque en otros aspectos del pensamiento Rodó se manifiesta de igual modo. No es extraño, de todas suertes, que tan alto espíritu se consagre a buscar fórmulas de conciliación. Le tocó flore-

cer en un momento en que para el Uruguay constituía una necesidad nacional y un público anhelo encontrar soluciones armónicas que garantizaran la paz y consolidaran el bienestar general. Esta necesidad, hondamente sentida por quienes, como Rodó, sabían escudriñar el futuro, ¿no influiría quizás en hacerle temer toda clase de radicalismos y exaltaciones, trasplantando a la vida de las ideas y de las abstracciones esa posición adquirida en la esfera práctica de los problemas nacionales?

Así, Rodó, liberal, huye del jacobinismo intolerante y protesta de la « expulsión reiterada e implacable de la imagen de Cristo del seno de una casa de caridad », declarando que esa resolución no puede ser calificada como un « acto de extremo y radical liberalismo ».

No — exclama Rodó — digamos mejor : « jacobinismo ». Se trata efectivamente, de un hecho de franca intolerancia y de estreha *incomprensión* moral e histórica, absolutamente inconciliable con la idea de elevada equidad y de amplitud generosa que va incluida en toda la legítima aceptación del liberalismo, cualesquiera que sean los epítetos con que se refuerce o extreme la significación de esta palabra.

Un profesor de filosofía — dice más adelante — que, encontrando en el testero de su aula el busto de Sócrates, fundador del pensamiento filosófico, le hiciera retirar de allí ; una academia literaria española que ordenase quitar del salón de sus sesiones la efigie de Cervantes ; un parlamento argentino que dispusiera que las estatuas de San Martín o de Belgrano fueran derribadas para no ser repuestas ; un círculo de impresores que acordase que el retrato de Gutenberg dejase de presidir sus deliberaciones sociales, suscitarían, sin duda, nuestro asombro, y no nos sería necesario más que el sentido intuitivo de la primera impresión para calificar la incongruencia de su conducta.

Y una Comisión de *Caridad* que expulsa del seno de las casas de *caridad* la imagen del creador de la *caridad* — del que la trajo al mundo como sentimiento y como doctrina —, no ofrece, para quien desapasionadamente lo mire, espectáculo menos desconcertador ni menos extraño. Aun prescindiendo del interés de orden social que va envuelto en el examen de este hecho, como manifestación de un criterio de filosofía militante que se traduce en acción y puede trascender en otras iniciativas parecidas, siempre habría en él el interés psicológico de investigar por qué lógica de ideas o de sentimientos, por qué vías de convicción o de pasión, ha podido llegarse a tan contradictorio resultado: la personificación indiscutida de la caridad, expulsada de un ambiente que no es sino la expansión de su espíritu, por aquellos mismos que ministran los dones de la caridad.

Pero no es necesario afanarse mucho tiempo para encontrar el rastro de esa lógica: es la lógica en *línea recta* del jacobinismo, que así lleva a las construcciones idealistas de Condorcet o de Robespierre como a los atropellos inicuos de la intolerancia revolucionaria; y que, por lo mismo que sigue una regularidad geométrica en el terreno de la abstracción y de la fórmula, conduce fatalmente a los más absurdos extremos y a las más irritantes injusticias, cuando se la transporta a la esfera real y palpitante de los sentimientos y los actos humanos.

Rodó se revela, según se ve, en este folleto, no sólo un gran polemista, sino también un amplio y comprensivo espíritu, enemigo de la intolerancia de partido o de creencia. En la infancia, había recibido de sus mayores una educación honda y sinceramente católica. Más tarde, sus gustos y lecturas fueron diferentes, y sus ideas variaron, siguiendo el cauce de una vasta cultura filosófica. Pero aún en el terreno filosófico Rodó rehuyó las fórmulas radicales; y de tal suerte, en *Motivos de Proteo* buscó una íntima armonía entre

el principio cosmológico de la *evolución creadora* y el ideal de someter nuestra personalidad a una norma fecunda en el desenvolvimiento de las actividades humanas, según ha hecho observar uno de sus críticos ¹.

Rodó no esclaviza su pensamiento a ningún dogma; y busca, en lo posible, fórmulas armonicistas o eclécticas. Su actitud frente al problema religioso se asemeja en muchos aspectos a la de Renán, a quien consagró gran devoción intelectual. La fe de sus mayores le acaricia a veces como el eco de una tradición poética y dulce. Siempre encuentra su espíritu, en esa fe ya apagada, un poco de emoción y de belleza.

Por lo que respecta a la personalidad y doctrina de Cristo. — declara — mi posición es en absoluto independiente, no estando unido a ellas por más vínculos que los de la admiración puramente humana, aunque altísima, y la adhesión racional a los fundamentos de una doctrina que tengo por la más verdadera y excelsa concepción del espíritu del hombre.

V

EL CULTO DE LA FORMA

Rodó pertenece a la generación literaria más brillante del Uruguay; la que se inicia con hombres como Samuel Blixen (nacido en 1868), Daniel Martínez Vigil (1868) y Carlos Martínez Vigil (1870), y se completa con Carlos Reyles (1870), Víctor Pérez Petit (1871), Javier de Viana (1872).

¹ *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. (México, 1910): *La Obra de José Enrique Rodó*, por Pedro Henríquez Ureña, págs. 61-83.

Benjamín Fernández y Medina (1871), Julio Herrera Reissig (1875) y muchos más.

La tribuna desde la cual manifestó Rodó sus actitudes fué la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, fundada en marzo de 1895 por los hermanos Martínez Vigil, Víctor Pérez Petit y el propio Rodó, que entonces no contaba veintitrés años. Esta magnífica publicación influyó de manera notable en el movimiento intelectual del Uruguay durante los últimos años del siglo XIX. Su aparición señala época. Escasas son las publicaciones hispanoamericanas de igual índole que puedan parangonársele. Allí publicó Rodó sus primeros artículos de resonancia, entre ellos diversos estudios de crítica literaria, no todos recogidos después por su autor para formar volúmenes, y la bella página, modelo de « ensayo » imaginativo, *El que vendrá*. Más tarde esa página admirable, unida al estudio sobre *La novela nueva*, constituyó el primero de una serie de folletos que, al amparo del título común *La vida nueva* publicó Rodó. Los dos folletos subsiguientes, — únicos que completaron la serie —, fueron *Ariel* y el estudio sobre *Rubén Darío*.

La merecida nombradía que le ganaron sus primeros trabajos literarios lo elevó a la cátedra de literatura de la Universidad de Montevideo, en 1898, cuando contaba veintiséis años, sin poseer títulos académicos, que más tarde tampoco adquirió. Fué también, en 1900, Director de la Biblioteca Nacional y abandonó la cátedra en 1902 para ocupar un puesto en el Congreso. Fué redactor de algunos periódicos diarios como *El Orden*, *Diario del Plata* y *El Telégrafo Marítimo*. Dondequiera que su palabra o su pluma encontraron campo u ocasión propicia para manifestarse, dejó la huella de su apostolado de belleza. Años más tarde, cuando

su fama, proclamada desde temprano por *Clarín* al formular juicio sobre *Ariel*, se vió consolidada en todos los países de lengua castellana, la Academia Española lo eligió como miembro correspondiente.

La posición de Rodó frente a los problemas literarios es ecléctica, al igual que frente a otros problemas del espíritu. Conocía bien, y gustaba de citarlos frecuentemente, los grandes modelos de la literatura clásica de todos los tiempos; sabía comprender el romanticismo en toda su significación histórica; sabía admirar el naturalismo sin inútiles exageraciones; solía solazarse ante las más genuinas manifestaciones del realismo, si iban avaloradas por certero don de observación; defendía, con fino espíritu, el modernismo, si el esmero y aun el rebuscamiento de la forma no degeneraban en vana e incongruente palabrería, porque esto último no sería « modernismo » sino pseudo-modernismo.

Yo soy un modernista también, — decía en su estudio sobre Rubén Darío, — yo pertenezco con toda mi alma a la gran reacción que da carácter y sentido a la evolución del pensamiento en las postrimerías de este siglo; a la reacción que, partiendo del naturalismo literario y del positivismo filosófico, los conduce, sin desvirtuarlos en lo que tienen de fecundos, a disolverse en concepciones más altas. Y no hay duda de que la obra de Rubén Darío responde, como una de tantas manifestaciones, a ese sentido superior; es en el arte una de las formas personales de nuestro anárquico idealismo contemporáneo; aunque no lo sea — porque no tiene intensidad para ser nada serio — la obra frívola y fugaz de los que le imitan, el vano producir de la mayor parte de la juventud que hoy juega infantilmente en América al juego literario de los colores.

Rodó se consagró al cultivo de una forma literaria llena de serenidad y de gracia, sin efectismos, sin crudezas, sin ener-

vamientos. Su credo artístico se inspira en la aristocracia de la forma. El aspecto más notorio de su influencia en la literatura de la América española, — influencia que trasciende a España, como la de Rubén Darío y otras figuras representativas de las letras hispanoamericanas —, estriba en su silencioso apostolado por la forma y en su deliberada animadversión a todo efectismo. Rodó entretejió la malla de su prosa impecable, pulcra y severa, sin que una sola frase delatara el artificio de su estructura.

Empero, a ese culto por la aristocracia de la forma va unido el de la aristocracia del pensamiento. Rodó no aspiraba a escribir sin decir nada, sino a « decir las cosas bien ». Es verdad que ante un libro de versos de Leopoldo Díaz reclamaba en 1895, con su criterio ecléctico de siempre, que se dejara « a la poesía la fuerza de su libertad », y exigía que fuésemos « siempre gratos al beneficio de sus dones divinos, ya se nos aparezca como deidad armada y luminosa, en nuestras luchas ; ya se retraiga en la dulce intimidad del sentimiento ; ya extinga en sí la llama de la vida, como adurmiéndose sobre el lecho de mármol, y deje sólo en nuestro espíritu la caricia helada de la forma ».

También es cierto que, un momento antes, había hecho la salvedad de que él tenía fe « en el sublime magisterio de la palabra de los poetas ».

Y luego (1896), en un primoroso camafeo tallado para el álbum de un poeta, exclama :

Alaben otros ¡oh poeta! la perfección de tus ánforas
cinceladas. Yo prefiero decirte que tu verso sabe hacer pen-
sar y hacer sentir ; que tu poesía tiene un ala que se llama
emoción y otra ala que se llama pensamiento.

Y agrega :

Llenos de estremecimientos íntimos, al mismo tiempo que de sueños ambiciosos de arte, nosotros quisiéramos infiltrar las almas de los héroes de Shakespeare en el mármol de los dioses antiguos ; quisiéramos cincelar, con el cincel de Heredia, la carne viva de Musset.

Nueva expresión alcanza, años después (1899) su amor a la forma, el poner en paralelo la aptitud de producir la obra bella con la aptitud de realizar la obra de bien.

Decir las cosas bien, tener en la pluma el don exquisito de la gracia, y en el pensamiento la inmaculada linfa de luz donde se bañan las ideas para aparecer hermosas, ¿ no es una forma de ser bueno ?...

Hablad con ritmo ; cuidad de poner la unción de la imagen sobre la idea ; respetad la gracia de la forma ¡ oh pensadores, sabios, sacerdotes !, y creed que aquellos que os digan que la Verdad debe presentarse en apariencias adustas y severas son amigos traidores de la Verdad.

Más tarde (1900), en *La gesta de la forma*, — otra página breve y honda, donde pinta Rodó su cotidiana lucha con la palabra rebelde —, declara :

La lucha del estilo no ha de confundirse con la pertinacia fría del retórico, que ajusta penosamente, en el mosaico de su corrección convencional, palabras que no ha humedecido el tibio aliento del alma. Eso sería comparar una partida de ajedrez con un combate en que corre la sangre y se disputa un imperio. La lucha del estilo es una epopeya que tiene por campo de acción nuestra naturaleza íntima, las más hondas profundidades de nuestro ser. Los poemas de la guerra no os hablan de más soberbias energías, ni de más crueles encarnizamientos, ni, en la victoria, de más altos y divinos júbilos... ¡ Oh *Ilíada* formidable y hermosa ;

Ilíada del corazón de los artistas, de cuyos ignorados combates nacen al mundo la alegría, el entusiasmo y la luz, como del heroísmo y la sangre de las epopeyas verdaderas! Alguna vez has debido ser escrita, para que, narrada por uno de los que te llevaron en sí mismo, durara en ti el testimonio de algunas de las más conmovedoras emociones humanas. Y tu Homero pudo ser Gustavo Flaubert.

La plasticidad armoniosa que Rodó supo imprimir a la prosa española no ha sido superada en nuestro tiempo. Nadie, excepto acaso Juan Montalvo, ha logrado sumar tanta fuerza expresiva junto a tanto vigor original.

A juicio de Ventura García Calderón, se observa un cambio de *manera* en Rodó durante la última etapa de su producción:

Como los simbolistas arrepentidos, Moréas o Régnier, volvían al clacisismo nacional, Rodó ensayó visiblemente, en sus *Motivos de Proteo*, la estructura literaria de los clásicos. Desaparecen el período breve, la simplicidad perfecta y armoniosa. Hasta la gracia efusiva de antaño cede el paso a una pompa castellana¹.

El fenómeno, sin embargo, es ocasional y no permanente; pero, ante todo, preciso es reconocer que en algunos capítulos de *Motivos de Proteo*, como aquéllos consagrados a la « disciplina del amor y la calidad del objeto en que el amor se cifra » (CXI y CXII), alcanzó el estilo de Rodó una de sus manifestaciones más diáfanas; y, sin embargo, es en esos

¹ *La Literatura Uruguaya* (separata de la *Revue Hispanique*, vol. XL), por Ventura García Calderón y Hugo D. Barbagelata (París, 1917). En una nota que aparece en el capítulo consagrado a Rodó (pág. 81), se hace constar que en ciertos casos ha prevalecido la opinión de García Calderón y que Barbagelata conserva la libertad de su criterio personal.

capítulos donde más resalta la imitación, voluntaria o no, de la estructura literaria de los clásicos españoles, que bien conocía, aunque no tan a fondo como conocía a los grandes escritores franceses. Pero si bien es verdad que Rodó adoptó a veces ciertos giros sonoros, que provienen del más puro clasicismo en nuestro idioma — cosa que en modo alguno podría censurársele — este fenómeno no se manifiesta de manera constante en su estilo, sembrado de neologismos y pródigo en modalidades nuevas, que sólo son compatibles con el posterior desenvolvimiento que ha tenido la prosa española al paso de los siglos.

No es otra la diferencia que separa a Rodó de Montalvo: el escritor ecuatoriano gustaba del castizo amaneramiento clásico y sabía reproducirlo con naturalidad en su prosa castigada y magnífica. Rodó, artífice original y supremo de una forma nueva, no podía encontrar fácilmente en la imitación de los clásicos su forma propia y adecuada de expresión; y algunas veces, después de aventurarse en la empresa, él mismo se traiciona, y vuelve, sin advertirlo acaso, a su estilo habitual.

En determinados pasajes de *Motivos de Proteo* encontramos cierta ampulosidad, pero hay que atribuirle a otras causas y no al deseo de imitar la pompa castellana. Acaso para suavizar la enumeración fatigosa de los múltiples ejemplos prácticos que cita en *Motivos de Proteo* como comprobación humana de sus ideas y observaciones (y conste que esta enumeración ejemplificadora es lo único que resta por momentos su alto interés al libro, que mejor hubiera podido mantenerse, abreviando los ejemplos en el terreno de las ideas puras), acaso para alejar de sus lectores el cansancio momentáneo que podían producir tan repetidas citas y

anécdotas, quiso Rodó decorarlas con adornos retóricos que las hacían más extensas sin darle mayor brillo; pero, en cambio, ni aun en las más bellas páginas de *Ariel* se encuentra ninguna que supere la armonía majestuosa de los capítulos fundamentales de *Motivos de Proteo*, ni el arte maravilloso de *La pampa de granito* y otras encantadoras parábolas.

No hay que extrañar, por ello, que Rodó hubiera tenido en su juventud trato con las musas. El cultivo de la poesía, en su forma rimada, suele ser la debilidad de los grandes artífices de la prosa. Ejemplo ilustre tenemos en Cervantes. Por lo que a Rodó respecta, en sus versos hay a veces más erudición que sentimiento. Bastará a comprobarlo este soneto de su primera juventud:

De la dichosa edad en los albores
amó a Perrault mi ingenua fantasía,
mago que en torno de mi sien tendía
gasas de luz y flecos de colores.

Del sol de adolescencia en los ardores
fué Lamartine mi cariñoso guía.
Jocelyn propició, bajo la umbría
fronda vernal, mis ocios soñadores.

Luego el bronce hugoniano arma y escuda
al corazón, que austeridad entraña.
Cuando avanzaba en mi heredad el frío,
amé a Cervantes. Sensación más ruda
busqué luego en Balzac... y hoy ¡cosa extraña!
vuelvo a Perrault, ¡ me reconcentro y río!

No perdió con los años su afición a la poesía. Poco antes de emprender Rodó su viaje a Europa, Carlos Reyles, el hondo novelista uruguayo, le pidió que escribiera el prólogo de la novela *El terruño*. Rodó, al acceder a la petición del

amigo, le contestó con el siguiente soneto, que acusa aficiones clasicistas :

Corcel de tan cumplida gentileza
cual la heredad de su merced los cría,
no otra gala mejor requeriría
que aquellas que le dió Naturaleza.

Desnudo el lomo, libre la cabeza,
más claro su donaire luciría,
y el tosco arreo de la industria mía
parecerá baldón a su belleza.

Pero, obediente, compondré el arreo,
en que todo ornamento fuera escaso
a hacerle digno de tan alto empleo,
y si sobrado ruin saliera acaso,
arrójelo de sí, de un escarceo,
y humíllelo a sus cascos de Pegaso !

VI

LABOR CRÍTICA

La cultura literaria y filosófica de Rodó, con ser muy vasta, es principalmente francesa. En sus obras menudean las citas, siempre oportunas y sabias. Rodó poseía especial habilidad para encajar la cita con naturalidad, sin alarde pueril de erudición, dentro de la estructura de sus párrafos. Confrontando estas citas es como puede apreciarse la marcada preferencia que tuvo por los autores franceses. Si se hace un recuento de los nombres que menciona en sus diferentes libros, a veces reiteradamente, se advertirá que a lo largo de su obra aparecen más de doscientos autores franceses, a trueque de encontrar sólo unos setenta autores españoles. Desde luego, a ningún erudito o siquiera buen lector

le es dable citar todos los autores que conoce, aunque, en cambio, no falten eruditos *a la violeta* que citan a muchos más que no han leído nunca. Pero el dato matemático de que hago mención, comprueba que Rodó estaba en más constante contacto con la literatura francesa. De las restantes citas que hace, no pocas corresponden a literaturas clásicas y también a literaturas contemporáneas de otros países; pero todas estas citas, en conjunto (salvo las que se refieren a la América española), apenas se igualan a las de autores franceses.

Si la historia de la literatura española hubiera constituido para Rodó un objeto de preferencia constante, no hubiera incurrido en dos errores que se encuentran en *Motivos de Proteo* y que son inaceptables en una obra publicada en 1909. Uno de ellos es el de atribuir a don Diego Hurtado de Mendoza « la joya exquisita de *El Lazarrillo de Tormes* », a pesar de que ya ha quedado bien establecido que no puede reputarse como de tan ilustre autor esa admirable y anónima narración picaresca. Otro es el de aseverar que Alfonso el Sabio « hizo » la *Grande e General Estoria*, no obstante ser cosa comprobada que esa obra, que no llegó a terminarse, fué inspirada, sin duda, por el sabio monarca, y compuesta por orden suya, pero que la « hicieron » otros, cuyos nombres, en buena parte, no son ignorados.

No indica esto desamor a España ni a sus tradiciones literarias, sino poca consagración al estudio de su literatura como una especialidad. Rodó conocía a fondo los clásicos españoles. Su insuperable página *El Cristo a la jineta*, en la cual establece un ingenioso paralelo entre Cristo y Don Quijote, no es tan sólo una exquisita concepción imaginativa: revela, además, una perfecta y superior comprensión e interpretación de la obra maestra de Cervantes.

Rodó aprendió a amar desde la infancia los aspectos más gloriosos y amables de la nación descubridora. Este sentimiento, difundido en no pocas de las páginas que escribió, se manifiesta, de manera vibrante, en un artículo intitulado *La España Niña*. Rodó declara que nunca ha dudado « del porvenir de esta América nacida de España », pero quiere ver un reflorecimiento de grandeza, allá, en el viejo solar de la leyenda y del idioma; porque si bien es verdad que la gloria que alcance América se reflejará sobre España, él quiere también a España « aparte, y en su propio solar, y en su personalidad propia y continua ».

Y exclama :

Soñemos, alma, soñemos un porvenir en que a la plenitud de la grandeza de América corresponda un milagroso avatar de la grandeza española, y en que el genio de la raza se despliegue así, en simultáneas magnificencias, a esté y a aquel lado del mar, como dos enredaderas, florecidas de una misma especie de flor, que entonasen su triunfal acorde de púrpuras del uno al otro de dos balcones fronteros.

Estos párrafos en que Rodó profetiza el advenimiento de « la plenitud de la grandeza de América », ponen de relieve uno de los aspectos más importantes de su labor: el americanismo. La confraternidad y el engrandecimiento de los pueblos de nuestra América son para él un credo, una religión, una profesión de fe.

Así, Rodó desea que la literatura magnifique y difunda ese ideal. Dirigiéndose a Federico García Godoy dice :

Épocas y pueblos hay en que la función social de la obra artística se impone con mayor imperio y encuentra más adecuado campo en las condiciones de la realidad. Entre esos pueblos y esas épocas incluyo yo a las naciones hispa-

noamericanas del presente tiempo. Su gran tarea es la de formar y desenvolver su personalidad colectiva, el alma hispanoamericana, el *genio* propio que imprima sello enérgico y distinto a su sociabilidad y su cultura. Para esta obra, un arte hondamente interesado en la realidad social, una literatura que acompañe, desde su alta esfera, el movimiento de la vida y de la acción, pueden ser las más eficaces energías.

Pero, aparte de esa función de trascendencia social que puede hermanarse a la obra literaria sin menoscabo de su esencial sentido artístico, la literatura hispanoamericana debe tender a adquirir gradualmente un carácter propio que corresponda al desenvolvimiento progresivo de estos pueblos en el orden de la civilización, aunque sin oponerse a la influencia europea, que es necesario aceptar y encauzar sabiamente para no caer en imitaciones incongruentes. Al emitir su juicio sobre la antología de *La Joven Literatura Hispanoamericana*, publicada por Manuel Ugarte en 1906, Rodó concretó su apreciación sobre esta cuestión del siguiente modo :

Es indudable que, dejando aparte superioridades de excepción, el pensamiento hispanoamericano no ha podido ni puede aspirar aún a una autonomía literaria que lo habilite a prescindir de la influencia europea. No siendo la literatura una forma vana, ni un entretenimiento de retóricos, sino un órgano de la vida civilizada, sólo cabe literatura propia donde colectivamente hay cultura propia, carácter social definido, personalidad nacional constituida y enérgica. La dirección, el magisterio del pensamiento europeo, es, pues, condición ineludible de nuestra cultura ; y pretender rechazarlo para salvar nuestra originalidad sería como si, para aislarnos de la atmósfera que nos envuelve, nos propusiéramos vivir en el vacío de una máquina neumática. Pero si la independencia y la originalidad literaria americanas

no pueden consistir en oponerse a la influencia europea, sí pueden y deben consistir en aplicar a esta influencia el discernimiento, la elección, que clasifique los elementos de ella según su relativa adecuación al ambiente, y rechace lo fundamentalmente inadaptable, y modifique, con arreglo a las condiciones del medio, aquello que deba admitirse y adaptarse.

Y años después, en el prólogo de *El Terruño*, de Carlos Reyles, expuso Rodó estos conceptos, relativos a un aspecto de positiva importancia, del americanismo literario :

En literatura americana, el olvido o el menosprecio de esa relación filial de la obra con la realidad circunstante ha caracterizado, o mejor, ha privado de carácter a la mayor parte de la producción que, por los méritos de la realización artística y por la virtualidad de la aptitud que se revela, compone dentro de aquella literatura la porción más valiosa. Junto a esta porción selecta, pero, por lo general, inadaptable, una tendencia de nacionalismo literario que, salvo ilustres excepciones, no ha arrastrado en su corriente a la parte más noble y capaz del grupo intelectual de cada generación, se ha mantenido, por esta misma circunstancia, dentro de un concepto sobrado estrecho, vulgar y candoroso del ideal de nacionalidad en literatura. Debemos, sin embargo, a esa tendencia artística feble y provisional, lo poco que ha trascendido a la expresión literaria de la originalidad de vida y color de nuestros campos; del carácter de esa embrionaria civilización agreste, donde aun se percibe el dejo y el aroma del desierto, como en la fruta que se vuelve montés la aspereza de la tierra inculta. La vida de los campos, si no es la única que ofrezca inspiración eficaz para el propósito de originalidad americana, es, sin duda, la de originalidad más briosa y entera, y por lo tanto, la que más fácil y espontáneamente puede cooperar a la creación de una literatura propia. Suele tildarse de limitado, de *ingenuo*, de

pobre en interés psicológico, de insuficiente para contener profundas cosas, al tema campesino; pero esta objeción manifiesta una idea enteramente falsa en cuanto a las condiciones de la realidad que ha de servir como substancia de arte.

No hay que extrañar, después de conocer el fervor con que Rodó estudiaba las cuestiones americanas, que la mayor parte de su labor crítica — contenida principalmente en *El Mirador de Próspero* — esté consagrada a la producción hispanoamericana. Es cierto que escribió estudios de conjunto, como el de *La novela nueva*, que abarca aspectos generales de la literatura contemporánea, y que lo mismo analizó una novela de Pérez Galdós, que la producción crítica de *Clarín* o el espíritu recóndito de los versos de Juan Ramón Jiménez; pero la parte más extensa e importante de sus trabajos de crítica literaria es la que gira en torno de la poesía de Guido Spano, de los estudios sociales de Carlos Arturo Torres, de las novelas de Carlos Reyles, y culmina en tres ensayos magistrales, como son los que consagró a Rubén Darío, a Juan María Gutiérrez y a Montalvo. Ocioso sería señalar, por otra parte, que sus citas y comentarios a la obra de autores hispanoamericanos son los únicos que se aproximan en número a las citas que hace de autores franceses.

No ha faltado quien critique, empero, la circunstancia de que en el estudio dedicado a Rubén Darío se encuentren alusiones frecuentes a la literatura francesa de nuestros días, hasta el grado de que muchos autores que Rodó menciona no son los más conocidos de una gran parte del público en la misma Francia; de suerte que, para comprender bien el trabajo de Rodó se requiere una cultura especial que no está

al alcance de la mayoría de sus lectores ¹. La objeción carece de valor si se tiene en cuenta que Rodó analiza en ese estudio un sólo aspecto de la producción de Darío: el que se halla contenido en *Prosas Profanas*, o sea el aspecto *más francés* del gran poeta hispanoamericano. Sería imposible hacer verdadera labor crítica sin ir a buscar en Francia las raigambres, cercanas o remotas, de la poesía de Darío: el conocimiento de los poetas parnasianos, y simbolistas se hace necesario para analizar una poesía en la cual se encuentran a cada paso reminiscencias de la poesía francesa contemporánea. Es crítica, si se quiere, para elegidos, porque se trata de estudiar una producción poética que, en ese aspecto al menos, sólo halla su plena comprensión en el cenáculo o en la academia. El propio Rubén Darío dijo: « Yo no soy un poeta para muchedumbres. Pero sé que indefectiblemente tengo que ir a ellas ».

Igual podría decirse del estudio de Rodó. Ese trabajo demuestra tan íntima compenetración con la obra del poeta, que Darío lo eligió para figurar al frente de la segunda edición de *Prosas Profanas*, aunque, por inexcusable inadvertencia de la casa editora, se omitió la firma de Rodó al final del trabajo; y durante algún tiempo, mientras no se hizo una nueva reimpresión, hubo quien — tal hizo un joven escritor — lo designara como « el anónimo y eminente prologuista de *Prosas Profanas* ».

El estudio de Rodó sobre *Juan María Gutiérrez y su época* es una apreciación de conjunto sobre la literatura del Río de la Plata hasta mediados del siglo XIX. En torno a la personali-

¹ *Los Nuevos Derrotados del Idioma*, por Miguel de Toro Gisbert, París, 1918.

dad del insigne escritor argentino, Rodó traza un cuadro animado e intenso del movimiento literario que tuvo su principal asiento en la ciudad de Montevideo, en la época en que los emigrados argentinos, contrarios a la tiranía de Rosas, cultivaban la flor de la literatura romántica, en amable consorcio con la filosofía de la historia, y preparaban la redención de su patria. En ese mismo estudio hay consideraciones de carácter general sobre la literatura hispanoamericana, como son las que se refieren a las primeras manifestaciones de la poesía de la naturaleza en América. El comentario que con tal motivo consagra a las dos famosas composiciones de Bello y de Heredia, es un acierto de fina penetración crítica.

El estudio sobre Montalvo es uno de los trabajos más hondos e importantes de Rodó. Es, a la vez que una biografía crítica, un análisis político-social del medio y de la época. No en balde tuvo Rodó marcada predilección por Taine que, aunque no creó el procedimiento de estudiar cada hombre en su medio y su momento, sí lo erigió en sistema. Rodó aceptó en este caso igual procedimiento y logró dar extraordinaria claridad y precisión al cuadro y a la figura que destaca en su centro. La visión del Ecuador a mediados del pasado siglo, surge de esas páginas cálida y palpitante; la descripción de la naturaleza resulta, por la suprema maestría de la expresión, maravilla igual a la que puede ofrecer la realidad; el análisis de Juan Montalvo, esto es, de su carácter y de su obra, revela tan elevado espíritu crítico, que nadie podrá superarlo.

VI

LA MAGNA PATRIA

El estudio sobre Montalvo tiene, además, una significación importante en la exposición de las doctrinas americanistas de Rodó. Esas doctrinas se afianzan en el ideal de una confraternidad estrecha y positiva entre todas las naciones que en el Continente tienen cultura y tradición latinas, de modo que, a merced de esos vínculos de solidaridad, pueda nuestra América, en los días de grandeza que el porvenir le reserva, realizar mejor la misión que le está encomendada dentro de la marcha de la civilización. No se trata, pues, de vana palabrería diplomática para sostener relaciones entre gobiernos, sino de ideales que revelan una exacta y nacional apreciación del porvenir político del mundo. Comete un error imperdonable el hispanoamericano que crea que los problemas de las demás naciones del Continente no afectan directamente a la patria propia: la suerte de cada patria americana está firmemente vinculada a la suerte de las demás patrias, y la desaparición de cualquiera de ellas sería el índice denunciador de que se aproxima el momento de peligro en que las otras también pueden desaparecer.

Patria es para los hispanoamericanos la América española — dijo Rodó. — Dentro del sentimiento de la patria cabe el sentimiento de adhesión, no menos natural e indestructible, a la provincia, a la región, a la comarca; y provincias, regiones o comarcas de aquella gran patria nuestra son las naciones en que ella políticamente se divide. Por mi parte, siempre lo he entendido así, o mejor, siempre lo he sentido así. La unidad política que consagre y encarne esa

unidad moral — el sueño de Bolívar —, es aún un sueño, cuya realidad no verán quizás las generaciones hoy vivas. ¡ Qué importa ! Italia no era sólo la « expresión geográfica » de Metternich, antes de que la constituyeran en expresión política la espada de Garibaldi y el apostolado de Mazzini. Era la idea, el numen de la patria ; era la patria misma, consagrada por todos los óleos de la tradición, del derecho y de la gloria. La Italia una y personal existía : menos corpórea, pero no menos real ; menos tangible, pero no menos vibrante e intensa, que cuando tomó color y contornos en el mapa de las naciones.

Igual concepto desarrolla, aun con más energía, en un discurso pronunciado ante los restos de Juan Carlos Gómez :

Alta es la idea de la patria ; pero en los pueblos de la América latina, en esta viva armonía de naciones vinculadas por todos los lazos de la tradición, de la raza, de las instituciones, del idioma, como nunca las presentó juntas y abarcando tan vasto espacio la historia del mundo, bien podemos decir que hay algo aun más alto que la idea de patria, y es la idea de la América : la idea de la América, concebida como una grande e imperecedera unidad, como una excelsa y máxima patria, con sus héroes, sus educadores, sus tribunales ; desde el golfo de México hasta los hielos sempiternos del Sur. Ni Sarmiento, ni Bilbao, ni Martí, ni Bello, ni Montalvo, son los escritores de una u otra parte de América. sino los ciudadanos de la intelectualidad americana.

Así, todo buen americano debe consagrar las fuerzas de su espíritu a afianzar esa unidad y a contribuir, con el mejoramiento de las condiciones en que se desenvuelve la patria propia, al engrandecimiento de América.

Sólo han sido grandes en América — dice Rodó — aquellos que han desenvuelto, por la palabra o por la acción, un sentimiento *americano*. Nadie puede cooperar eficazmente al orden del mundo sino aceptando con resolución estoica, aun más, con alegría de ánimo, el puesto que la consigna de Dios le ha señalado en sus milicias al fijarle una patria donde nacer y un espacio de tiempo para realizar su vida y su obra.

Y todavía desde Roma, poco antes de morir, en un artículo intitulado *La unidad espiritual de América*, al concluir el año 1916, predicaba Rodó su evangelio de solidaridad americana :

Si se me preguntara cuál es, en la presente hora, la consigna que nos viene de lo alto ; si una voluntad juvenil se me dirigiera para que le indicase la obra en que podría ser su acción más fecunda, su esfuerzo más prometedor de gloria y de bien, contestaría : Formar el sentimiento hispanoamericano ; propender a arraigar en la conciencia de nuestros pueblos la idea de la América nuestra, como fuerza común, como alma indivisible, como patria única. Todo el porvenir está virtualmente en esa obra. Y todo lo que, en la interpretación de nuestro pasado, al descifrar la historia y difundirla, o en las orientaciones del presente, política internacional, espíritu de la educación, tienda de alguna manera a contrariar esa obra o retardar su definitivo cumplimiento, será error y germen de males ; todo lo que tienda a favorecerla y avivarla, será infalible y eficiente verdad.

Estas mismas ideas, que desde temprano se revelaron en la obra de Rodó, inspiraron su *Ariel*, que fué considerado en su momento, con entera justicia, el evangelio de la juventud hispanoamericana. Las páginas del *Ariel* se animan con la visión profética de una América regenerada, « hospitalaria para las cosas del espíritu, y no tan sólo para las muche-

dumbres que se amparen a ella ; pensadora, sin menoscabo de su aptitud para la acción ; serena y firme, a pesar de sus entusiasmos generosos ; resplandeciente con el encanto de de una seriedad temprana y suave... »

Ariel tiende, pues, a despertar la conciencia americana con el « sentimiento profético de la cabal grandeza de nuestros destinos », según frase del propio Rodó en su estudio sobre Montalvo. *Ariel* es un libro de esperanza y de ideal : por eso es fuerte y saludable. Si en América la masa ignorante necesita instrucción, la clase dirigente necesita ideales.

Volviendo los ojos a la Grecia antigua, Rodó se extasia en la evocación de aquella civilización prodigiosa que parece más bella al través de los siglos porque vivió bajo la caricia del entusiasmo y la esperanza. Rodó aboga por el culto de la belleza como una gran cualidad para el bien y se lamenta del desbordamiento del utilitarismo en el siglo XIX. Cuando alboreaba el siglo XX, los Estados Unidos de América encarnaron, acaso más que otros pueblos, el verbo utilitario. Rodó señala el peligro de que la admiración por la grandeza y por la fuerza de esa nación poderosa pueda guiar a los pueblos de nuestra América hispana a someterse a una conquista moral que trasciende al orden político. Se ha dicho que, a la distancia, Rodó no podía juzgar con exactitud todas las cualidades de la civilización norteamericana. Podrá ser que, a pesar de su espíritu reflexivo y sereno, no apreciara en toda su magnitud los factores de inteligencia, de sentimiento y de idealidad que también concurren en la vida norteamericana ; pero en lo sustancial no se equivocó al señalar el espíritu que anima aquella civilización que, por asombrosa que fuese, era principalmente *voluntad y utilidad*, « boceto tosco y enorme que ha de pasar por sucesivas rectificaciones ». Mas no dejó

de advertir las principales virtudes norteamericanas : la de poseer el sentido absoluto de la libertad, la de haber demostrado el poder del trabajo y del propio esfuerzo, la de haber hecho del espíritu de asociación el instrumento de su grandeza, la de haber construído en la escuela un taller prodigioso de hombres útiles y activos y la de mantener el culto de la destreza, de la fuerza útil y de la voluntad.

Diez años después, al saludar la aparición de *Idola fori* (1910), del malogrado Carlos Arturo Torres, Rodó volvió a ocuparse en este problema, si bien apreciando el principio de una reacción saludable en favor de sus ideas :

No creo engañarme si afirmo que éste era, aun no hace muchos años, el criterio que prevalecía entre los hombres de pensamiento y de gobierno, en las naciones de la América latina ; el criterio ortodoxo en universidades, parlamentos y ateneos : la superioridad absoluta del modelo anglosajón, así en materia de enseñanza, como de instituciones, como de aptitud para cualquier género de obra provechosa y útil, y la necesidad de inspirar la propia vida en la contemplación de ese arquetipo, a fin de aproximársele, mediante leyes, planes de educación, viajes y lecturas, y otros instrumentos de imitación social. Los Estados Unidos de Norte América aparecían como viviente encarnación del arquetipo ; como la imagen en que tomaba forma sensible la idea soberana. Absurdo sería, desde luego, negar, ni la grandeza extraordinaria de este modelo real, ni las positivas ventajas y excelencias del modelo ideal : el genio de la raza que en aquel pueblo culmina ; ni siquiera lo que de practicable y de fecundo había en el propósito de aprender las lecciones de su bien recompensado saber y seguir los ejemplos de su voluntad victoriosa. Pero el radical desacierto consistía, no tanto en la excesiva y candorosa idealización, ni en el ciego culto, que se tributaba por fe, por rendimiento de hipnotizado. más que por sereno y reflexivo examen y prolija elec-

ción, como en la vanidad de pensar que estas imitaciones absolutas, de pueblo a pueblo, de raza a raza, son cosas que caben en lo natural y posible; que la estructura del espíritu de cada una de esas colectividades humanas no supone ciertos lineamientos y caracteres esenciales, a los que han de ajustarse las formas orgánicas de su cultura y de su vida política, de modo que lo que es eficaz y oportuno en una parte no lo es acaso en otras; que pueden emularse disposiciones heredadas y costumbres seculares, con planes y leyes. y finalmente, que aun siendo esto realizable, no habría abdicación ilícita, mortal renunciamiento, en desprenderse de la personalidad original y autónoma, dueña siempre de reformarse pero no de descaracterizarse, para embeber y desvanecer el propio espíritu en el espíritu ajeno. -

La América española debe esforzarse por ser « ella misma » en la vida de la civilización. No debe trastocar su « yo » por una personalidad distinta a su genio propio. No debe ser como *Peer Gynt*, el héroe ibseniano, que no pudo realizar su destino porque, ayuno de voluntad, falseó y desconoció la esencia íntima de sí propio. Para realizar mejor y más libremente su destino conquistan los pueblos su independencia; mantener los ideales que recibe cada pueblo como legado de su tradición, de su historia, de su raza, de su idioma — ya que el idioma significa por sí solo muchas facetas espirituales — es mantener, en suma, el ideal de su independencia. Los pueblos de América representan un conglomerado de naciones que tienen un mismo ideal y un mismo destino. Según Renán, el concepto de patria nace de la conciencia común de muchos hechos y sufrimientos pasados y de muchos hechos y sufrimientos por venir. Esa conciencia común existe entre todos los pueblos de nuestra América, que, sumados, son la « magna patria » preconizada por Rodó.

•

Estuvieron unidos ayer por el coloniaje ; estuvieron unidos coligados siempre, para ampararse unos a otros, en la hora de la independencia ; estuvieron unidos, prestando con ello un gran servicio a la civilización, al consolidar con sus constituciones políticas el principio democrático en el mundo ; y a la hora en que Europa los llamó a la gran asamblea de naciones, la segunda realizada en El Haya, en un empeño de realización futura del pensamiento de Bolívar, estuvieron unidos también para decidir allí las votaciones en el sentido más liberal y más avanzado, prestando también un gran servicio a la causa de la civilización y de la paz del mundo.

La concepción de Rodó no es un mito. No es más que la repetición armoniosa del voto de nuestros grandes fundadores de patrias. La América libre, nuestra magna patria, tiene derecho a ser. ¡ Oh, sí ! Tenemos derecho a subsistir, para gloria de la humanidad y para bien de la humanidad, que nos debe el afianzamiento de los principios políticos más respetuosos para la dignidad del hombre. Hemos llenado de resplandores el camino de la historia. Hemos puesto una aureola de púrpura y de fuego sobre la frente del pasado siglo, que gracias a nosotros fué un siglo de libertad. Nuestros héroes no han sido sólo guerreros, sino también sembradores de ideas. Uno de ellos se llama Bolívar : de su cerebro surge la concepción ciclópea de una asamblea de naciones, que abre nuevos y amplios derroteros al desenvolvimiento futuro de la comunidad jurídica internacional ; es un creador y un redentor ; es un apóstol que forja constituciones y tiene al mismo tiempo fuerte brazo para la acción ; posee el genio militar y el genio político ; y ese hombre extraordinario, semejante a un semidiós de los tiempos homéricos, camina por entre cráteres ignívoros ; en delirio

•

supremo trepa sobre la cresta fulgurante del Chimborazo ; atraviesa bosques colosales ; siembra patrias a cada centella que arrancan de las piedras calcinadas por el sol ecuatorial los cascos impacientes de su caballo ; y cual si se irguiera, a merced de un gesto del bruto encabritado, sobre la cumbre más alta de la cordillera, arranca al cortinaje de nubes que cubre el cielo de la historia americana y pone el sol de la libertad en el horizonte de un mundo.

Otro — el último en llegar — se llama José Martí : también ha soñado una fuerte hermandad de naciones y quisiera fundir en un haz, a modo de confederación de amor y de fuerza, las islas de oro, las islas desventuradas que el Caribe baña con sus aguas fosforescentes y que la ígnea caricia de los rayos del sol del trópico abrasa en reverberación deslumbradora ; también ha soñado una patria propia, y al concebirla revela su genio de estadista y su clara percepción del porvenir ; su palabra es flor de luz y estrépito de epopeyas ; ha sentido, al través de las vértebras del siglo, llegar hasta él el estremecimiento fecundo de Bolívar y San Martín, y quiere esculpir en la frente de la historia la última estrofa del poema inacabado de 1810 ; recorre, con febril actividad, las tierras hermanas donde ya había echado simientes la libertad ; implora y exige, suma abnegaciones, unifica sentimientos, coordina voluntades, pone vigor y fortaleza en los ánimos desfallecidos, y se entrega por entero al amor a la patria que ha de venir, esa patria que es para él una novia y una madre, pero que es al mismo tiempo la creación portentosa de su numen y de su esfuerzo. ¡ Y todo esto lo hace sin ambicionar nada para sí, a no ser el que manos piadosas coloquen un día sobre su tumba un ramo de flores y una bandera ! Y cuando, al fin, celoso en acudir

al llamamiento del deber, viene a desplomarse sin vida en la manigua llena de sacudimientos de titanes, la luz solitaria de una estrella nimba su cuerpo en apoteosis de gloria y convierte en resplandores de esperanza y de fe los albores del nuevo siglo, que se inicia con la fundación de una patria nueva, para completar el equilibrio político del mundo y completar el ciclo de la independencia de todo un continente.

VIII

IDEAS POLÍTICAS

A la personalidad de Bolívar consagró Rodó uno de sus más bellos e inspirados trabajos. Si no existiera el Bolívar de Montalvo, no sería posible encontrar ningún otro estudio, de igual carácter sintético, que fuera comparable al de Rodó, por la elevación del pensamiento y por la elegancia de la forma. A esta serie de estudios americanos debió pertenecer el que prometió a la revista *Cuba Contemporánea*, sobre Martí, — cuya figura siempre atrajo y sedujo a Rodó —, y que nunca llegó a escribir ¹.

En esos y otros trabajos de índole análoga se manifiesta la misma elevada concepción americanista que Rodó estampó en toda su obra y que trascendió también en su vida política. Rodó perteneció al partido comúnmente llamado «colorado» en el Uruguay y fué diputado al Congreso

¹ En carta que dirigió el 25 de junio de 1914 al director de *Cuba Contemporánea* (Carlos de Velasco), le dice: «El estudio sobre Martí... es una idea que aun no he realizado, si bien me agrada e interesa el tema muchísimo. En caso de que lo escribiera, en breve, puede usted estar seguro de que enviaría a *Cuba Contemporánea* las primicias de él».

uruguayo durante ocho años. Aparte de algunos trabajos de importancia, como el extenso informe que presentó sobre *El trabajo obrero* en el Uruguay, en torno a un proyecto de ley presentado en la Cámara de su país, dos aspectos concomitantes pueden señalarse en su actuación: en lo nacional, en lo interno, un gran amor a las fórmulas armónicas y a la paz fecunda y provechosa; en lo internacional, un profundo amor a la cohesión política que debe existir entre las repúblicas americanas. De ambas tendencias hay huellas en algunos escritos que no son de índole política.

Respecto a la primera es interesante recoger su concepción del caudillo histórico, al hablar de Rivera, glorificando su memoria y negando esa misma gloria a los caudillos de ocasión, surgidos de la discordia civil:

Caudillo de los grandes, es decir, de los primitivos, de aquellos de los tiempos genésicos en que ardía, como en el antro de los cíclopes, el fuego con que se forjan naciones, y en que las fronteras se movían sobre el suelo de América a modo de murallas desquiciadas. Éstos, éstos fueron los caudillos gloriosos. Porque así como hay especies vegetales que, persistiendo al través de distintas latitudes, se empequeñecen y desmedran a medida que se apartan del calor y la luz, y siendo colosales en el trópico son enanas en los climas fríos, de igual manera la talla del caudillo se empequeñece a medida que él se aleja de la veneranda semibarbarie de la edad heroica y se aproxima a la plenitud de la civilización; y siendo, los caudillos, titánicos en las porfías de la formación nacional, donde representaban una energía necesaria y creadora, resultan pálidos remedos conforme nos acercamos a las postreras convulsiones de nuestras discordias civiles, donde apenas han solido representar una fuerza de regresión y de desorden.

En el brindis pronunciado en un banquete ofrecido a Anatole France con motivo de su visita al Uruguay, pronunció Rodó estas frases :

Del pueblo en que os encontráis acaso sólo había llegado hasta vos, en rumor apagado y confuso, el eco de las discordias civiles que, renovándose con porfiado encono, han dado tan claras pruebas de nuestro valor como dudosas de nuestra madurez política. Éste ha sido ante el mundo el testimonio de nuestra existencia. ¡ Testimonio demasiado violento, sin duda ! Pero nosotros, que queremos la organización y la paz, y que marchamos definitivamente, y con fe profunda, a conquistarlas, no nos avergonzamos ni nos desalentamos por esos revoltosos comienzos, porque sabemos que ellos son, en los pueblos como en los hombres, la condición de la niñez. Tuvimos el arranque atrevido de optar por la libertad ; hacemos su duro aprendizaje : tal es nuestra historia.

Generalizando después el concepto a la América latina, añade :

Lo que acaso no conocíais suficientemente es que, a pesar del vértigo que nos ha arrebatado, y aprovechando las treguas precarias y luctuosas, hemos aspirado, con incesante y no siempre estéril afán, a saber, a comprender, a admirar, y también a producir ; hemos reconstruído cien veces los fundamentos de cultura arrebatados por el huracán de las discordias ; hemos tendido, en una palabra, a la luz, con la fidelidad inquebrantable de la planta que, arraigada en sitio oscuro, dirige sus ramas anhelantes hacia el resquicio por donde penetra, pálida y escasa, la claridad del día. Y bien : esta conciencia de los deberes de la civilización, este sentimiento de dignidad intelectual, que, a pesar de todo, ha velado en nuestro espíritu, es lo que nos asegura que el triunfo será nuestro en la lucha con los fieros resabios del pasado.

Y luego, afirma :

Consideramos los americanos que nuestra emancipación no está terminada con la independencia política, y la obra en que hoy esforzadamente trabajamos es la de completarla con nuestra emancipación espiritual.

En el orden internacional tuvo Rodó una oportunidad feliz para exponer sus ideas americanistas, dándoles el carácter que la comisión oficial que se le había conferido les prestaba ; y fué la sesión solemne celebrada en el Congreso chileno con ocasión de las fiestas del centenario de la independencia de Chile, a las cuales concurrió Rodó en representación del Uruguay, junto con Zorrilla de San Martín. Allí formuló esta concisa y concluyente declaración :

Más arriba del centenario de Chile, del de la Argentina, del de México, yo siento y percibo el centenario de la América española. En espíritu y verdad de la historia, hay un sólo centenario hispanoamericano ; porque en espíritu y verdad de la historia, hay una sola revolución hispanoamericana. Y la unidad de esta revolución consiste, no sólo en la armonía de los acontecimientos y los hombres que concurrieron a realizarla y propagarla por la extensión de un mundo, sino, principalmente en que el destino histórico de esa revolución no fué alumbrar un conjunto inorgánico de naciones, que pudieran permanecer separadas por estrechos conceptos de la nacionalidad y de la patria, sino traer a la faz de la tierra una perenne armonía de pueblos vinculados por la comunidad del origen, de la tradición, del idioma, de las costumbres, de las instituciones ; por la contigüidad geográfica y por todo cuanto puede servir de fundamento a la unidad de una conciencia colectiva.

La opinión de Rodó sobre los destinos de América frente a la gran guerra de 1914 se inspiró también, con una noción

precisa de las responsabilidades y amagos del porvenir, en el deber que tiene América de ser consecuente con todo lo que representa su tradición espiritual y su historia política. Apenas había estallado el conflicto, su voz se hizo oír de todo el Continente, como la de un incansable defensor de la *entente* de naciones que se puso enfrente de los imperios de la Europa central. Desde un principio declaró que América no podía ser imparcial en esa contienda, al menos de un modo absoluto :

La conciencia latinoamericana, — dijo, — tendría que ser inconsecuente con sus fundamentales tradiciones de origen y de educación, tendría que perder el instinto de sus más altos intereses, para no sentir magnificada, en estas horas inciertas, la solidaridad que la vincula a la gran nación de su raza y de su espíritu, que tiene para nosotros el triple prestigio de su latinidad dirigente, del magisterio intelectual que ha ejercido sobre nuestra cultura, y de la tradición de libertad encarnada en su gran Revolución, madre de la nuestra, y en el triunfante arraigo de sus instituciones democráticas. Hemos reconocido en todo tiempo tal vinculación espiritual, y hemos devuelto a Francia, en simpatía vehementísima, esa inmensa irradiación de simpatía que constituye la esencia, la fuerza y el encanto del espíritu francés.

Si esa alianza de la Europa Occidental cayese vencida, — agrega, — no sabría ahora precisarse por qué rumbos oscuros se orientarían los destinos del siglo que comienza, pero es indudable que sería en el sentido de normas y principios absolutamente divergentes de aquellos que la naturaleza y la historia señalan como ideal a las jóvenes naciones del Nuevo Mundo. Esto, por sí solo, debería decidir nuestros votos. No olvidemos, por otra parte, que para los elementos reaccionarios y guerreros del Viejo Continente, América no ha dejado de ser del todo « la presa colonial », el país de

leyenda abierto a la imaginación de la conquista. Un imperialismo nacional que fuese el vencedor del resto de Europa, y por tanto sin límites que lo contuviese, significaría para el inmediato porvenir de estos pueblos una amenaza tanto más cierta y tanto más considerable cuanto que vendría a favorecer la acción de aquel otro imperialismo americano, que hallaría en la común conciencia del peligro la ocasión de afirmar sin reparos su escudo protector.

En el orden de las doctrinas políticas puras tiene alta significación dentro de la labor de Rodó su concepto de la democracia, expuesto claramente en *Ariel* y ratificado después en cuantas oportunidades encontró para reproducirlo. La democracia mal entendida se convierte en fuente de utilitarismo desmedido, sin freno, porque estimula el desenvolvimiento de todas las ambiciones individuales, con perjuicio de la alta cultura. Por eso Rodó sostiene que dentro de la universalidad e igualdad de derechos hay que mantener muy en alto la noción de las legítimas superioridades humanas. La mediocridad encumbrada « odiará al mérito como una rebeldía », consagrará al pontífice « Cualquiera » o coronará al monarca « Uno-de-tantos ». La democracia mal entendida conduce fatalmente a lo que llamó Rodó « la irresponsable tiranía del número ».

El concepto democrático de Rodó se afianza sobre la necesidad de la selección. El mérito y las ventajas del sistema democrático consisten en el derecho que de ese modo tienen los pueblos a escoger a los más aptos y a los mejores.

Racionalmente concebida, — dice Rodó, — la democracia admite siempre un imprescriptible elemento aristocrático, que consiste en establecer la superioridad de los mejores, asegurándola sobre el consentimiento libre de los

asociados. Ella consagra, como las aristocracias, la distinción de calidad; pero la resuelve a favor de las calidades realmente superiores, — las de la virtud, el carácter, el espíritu, — y sin pretender inmóvilizarlas en clases constituídas aparte de las otras, que mantengan a su favor el privilegio execrable de la casta, renueva sin cesar su aristocracia dirigente en las fuentes vivas del pueblo y la hace aceptar por la justicia y el amor.

Para alcanzar tal objetivo es preciso *educar* la democracia, de modo que

progresivamente se encarnen, en los sentimientos del pueblo y sus costumbres, la idea de las subordinaciones necesarias, la noción de las superioridades verdaderas, el culto consciente y espontáneo de todo lo que multiplica, a los ojos de la razón, la cifra del valor humano.

La educación popular encarna, según Rodó, un interés supremo, considerada en relación con tal obra.

Rodó aceptó para sí la responsabilidad y el deber de cooperar, con su esfuerzo en la vida política de su país, a que fueran posibles, algún día, tan altas finalidades. Un hombre dotado de capacidad superior y amante de la soledad y del estudio, no se decide a tomar parte en la actividad política de nuestras democracias sin antes vencer, merced a la conciencia de los deberes que la misma superioridad intelectual impone al ciudadano, la natural resistencia de su espíritu. Rodó da a conocer, en los siguientes párrafos consagrados a la obra de Carlos Arturo Torres, las palpaciones de esa lucha interna, que abona la nobleza de su esfuerzo :

¿ Quién que alguna vez haya participado de esa actividad, en su habitual manifestación de los *partidos políticos*, no recuerda, si tiene alma un tanto levantada sobre el vulgo,

las torturas de la adaptación ; la resistencia de su personalidad a las uniformidades de la disciplina ; aquella angustia intelectual que produce la imposibilidad de graduar y depurar las ideas en la expresión grosera de las fórmulas inteligibles para los más ; las repugnancias del contacto forzoso con lo bajo, con lo torpe, con lo servil ; la sensación vivísima de las profundas diferencias de sentir y pensar que cautelaba la unidad falaz de un programa y un nombre?... Y sin embargo, esas organizaciones colectivas, a las que no en vano se tiene por nervio de las democracias, son fatales necesidades de la acción. No pudiendo pensar en suprimirlas, aspiremos, en lo posible, a educarlas.

IX

« REFORMARSE ES VIVIR »

Las ideas filosóficas de Rodó se encuentran reunidas en *Motivos de Proteo*, que por su unidad y su carácter puede ser considerado como la más importante de sus obras. *Motivos de Proteo* es un empeño de largo aliento, que puede parangonarse a las más brillantes manifestaciones del intelecto humano en esta primera mitad de siglo.

« Reformarse es vivir... », he ahí el leimotivo de esa filosofía. « Cada uno de nosotros es, sucesivamente, no *uno*, sino *muchos* ». Estamos sujetos a la ley del cambio ; nuestra vida es constante evolución. Hay en nosotros un fondo desconocido donde se opera, lentamente, la transformación, el *devenir*. A veces el cambio nos sorprende, pero su incubación ha sido larga y misteriosa en esa región desconocida.

Hija de la necesidad es esta transformación continua ; pero servirá de marco en que se destaque la energía racional y libre desde que se verifique bajo la mirada vigilante de la inteligencia y con el concurso activo de la voluntad.

Tales son los postulados fundamentales del libro, que se desenvuelve, como dice su autor, « sobre una perspectiva indefinida ». Estamos, pues, sometidos al cambio y es posible orientarlo para actuar en un sentido concorde con nuestro destino. Pero para actuar en tal sentido es necesario un antecedente: el conocimiento propio. Hay que huir del « yo » ficticio. De ahí la importancia esencial que Rodó concede a la vocación, cuyo estudio casi abarca la mitad del volumen.

« La vocación es el sentimiento íntimo de una aptitud ; la vocación es el aviso por que la aptitud se reconoce a sí propia y busca instintivamente sus medios de desenvolvimiento ».

Casos hay, extraordinarios, puesto que sólo se refieren a espíritus superiores y universales, en que falta la vocación concreta y determinada, por causa de una aptitud diversa y múltiple. Hay, en cambio, ocasiones en que la vocación está en desproporción con la aptitud ; otras en que se anticipa a la aptitud, o en que espera, por el contrario, un « hecho provocador » que haga estallar el « Anch'io », lleno de ingenua altanería, de Correggio. Otras veces se acierta con el género de la vocación, pero no con la especie ; o bien la vocación sólo llega a manifestarse por eliminaciones sucesivas ; o es la casualidad la que la obliga a brotar a flor de luz en la conciencia ; o bien sobreviene el paso de una vocación a otra, como rectificación de las primeras inclinaciones. Frente a todas estas vocaciones que tarde o temprano encuentran su vía, están las que, o bien se truncan porque no encuentran el auxilio de una voluntad vigorosa, o bien no aciertan a revelarse jamás. A veces es el medio ingrato el que « deja sin nacer superiores aptitudes », o « en ciertos casos empequeñece y deforma, por la adaptación a límites mez-

quinos, la función de aquellas mismas a que consiente vivir ».

Señala Rodó, especialmente, cómo en América el « hado social » se impone y agota las energías, de donde resulta que « el cultivo de la ciencia, la literatura o el arte, suele ser, en tierra de América, flor de mocedad, muerta apenas la Naturaleza comenzaba a preparar la transición del fruto », y que, en consecuencia, « el bosquejo como forma definitiva, la promesa como término de gloria: tales han sido hasta hoy, en pensamiento y en arte, las originalidades autóctonas de América ».

La firmeza de la vocación no excluye, empero, el principio constante de la renovación. La renovación no es el *dilettantismo*, no es el *snobismo*. La fácil volubilidad del cambio indica ausencia de individualidad propia. La renovación gradual requiere orden y armonía. La soledad y, sobre todo, los viajes, contribuyen a renovaciones fecundas, porque libertan al individuo de las influencias circunstantes y lo hacen penetrar dentro de sí mismo para encontrar tesoros ignorados que el tiempo ha acumulado lentamente y que esperan el momento de manifestarse, o lo ponen en contacto con el « hecho provocador », señalándole las vastas perspectivas y nuevos horizontes. Pero en la edificación constante de nuestra personalidad actúan otros elementos que a veces surgen de nosotros mismos, y sin los cuales toda obra educadora se desvanece o se desvía: el amor es uno, la voluntad es otro.

Quien no tiene amor o aspiración donde se afirme, como sobre base de diamante, su voluntad se expone a ceder a la influencia que primero o con más artificiosidad lo solicite en los caminos del mundo, sustituido luego por otro y otros más, con el sol de cada día.

Y en párrafos llenos de profana exaltación mística, in-
quiere :

¿ Valdrá más, para el buen gobierno de la vida, ausencia de amor, o amor consagrado a quien sea indigno de inspirarle?... Dame que mire al fondo del alma donde está el norte de tu amor, y yo te diré, como visto en cerco de nigromántico, para dónde vas en los caminos del mundo, y lo que ha de esperarse de ti en pensamientos y en obras.

Si esto fuese absolutamente verdadero, una helada impasibilidad valdría más que el amor que se cifra en quien no merece ser amado. Sólo que en la misma escuela de la amorosa pasión está contenido, para límite de esa fatalidad, un principio liberador y espontáneo, de tal propiedad y energía, que con frecuencia triunfa de lo inferior del objeto ; y así, aun aplicado a objeto ruín, infinitas veces el amor persevera como potencia dignificadora y fecunda ; no porque el amor deje entonces de adecuar la personalidad del enamorado a un modelo, ni porque este modelo sea otro que la imagen de su adoración, sino porque es virtud del alma enamorada propender a sublimar la idea del objeto, y lo que la subyuga y gobierna es, más que el objeto real, la idea que del objeto concibe y por la cual se depura y magnifica la baja realidad, y se ennoblece, correlativamente, el poder que, en manos de ésta, fuera torpe maleficio... Éste es el triunfo que sobre su propio dueño logra a menudo el siervo de amor, siendo el amor desinteresado y de altos quilates ; redimir, en idea, de sus maldades al tirano, y redimido el tirano en idea, redimirse a sí mismo de lo que habría de funesto en la imposición de la tiranía, valiéndose para su bien de aquella soberana fuerza que en la intención del tirano iba encaminada y prevenida a su mal...

Aun en la creencia y en la convicción más arraigadas, aun en el amor, nos acecha a veces el cambio. Así como el que, falaz y versátil, aparenta someterse a una creencia que

en el fondo no siente, puede llegar gradualmente a sentirla en el fondo de su espíritu, también « el que cree que cree » se entrega por entero al fantasma de una fe que ha desaparecido ya y ha sido sustituida por otra en los repliegues de la conciencia, sin atreverse él mismo a confesárselo, acaso por temor a la propia inculpación de apostasía. ¿Cuál, sin embargo, es el apóstata? ¿El que, sintiendo una nueva fe, se aferra a la antigua para engañar al mundo con sentimientos que no encuentran en su alma eco sincero; o el que, consecuente con la renovación de su espíritu, la deja manifestarse libremente, en vez de renegar con actos externos de aquella creencia que hoy domina su pensamiento?

Rodó se pronuncia en favor de la omnipotencia de la voluntad. La voluntad debe ser nuestra fuerza; la esperanza debe ser nuestra luz. Sobre el hombre pesán influencias remotas, que arrancan del pasado; la vocación tiene arraigo inconsciente en su espíritu, pero está sometida, como todo lo que vive, a la ley del cambio y del desvío. Para llenar su misión en la vida el hombre debe propender a desarrollar, por medio de la voluntad, sus verdaderas facultades, y regular, armónica y ordenadamente, su propia evolución. No es otra la doctrina que se desprende de los dramas filosóficos de Ibsen: la necesidad de no hacer traición a nuestro propio «yo», y de encauzar, en el sentido que nos depare nuestro destino, las energías reveladoras de nuestra personalidad.

De las parábolas que, de manera encantadora, exornan las páginas de *Motivos de Proteo* y prestan vida y animación a sus enseñanzas, ninguna tan bella ni de significación tan profunda como la consagrada al poderío de la voluntad:

LA PAMPA DE GRANITO

Era una inmensa pampa de granito; su color, gris; en su llaneza, ni una arruga; triste y desierta; triste y fría; bajo un cielo de indiferencia, bajo un cielo de plomo. Y sobre la pampa estaba un viejo gigantesco; enjuto, lívido, sin barbas; estaba un gigantesco viejo de pie, erguido como un árbol desnudo. Y eran fríos los ojos de este hombre, como aquella pampa y aquel cielo; y su nariz, tajante y dura como una segur; y sus músculos, recios como el mismo suelo de granito; y sus labios no abultaban más que el filo de una espada. Y junto al viejo había tres niños ateridos, flacos, miserables: tres pobres niños que temblaban, junto al viejo indiferente e imperioso, como el genio de aquella pampa de granito.

El viejo tenía en la palma de una mano una simiente menuda. En su otra mano, el índice extendido parecía oprimir en el vacío del aire como en cosa de bronce. Y he aquí que tomó por el flojo pescuezo a uno de los niños, y le mostró en la palma de la mano la simiente, y con voz comparable al silbo helado de una ráfaga, le dijo: «Abre un hueco para esta simiente»; y luego soltó el cuerpo trémulo del niño, que cayó, sonando como un saco mediado de guijarros, sobre la pampa de granito.

— «Padre, sollozó él, ¿cómo le podré abrir si todo este suelo es raso y duro?» — «Muérdelo», contestó con el silbo helado de la ráfaga; y se levantó uno de sus pies, y lo puso sobre el pescuezo lánguido del niño; y los dientes del triste sonaban rozando la corteza de la roca, como el cuchillo en la piedra de afilar; y así pasó mucho tiempo, mucho tiempo: tanto que el niño tenía abierta en la roca una cavidad no menor que el cóncavo de un cráneo; pero roía, roía siempre, con un gemido de estertor; roía el pobre niño bajo la planta del viejo indiferente e inmutable, como la pampa de granito.

Cuando el hueco llegó a ser lo hondo que se precisaba, el

viejo levantó la planta opresora ; y quien hubiera estado allí hubiese visto entonces una cosa aun más triste, y es que el niño, sin haber dejado de serlo, tenía la cabeza blanca de canas ; y apartóle el viejo, con el pie, y levantó al segundo niño, que había mirado temblando todo aquello. — « Junta tierra para la simiente », le dijo. — « Padre, preguntóle el cuitado, ¿ en dónde hay tierra ? » — « La hay en el viento ; recógela », repuso ; y con el pulgar y el índice abrió las mandíbulas miserables del niño ; y le tuvo así contra la dirección del viento que soplabá, y en la lengua y en las fauces jadeantes se reunía el flotante polvo del viento, que luego el niño vomitaba, como limo precario ; y pasó mucho tiempo, mucho tiempo, y ni impaciencia, ni anhelo, ni piedad, mostraba el viejo indiferente e inmutable sobre la pampa de granito.

Quando la cavidad de piedra fué colmada, el viejo echó en ella la simiente, y arrojó al niño de sí como se arroja una cáscara sin jugo, y no vió que el dolor había pintado la infantil cabeza de blanco ; y luego, levantó al último de los pequeños, y le dijo, señalándole la simiente enterrada : « Has de regar esa simiente » ; y como él le preguntase, todo trémulo de angustia : — « Padre ¿ en dónde hay agua ? » — « Llorá ; la hay en tus ojos », contestó ; y le torció las manos débiles, y en los ojos del niño rompió entonces abundosa vena de llanto, y el polvo sediento la bebía ; y este llanto duró mucho tiempo, mucho tiempo, porque para exprimir los lagrimales cansados estaba el viejo indiferente e inmutable, de pie sobre la pampa de granito.

Las lágrimas corrían en un arroyo quejumbrosó tocando el círculo de tierra ; y la simiente asomó sobre el haz de la tierra como un punto ; y luego echó fuera el tallo incipiente, las primeras hojuelas ; y mientras el niño lloraba, el árbol nuevo criaba ramas y hojas, y en todo esto pasó mucho tiempo, mucho tiempo, hasta que el árbol tuvo tronco robusto, y copa anchurosa, y follaje, y flores que aromaron el aire, y descolló en la soledad ; descolló el árbol aun más alto

que el viejo indiferente e inmutable, sobre la pampa de granito.

El viento hacía sonar las hojas del árbol, y las aves del cielo vinieron a anidar en su copa, y sus flores se cuajaron en frutos; y el viejo soltó entonces al niño, que dejó de llorar, toda blanca la cabeza de canas; y los tres niños tendieron las manos ávidas a la fruta del árbol; pero el flaco gigante los tomó, como cachorros, del pescuezo, y arrancó una semilla, y fué a situarse con ellos en cercano punto de la roca, y levantando uno de sus pies juntó los dientes del primer niño con el suelo: juntó de nuevo con el suelo los dientes del niño, que sonaron bajo la planta del viejo indiferente e inmutable, erguido, inmenso, silencioso, sobre la pampa de granito.

Y concluye Rodó con esta desolada explicación sobre el alcance de su admirable parábola:

Esa desolada pampa es nuestra vida, y ese inexorable espectro es el poder de nuestra voluntad, y esos trémulos niños son nuestras entrañas, nuestras facultades y nuestras potencias, de cuya debilidad y desamparo la voluntad arranca la energía todopoderosa que subyuga al mundo y rompe las sombras de lo arcano.

Un puñado de polvo, suspendido, por un soplo efímero, sobre el haz de la tierra, para volver, cuando el soplo acaba, a caer y disiparse en ella; un puñado de polvo: una débil y transitoria criatura, lleva dentro de sí la potencia *original*, la potencia emancipada y realenga, que no está presente ni en los encrespamientos de la mar, ni en la gravitación de la montaña, ni en el girar de los orbes; un puñado de polvo puede mirar a lo alto, y dirigiéndose al misterioso principio de las cosas, decirle: « Si existes como fuerza libre y consciente de tus obras, eres, como yo, una Voluntad: soy de tu raza, soy tu semejante; y si sólo existes como fuerza ciega y fatal, si el universo es una patrulla de esclavos que

rondan en el espacio infinito teniendo por amo una sombra que se ignora a sí misma, entonces yo valgo mucho más que tú; y el nombre que te puse, devuélvemelo, porque no hay en la tierra ni en el cielo nada más grande que yo ! ».

Uno de los críticos que han estudiado la obra de Rodó busca los fundamentos de su filosofía en la doctrina de Bergson sobre la evolución creadora :

La evolución, en el sistema de Bergson, parece reemplazarse a la necesidad : la apariencia constante de los hechos imprevistos, de las contingencias, nace del *devenir* ; la evolución crea. Sobre una perspectiva indefinida se desarrolla el universo... La grande originalidad de Rodó está en haber enlazado el principio cosmológico de la *evolución creadora* con el ideal de una norma de acción para la vida. Puesto que vivimos transformándonos, y no podemos impedirlo, es un deber vigilar nuestra propia transformación constante, dirigirla y orientarla. La *persistencia indefinida de la educación* : he ahí la verdad que no debe olvidarse '.

X

« EL QUE VENDRÁ »

En la obra literaria de Rodó existe una página juvenil intitulada *El que vendrá*, en la cual, después de estudiar la grandeza y decadencia de las escuelas literarias francesas de la segunda mitad del siglo XIX, se encuentra formulada una interrogación hacia el futuro, en la esperanza de que aparezca el nuevo profeta que resuma y simbolice en sí los anhelos no satisfechos de la generación a que Rodó pertenecía.

' PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *op. cit.*

Esa página, donosamente escrita, tuvo extensa resonancia en América: planteaba un problema espiritual de universal interés. Toda generación que surge anhela su profeta; desea que de su seno salga la voz del siglo, la que ha de vibrar siempre como síntesis ideal de un momento del pensamiento humano. Nuestra América, acaso más que ningún otro conjunto de naciones, deseaba ver brotar de su seno al revelador de la palabra nueva.

¿Cómo representaba Rodó, en su imaginación, al profeta de la nueva hora? He aquí el apóstrofe que le dirige:

· Cuando la impresión de las ideas o de las cosas actuales inclina mi alma a la abominación o a la tristeza, tú te presentas a mis ojos como un airado o sublime vengador. En tu diestra resplandecerá la espada del arcángel. El fuego purificador descenderá de tu mente. Tendrás el símbolo de tu alma en la nube que a un tiempo llora y fulmina. El yambo que flagela y la elegía constelada de lágrimas hallarán en tu pensamiento el lecho sombrío de su unión.

Te imagino a veces como un apóstol dulce y afectuoso. En tu acento evangélico resonará la nota de amor, la nota de esperanza. Sobre tu frente brillarán las tintas del iris. Asistiremos, guiados por la estrella de Betlem de tu palabra, a la aurora nueva, al renacer del Ideal, — del perdido Ideal que en vano buscamos, viajeros sin rumbo, en las profundidades de la noche glacial por donde vamos, y que reaparecerá por ti, para llamar las almas hoy ateridas y dispersas, a la vida del amor, de la paz, de la concordia. Y se aquietarán, bajo tus pies, las olas de nuestras tempestades, como si un óleo divino se extendiese sobre sus espumas. Y tu palabra resonará en nuestro espíritu como el tañir de la campana de Pascua al oído del doctor inclinado sobre la copa de veneno.

Yo no tengo de ti sino una imagen vaga y misteriosa, como aquellas con que el alma empeñada en rasgar el velo

estrellado del misterio puede representarse, en sus éxtasis, el esplendor de lo Divino. Pero sé que vendrás : y de tal modo como el sublime maldecidor de *Las blasfemias* anatematiza e injuria al nunciador de la futura fe, antes de que él haya aparecido sobre la tierra, yo te amo y te bendigo, profeta que anhelamos, sin que el bálsamo reparador de tu palabra haya descendido sobre nuestro corazón.

A medida que leemos esos párrafos ¿ no surge en la mente la imagen de José Enrique Rodó, el apóstol dulce y afectuoso que vino hacia nosotros con la nota de amor y de esperanza, que señaló el renacimiento del Ideal, que simbolizó las más bellas aspiraciones de nuestra América y fué el profeta del nuevo siglo para estos pueblos que esperaban ansiosos la palabra de fe en sus propios destinos? Mientras su espíritu generoso buscaba al revelador en otra parte y soñaba con verlo aparecer en su camino, nosotros habíamos comprendido ya que José Enrique Rodó era « el que vendrá ». Pasarán los años, y en el corazón de América se acrecentará día tras día su recuerdo. Su obra se extenderá y difundirá por el mundo ; y su gloria, que ya tiende las alas, ingentes y majestuosas, del uno al otro continente, se elevará de tal modo ante la conciencia de los hombres, que nadie osará discutirle un puesto junto a los grandes iluminadores de nuestro tiempo, y no habrá espíritu enamorado de la belleza y del bien que no palpite de admiración, de amor, de fe, al evocar la memoria de este apóstol del optimismo, que vino hacia nosotros para decirnos con unción evangélica : « Reformarse es vivir ».

MAX HENRÍQUEZ UREÑA.

.

.

SANTOS VEGA Y POCA ROPA ¹

PAYADORES RIOPLATENSES

A don Virgilio O. Sordelli:

FUENTES

La fuente de información de estas apuntes no puede ser más sincera. Detrás de mi mano está mi adorado padre que jamás me engañó. Todas las reliquias que he entregado al camarada Wilkes para realizar con su colaboración el estudio histórico y musicológico del cancionero rioplatense ², hablan de esa sinceridad y de esa verdad vivida; ¿por qué estas otras reliquias, de igual fuente, no han de merecer igual juicio?

En los campos de mi padre nunca faltó un cantor o un paisano caído en desgracia (heridas, persecuciones, etc.)

¹ Estas páginas no constituyen un estudio definitivo, son simples apuntes que la muerte del autor impidió pulir y perfeccionar. Sin embargo, creemos útil publicarlas porque en ellas se recoge una tradición oral de gran interés para el conocimiento de nuestra poesía popular y porque servirán para orientar ulteriores investigaciones. (N. de la R.).

² El autor alude a la obra *Formas Musicales Rioplatenses. Su génesis hispánica*, por Josué T. Wilkes e Ismael Guerrero Cárpena, *Publicaciones de Estudios Hispánicos*, Buenos Aires, 1946.

que no recibiera hospitalidad o ayuda, de modo que estos mis ojos vieron aquel acendrado amor de mi padre por estas cosas, y he debido necesariamente seguir sus pasos con devoción. De ahí el profundo respeto que he guardado por estas reliquias.

Me decía mi tata, don Cruz ¹: « pa cuando el mañana aclare estas reliquias te dejo ».

Entre otros payadores, Poca Ropa trató a mi padre como jefe y como protector. Poca Ropa era hombre veraz y no puede sospecharse de que pretendiera quitar o dar gloria a su camarada Santos Vega.

Por lo tanto, estos datos han pasado de Santos Vega a Poca Ropa, de éste a mi padre, y de mi padre a mí.

GENEALOGÍA DE SANTOS VEGA

LA FAMILIA

En 1776 llegaron a Buenos Aires en un velero procedente de Cádiz y en compañía de otras acomodadas familias andaluzas, don Feliciano de Santos, su esposa María Vega y un niño de tres años de edad : José de Santos y Vega.

A poco de estar en la ciudad, todos ellos se dirigieron al sur, rumbo a Dolores y al Azul. Allí se establecieron, tomando, arrendando o comprando campos, que entonces nada o poco valían, ya que cada cual podía apropiarse de tautas leguas como pudiese atender.

Con los planteles adquiridos, el tiempo se encargó de po-

¹ Comandante don Cruz Guerrero (1839-1902), Ayudante del coronel don Leandro Gómez en el sitio de Paysandú, Primer jefe del Regimiento « Escolta del Gobernador » en la ciudad de La Plata.

blar los campos de cría y de hacienda cimarrona que por su estado salvaje luego fué de nadie.

Con don Feliciano vino también una guitarra española muy buena, en la cual solía tocar y cantar añorando la madre patria y la tierra de María Santísima.

Su hijo José de Santos y Vega, que ya había calentado sus orejas en España con lo que allí se cantaba y oía a su padre, aumentó su haber con lo que acá se acostumbraba, tanto que se adaptó a lo criollo como el mejor y enriqueció lo nuestro con lo que traía en el alma.

A los quince años era ya admirado por su prestancia y buena voz. Cinco años después había sentado fama en las pulperías y estancias de Maipú, Chascomús, Dolores y Azul. En este último partido casó con una criolla, hija de andaluces, estancieros muy ricos, como lo confirma Eduardo Gutiérrez.

Vivieron en Dolores y en sus inmediaciones. De su prole, varones y mujeres, sólo se recuerda a José. (Gutiérrez menta a una hermana). José hijo, para diferenciarlo del padre, fué llamado solamente por sus dos apellidos *Santos Vega*.

E. Gutiérrez recuerda que en los campos de Dolores el padre de Santos Vega poseía ocho mil vacas y dos mil yeguarizos, y que la madre en los campos de Azul tenía grandes arreos, tantos « que no se podían contar ».

Por algunos de éstos, Santos Vega solía acompañar a su padre hasta Chascomús.

Don Gerónimo Trillo, el más grande guitarrista argentino de su tiempo, discípulo de eminentes maestros hispanos, conoció y trató en la campaña sureña al genio payadoresco Santos Vega, « ídolo del sud », como se le llamaba. Supo de

su vida y familia. Cuando Santos cantó en Buenos Aires con Poca Ropa y se hicieron amigos, Trillo intimó con el payador, como antes lo hiciera con Poca Ropa.

Por el propio Santos y por Trillo conoció Poca Ropa la vida y milagros del « ídolo del Sud ».

A su vez, cuando Santos Vega y Poca Ropa estrecharon sus lazos amistosos, Trillo conoció algo más de la vida y antepasados de Vega.

La familia de los Olmos y don Cruz Guerrero recogieron los antecedentes de los dos payadores. Ascasubi recogió algo del ambiente. Eduardo Gutiérrez publicó algunos datos concretos. Los Olmos recibieron los mismos datos de Trillo, y por último don José María Silva, fallecido nonagenario ha pocos años, ratificó algunos y conservó vagamente el recuerdo de otros.

Don Gerónimo Trillo, que en 1871 tenía 42 años y falleció en Chascomús, fué quien difundió entre la familia de Olmos la historia y los antecedentes de la familia de Santos Vega, referencias que recogió directamente y luego confirmó Poca Ropa, que, a su vez, los recibió del propio Santos Vega.

Trillo, los Olmos, don Roque Irigoyen, Poca Ropa, Guerrero, el payador Silva y los amigos de los nombrados han conocido y divulgado la auténtica historia de Santos Vega (1840-1880)-(1900-1944).

¿Cómo explicar el misterio, las dudas, la negación, las fantasías, el mito, etc., de Santos Vega?

Para el alma popular fué siempre una realidad.

El caos de Santos Vega proviene de fuerzas antagónicas exageradas. Una que lo niega, otra que lo da como el mismo Satanás, diablo, demonio o mandinga, ser irreal y fan-

tástico, que hace producir chispas, luces y llamaradas en la guitarra, en las ramas del ombú que tocan a Poca Ropa y a su vihuela, y que luego se transforma en sierpe que vomita fuego y trepa a lo alto del ombú desde donde se lleva a Santos al lóbrego averno. Y, por fin, aquellos que por hacerlo genio, peleador invencible, domador insuperable y enamorado mil veces superior a don Juan Tenorio lo endiosaron tanto que lo volvieron irreal y fantástico.

EL MEDIO AMBIENTE

Los gauchos llevaban en el corazón el quijote hispano. Los hijos de los audaces, valientes y recios aventureros andaluces que se arriesgaban en nuestras pampas, que entonces rodeaban a Buenos Aires, fueron los hijos o nietos de aquellos célebres hombres criados en las ganaderías de Carabanchel, Mihura, Concha Sierra, duque de Veragua, Conde de Guadalhorce (Rafael Benjumea), de Marote, etc. En esas ganaderías de toros de lidia, esos hombres tenían la vida en un hilo; vivían permanentemente jugando esa vida y por eso no ignoraban cuanto correspondía a los toros.

La región de Buenos Aires, Chascomús, Dolores, Azul, Tuyú, poblada de familias andaluzas, explican mejor el origen de los hombres, en nuestro suelo, hechos para las tareas ganaderiles. Estas tareas acá eran muy simples: cueros y sebo, es decir, aquello que se comerciaba. Las haciendas salvajes, chúcaras, cimarronas y orejanas eran de fácil manejo a campo abierto y su contenido menos apreciado. Las marcadas, a invernada (engorde), a corral, etc., de mucho más valor y de tareas más fáciles aún. De aquí surgían los hombres hechos al medio (crudo) de la época y sus zonas o

parajes. Unos eran más diestros en arreos, otros en los cuidados camperos. Un día, en los años, todos fueron, en dichos asuntos, ganaderos. Así surgieron los primeros gauchos argentinos, cuya índole hispana, andaluza y mora está a la vista. Como árabe, hombre y caballo lo eran todo; de a pie nada valían. Lo mismo que sus antepasados andaluces, llevaban con ellos prendida la guitarra, compañera de soledad y de infortunio, amiga inseparable de toda la gesta viril.

Días y leguas nada fueron para esos hombres. Entre ellos, sus hazañas y sus memorias, estaba Santos Vega con su proge, de familia andaluza hecha a nuestro medio con todos los valores hispanos transformados en nuestro ambiente. En cambio, el genio payadresco de Poca Ropa era de origen urbano.

Santos Vega acompañaba sus cantos con la guitarra. Poca Ropa era también guitarrista.

De esos recios hombres del campo surgieron un día los patriarcas gauchos, dueños y señores de nuestra tradición. El medio, con todo su desamparo y crudeza, contribuyó a la formación de sus valores patriarcales: valiente, recio, arrojado, generoso, hospitalario. Valores éstos diametralmente opuestos a los de vago, cuatrero, borracho, etc.

LOS TRES VEGA

Puestas las cosas en su lugar, hombres y recuerdos cobran su explicación; entonces la verdad surge sola y se impone.

Los que conocieron a las tres generaciones de los Vega o de ellas tuvieron noticias fehacientes, dieron al César lo que es del César; así al referirse a cosas del pasado un señor X

decía: ¡No, no! hablo del viejo Santos (don José de Santos, abuelo del genio).

Otras personas, rememorando al renombrado José de Santos Vega, hijo del anterior, hablaban de su figura y fama, hecha a través de varias décadas de correrías (arreos, pulperías, tabladas, cantos y payadas).

Los más cercanos al genio Santos Vega, ya no hablaban ni del viejo Santos, ni del tropero y payador José Santos y Vega; señalaban ya el genio Santos Vega: ni Santos, ni Vega, sino Santos Vega.

Cuántas dudas y referencias erróneas se han cometido confundiendo los personajes, todas han gravitado sobre aquello del mito, la leyenda del dragón trepando el ombú y llevándose al infierno el alma de Santos Vega, porque payando con el diablo se tragó la lengua y no supo qué contestar.

Puestas las cosas en un mundo creado por la fantasía popular, o por la caña bebida durante dos días y dos noches, se explica que al correr de los años todo cambie y llegue a lo inverosímil.

De una simple batalla se conservan los detalles más minuciosos, difundidos aún en décimas gauchas; de los sacerdotes egipcios se tiene memoria de sus tradiciones orales transmitidas miles de años ha a los sabios de Grecia y, sin embargo, en pocos años se ha podido olvidar al genio que llenó las salas y los corazones de sublime armonía.

Ello se debió al disfraz gaucho de la época aciaga que había dejado un falso recuerdo respecto a su concepto, el de gaucho perdido, sucio, jugador, pendenciero, asesino y dueño de todas las malas artes para vivir.

Santos Vega y Juan Poca Ropa, genios payadorescos rioplatenses, tuvieron, para poder ser tales, dotes diametral-

mente opuestas. Como no bebían, ni jugaban, ni enamoraban mujeres, sino que cantaban como sólo ellos sabían hacerlo, eran recibidos en todas partes con distinción y afecto.

Se ponderó de Santos su voz, su gracia y soltura en la manera de cantar. Había heredado del abuelo y del padre la afición y la habilidad en la guitarra y el canto.

Su abuelo asombró con lo flamenco y su padre con lo gaucho. A la fama del abuelo y del padre, Santos sumó la suya. La fantasía popular hizo lo novelesco.

Como Santos Vega acompañaba a su padre, el recio don José de Santos y Vega, a todas partes, ambos constituían un programa admirable y único. Cifras, estilos y canciones eran escuchados con religiosidad, y dado que los ejecutantes discretos poco abundaban — y eso era lo único — eso era lo mejor.

Cuando Santos Vega llegó a su juventud ya era admirado como genio cantor. Todo Buenos Aires lo alababa en tal sentido. Profundamente sentimental, breve, sencilla su música, clara y conmovedora su inspiración, dondequiera que Santos tomase la guitarra, el público lo ovacionaba. Y esta ovación transcurrió desde La Tablada a la plaza de la Victoria, día tras día y año tras año.

Nadie confundió a Santos Vega genio, con el viejo Santos, su abuelo, cascabel flamenco arrasado por el malón, ni con el recio don José de Santos y Vega, su padre, dueño de campos, haciendas y arreos.

A la muerte de don Santos, su hijo Santos y Vega organizó — como en vida lo hizo su padre — arreos con tropas de vacunos y yeguarizos y tres carretas en continuo ir y venir de Tuyú a Buenos Aires.

En el Once cargaba caña, vino, carbón, tercios de yerba,

azúcar, arroz, etc. Cambiaba o arreglaba las carretas, contra-
taba personal para las mismas, vendía o dejaba para la vuelta
el saldo de lo que trajo; se detenía en La Tablada y luego
rumbeaba para Tuyú. En las inmediaciones de La Tablada
(Caseros y Boedo) alquiló o compró un solar.

Como su negocio era sumamente productivo, uno se pre-
gunta: ¿Qué hizo Santos y Vega con tanto dinero? ¿Y en el
Sur?

Los campos solían ser de quienes los cercaran o tomaran
y las incontables cabezas de ganado de quienes las rodearan.
De ahí que la indiada caía en sus malones a cosa segura.
Los vecinos, a muchas leguas unos de otros y los fortines
a mayores distancias todavía, poca cosa podían hacer contra
aquella tropa salvaje que siempre había llevado las de vencer.
El vecino que no cayó degollado o lanceado murió que-
mado dentro de su propio rancho. Arriadas las haciendas,
policías y vecinos se distribuían los campos, sobre todo los
influyentes ante el gobierno y ... *aquí no pasó nada*... Así
cayeron los progenitores de los Santos Vega, luego el viejo
Santos y por fin José Santos y Vega, que atajado, durante
un malón, mientras huía, fué llevado cautivo al seno de la
tribu.

Cuando años después, viejo, achacoso y enfermo, con el
consentimiento de la hija del cacique con quien vivía le fué
permitido ausentarse a sus lares para curarse y luego regre-
sar, se encontró con lo de siempre, que todo había sido arra-
sado por la *indiada blanca* del señor Comisario y las personas
encargadas de hacerse cargo de las propiedades y demás de
« los gauchos alzaos y matreros, cuatrerros en yunta con la
indiada ».

Desde allí envió a su hijo con un chasqui la noticia de lo

acaecido y con él, como recuerdo, quizá póstumo, la famosa guitarra, célebre ya en manos del abuelo.

Santos Vega no demoró su partida y rumbeó para el Tuyú. Al llegar, su padre descansaba para siempre en los montes de Lavalle. Por rara coincidencia los de Ajó habían, a su vez, de ser con el tiempo tumba del genio inmortal, su hijo, cuando allá por el año 71 ó 72, como resultado de alguna de las pestes contraídas en la Capital, se ausentó para sus viejos pagos de donde jamás volvió.

¿Qué fué del precioso instrumento pulsado por los tres trovadores? ; Nadie podría decirlo!

LA SEPULTURA DE SANTOS VEGA

Después del despojo de don José Santos y Vega, sus hijos se radiaron del Tuyú. Los que estaban en Buenos Aires engrosaron la turbamulta, ya sin fama, y vivieron en la pobreza: principal factor que arrinconó a los hombres y a las familias.

Así aquella gran familia desapareció como si se la hubiera tragado la tierra. De tiempo en tiempo, hasta borrarse del todo, los parientes Vega aparecían para decir: « Sí, somos parientes », pero nadie sabe qué fué de ellos. Alguna vez se oyó decir: « ésa es la célebre guitarra de los Santos Vega » (aquella guitarra que fué la compañera inseparable de sus vidas y que llevaba la firma de Mateo Benedit), pero como alguien agregara que el poseedor de dicho instrumento fué quien despojó a los Santos Vega de sus campos y haciendas, todos guardaban después silencio, por temor a tan crudo comentario.

En esto tuvo más suerte su compañero Poca Ropa, que

después de heredar los campos de su madre, dejólos bajo el nombre de sus tíos, « gente bien » al abrigo de cualquier atropello. Así pudo Juan Poca Ropa lucir hasta el fin de sus días las prendas que tanto amó (guitarras y caballos) y que fueron la admiración de los paisanos en ambas orillas del Plata. Ya no era Poca Ropa, sino el niño Juan.

En 1932 conocí en Mar del Plata, en su propio rancho, junto a los campos de don Jacinto Peralta Ramos (estancia de doña Matilde B. de Peralta Ramos, sobre la barranca, a dos cuadras del Hotel Tiraboschi, camino del faro) a un paisano que vivió allí cincuenta años con un hijo, como de veinte. Este paisano cebaba mate a don Rafael y Pepe Hernández, en la estancia de los Camet, cuando éstos escribían o pasaban en limpio el *Martín Fierro*, posiblemente *La vuelta*.

Dicho paisano decía saber dónde estaba enterrado Santos Vega, en Lavalle. Se ofreció a acompañarme a tal lugar e hizo referencia a que su padre había estado en el entierro, que él lo había acompañado, como tantos, llevando flores al « bardo pampeano », como lo llamaba. Este viejecito afirmó que Santos Vega « debió de morir por el año 1871 ó 1872 », a la edad de cincuenta y tantos años.

Estos datos coinciden aproximadamente con los que me dió un viejo capataz de la estancia « Luis Chico », de don Salvador Bucan, en la ensenada de San Borombón (Punta Piedras), pero sostenía que había muerto de mayor edad.

Se ofreció para acompañarme al lugar; agregó que su padre había estado en el entierro y que años más tarde su padre le llevó a visitar la tumba y dejarle flores. Agregaba que cada vez que iba al Tuyú repetía la visita, y que esa tumba se encontraba bajo un tala, y no bajo un ombú,

como alguien había dicho, y que siempre se hallaba cubierta de flores.

SEMBLANZA DE SANTOS VEGA SEGÚN POCA ROPA

Era bajo, delgado, blanco trigueño, morisco, ojos negros grandes, almendrados, de pestañas largas, expresivos; boca chica, labios finos, casi lampiño, con algunas marcas de viruela; manos largas y delgadas; voz clara, dulce, sentimental; mentalidad ágil, inspirado. Triste y callado. En la soledad cantaba y hablaba solo.

No tuvo jamás cuestiones con la policía. Su contextura física era débil. No fué gaucho de avería. Era bueno, honrado, enamorado pero tímido y respetuoso. Se ocupaba en trabajos livianos. Hacía bozales, riendas, lazos, boleadoras y aperos. En los arrees era mero ayudante. Bebía poco o nada para hallarse siempre pronto para el canto.

En Buenos Aires usaba la barba entera y melena hasta por debajo la oreja.

JUAN POCA ROPA

Cuando Buenos Aires era una aldea los genios fueron raros. Hoy con dos millones y medio de habitantes aparecen criaturas que se hacen oír en público ejecutando a Bach o a Chopin en el piano, lo cual asombra, y niñas de edades diversas que también ejecutan y componen, lo que no es menos asombroso.

Poca Ropa a los siete años de edad sorprendía con la guitarra en las manos, pero su ambiente no fueron los teatros sino las pulperías y cuarteles. Descalzo, en camisa blanca y

pantaloncito corto recorría desde la Boca hasta el Retiro y de la plaza de la Victoria a Palermo. Parece ser que su enseñanza la había recibido en San Ignacio, Santo Domingo o San Francisco, por los conocimientos que de la música sacra tenía.

De mayorcito no fué ya el chico descalzo, semidesnudo (pocas pilchas) que bailaba con una guitarra sujeta a la espalda a la que tocaba con los brazos para atrás. Por tal facilidad le llamaban el *desgonzao*, pocas plumas o Poca Ropa, de donde el apelativo que siempre le quedó.

Al chico Poca Ropa siguió el joven Juancito y luego don Juan Poca Ropa, porque en la familia negra que lo crió no cuajaba lo de « el hijo blanco del negro pescador », o « el hijo blanco de la negra Pancha » o « mama Pancha » como Poca Ropa llamaba a su nodriza o madre de crianza.

Si este niño en vez de ser « hijo del pecado » hubiera tenido apellido y familia, su genialidad le habría valido de otra manera.

Los recursos que, en su juventud, una familia le proporcionaba por intermedio de un hermano de San Ignacio, le permitieron ayudar a los negros que lo criaron y vestir no sólo con decencia sino con paquetería. Tenía hermosos caballos y ricos aperos. Muy pocas personas sabían que había estudiado con religiosos. Él, para dar más mérito a su genialidad salvaje decía que tocaba « de oído ». El hecho es que un día asombró.

En la guitarrería de Guzmán (Maipú entre Cangallo y Piedad) a donde acudía a pedido de éste para probar guitarras, solía encontrarse con un maestro y ejecutante argentino que había estudiado en España : don Gerónimo Trillo, de quien ya se dijo que, en una de sus giras por el sur,

murió en Chascomús por el año 70, a la edad de cincuenta años.

Trillo, que lo oyó tocar, se maravilló al oírle improvisar estilos, canciones, vales y mazurcas.

Como Santos Vega, Poca Ropa no gustaba del baile, ni los animaba ni tocaba para que bailasen. Aunque era muy diestro en los bailes de dos y de cuatro y en el malambo, no le agradaba entrar en rueda.

Tocaba y cantaba, dejando a los demás que hicieran lo suyo con el brillo acostumbrado.

De sus cantos se conservan relativamente bastantes, porque la gente repetía las « tonadas », cambiándoles la letra según las circunstancias. De ahí el que se hayan conservado las melodías, olvidándose, en cambio, las letras, ya que antes no se estilaba escribirlas, dado que se transmitía todo por tradición oral.

Como por mucho tiempo acompañara a mi padre, éste pudo fijar con fidelidad en la guitarra muchas de esas melodías y, posteriormente a su dictado, pude yo escribirlas, así como antes lo hiciera con otras mi tío y profesor don Faustino.

En el barrio de La Tablada, donde Santos Vega vivía en el solar del padre y donde, a la par, guardaba sus tres carretas y la hacienda que no vendía al llegar de viaje, se veía con Poca Ropa, haciéndolo otras veces en la casa de éste, en México y Balcarce.

Los ricos hacendados, comerciantes y aficionados, los colmaban de atenciones y todo Buenos Aires, por ello, era conocedor de los valores de esos genios payadorescos.

¿Será posible que todo eso haya sido borrado por el tiempo, cuando con tanto asombro y amor se fijó en los

corazones? Sólo una razón explica esa injusticia. Hubo una época en que la sociedad porteña torció la cara a todo lo gaucho. Si esta inquina estuvo en su apogeo en el año 80, en el 90 y el 900, ya de lo gaucho no quedó nada. El mismo *Martín Fierro* estuvo en berlina, no obstante que los grandes poetas que pulsaron la lira gauchesca habían embellecido el acervo con poemas como el de Obligado sobre Santos Vega (1887) y lo del Tuyú, en *La Prensa* (1884), etc.

Poca Ropa, como gran guitarrista que era, tocaba en las reuniones de las grandes familias, tales la del general don Francisco Olmos, don Eloy Olmos y don José María Olmos¹ (hermano del abuelo de nuestro amigo don José Esteban Olmos), en casa de don Roque Irigoyen (hermano del ex presidente de la República). Don Roque gustaba recibir a payadores, Santos Vega inclusive.

MAMA PANCHA

Negra buenaza, que amamantó a Juancito y lo crió. Iba regularmente a San Ignacio donde un hermano le daba el peculio que cierta familia pudiente convino por la crianza.

Vivía en la calle Balcarce entre Venezuela y México. El marido era pescador (el negro pescador) y ella lavandera. Lavaba en los pozos de tosca de las lavanderas que pasaba por debajo del puente de fierro que iba de Venezuela a Casa Amarilla (tren de la ensenada).

¹ Don Eloy Olmos, teniente de la Independencia, falleció en Buenos Aires, de fiebre amarilla, el 10 de marzo de 1871. El general Francisco Olmos murió en Chascomús, y el ex gobernador de Córdoba, don José María Olmos, expiró en Buenos Aires.

Poca Ropa vistió pantalón largo a los trece años. Así ataviado iba todos los domingos a cantar a San Ignacio, San Francisco o Santo Domingo,

A los quince años empezó a salir al campo a donde le llevaban personas distinguidas que *algo* tenían que ver con él.

Poca Ropa gustaba mucho de esos paseos. Allí lo aprendió todo y superó a todos.

El *pocas pilchas*, *pocas plumas* y *poca ropa* de los cuarteles se convirtió en guitarrista y cantor admirable.

Las familias distinguidas, bajo pretexto de llevarlo a pasar vacaciones al campo, lo invitaban por las tardecitas a tocar y cantar en sus casonas de la ciudad.

POCA ROPA EN PAYSANDÚ

En el año 1865 Poca Ropa se halló presente en el sitio de Paysandú. Con nombre supuesto había sido llevado por Rafael Hernández, quien tenía el grado de Sargento Mayor, Jefe del detall.

Allí conoció a mi padre y allí guitarreando le hizo conocer y enseñó cifras, milongas, estilos y piezas varias, refiriéndole recuerdos de sus andanzas.

El padre del poeta José María Olmos Cárdenas y su hermano, el pintor, me corroboraron cuánto sabía de Poca Ropa, lo que por otra parte había él referido a los que lo conocieron. Más aún: mi padre había olvidado datos de la familia de Santos Vega referidos por Poca Ropa al señor Olmos, pero al dárselos yo, me dijo: « todo es así ». Es decir que así se los había referido Poca Ropa a él.

Como a mi padre la música le interesaba sobremanera, no

había prestado tanta atención a las referencias personales del genial payador. Éstas se han salvado del olvido, por lo que el guitarrista Trillo le había relatado.

Este Trillo fué el mismo que en la pulpería de Godoy, en el Tuyú, asombró a Santos Vega con la ejecución de los clásicos. En más de una correría había acompañado a Poca Ropa hasta Navarro, Lobos, y otros pueblos de la provincia de Buenos Aires.

Cuando cayó Paysandú, Poca Ropa, siguiendo a don Cruz Guerrero, ambos con una divisa colorada prendida en el sombrero, lograron huir burlando a los sitiadores. Rumbearon para los campos que mi padre tenía en San Sálvador. Después de haber recorrido parte de la campaña oriental llegaron hasta Montevideo, de donde regresaron a Buenos Aires.

La música ejecutada en la guitarra por Poca Ropa se afinó en el alma popular uruguaya. De ahí que algunas composiciones fueran allá como aquí las mismas y pasando por obras sin autor conocido, discutiendo los uruguayos su pertenencia cuando en Buenos Aires ya habían pasado a ser cosa olvidada.

Puede suponer el lector cuán arraigadas estarían las obras de Poca Ropa y su acción de ejecutante y payador, cuando anduvo años junto a mi padre renovando de continuo esas maravillosas sesiones.

A eso debemos agregar la relación que Poca Ropa hacía de ese ayer menospreciado porque era gáúcho, olvidado y enterrado con el pasado.

Si antes de Poca Ropa hubieran existido bardos inspirados también en la melodía, sus obras serían conocidas. Si después que Poca Ropa desapareció se hubieran hecho pre-

sentos con algunos compuestos de importancia, a estas horas el cancionero rioplatense contaría con ese haber.

Si ni antes ni después de Poca Ropa nadie escribió algo así, cabe pensar que lo existente es de Poca Ropa, ya que Santos Vega no tenía esa aptitud, ni era ejecutante ni compositor.

Mi padre dictó y ejecutó, a quienes fueron en busca de tan rico acervo, ese ayer que más adelante quedará aclarado y que suponemos será la base en que ha de descansar lo que más tarde venga.

El doctor Juan Ángel Golfarini, que fué médico de Poca Ropa, me confirmó cuanto mi padre me refirió de Poca Ropa. Cuando en los bajos de su casa (Defensa 666) se reunían jefes revolucionarios uruguayos, Poca Ropa era siempre invitado a tocar y cantar.

SEMBLANZA DE POCA ROPA

Todos los escritores que se ocuparon del payador y de Santos Vega cayeron en el dicho de Mitre o de Obligado : que Vega perdió la payada con Juan Poca Ropa porque éste resultó ser el mismo diablo en persona.

La paisanada recordó esa controversia como la más grande que haya existido, ya que Santos Vega había sido el más insigne de todos los payadores.

De ser vencido por otro, este otro — Poca Ropa — debió ser algo más que insigne, genial como lo fué.

Los que le conocieron acreditaron esta genialidad que irradiaba en su poesía como en las piezas que ejecutaba brillantemente, y en sus estilos y cantares.

La referencia de que Santos Vega fuera vencido al fin por alguien, cosa increíble ya que su grandeza no podía ser superada, se hizo leyenda. Para darle visos de posibilidad se dijo que payó con el mismo diablo, porque una rama del ombú bajo el cual cantaban al tocar el encordado de Poca Ropa se inflamó, llamarada que arrancó a los oyentes las consabidas expresiones : ¡ Ánima bendita !, ¡ Cruz, diablo !, ¡ Fuera Mandinga !

Los oyentes, después de oír durante dos días y dos noches tan sin igual payada, y de haber bebido durante el transcurso de ella no poca caña y ginebra, debieron sufrir una alucinación colectiva promovida por alguien que dijera que sólo el diablo podía vencer a Santos Vega.

Es de lamentar que la leyenda haya destruido la verdad y con ella el valor real de otro payador mejor, cuya semblanza a los cincuenta años era la siguiente : alto, ni grueso ni delgado, anchas espaldas, brazo fornido, fuerza hercúlea. Cabeza y cara grandes, rubio el cabello, barba crespa y rala, picado de viruela, ojos regulares, centelleantes, boca de labios gruesos pero no salientes, manos de dedos largos. Activo, franco y bondadoso. Muy de a caballo y diestro en el lazo y tiro de bolas. Buen « visteador » a mano y rebenque.

No tuvo jamás cuestiones con nadie. No se le conoció familia ni amoríos. No bebía ni jugaba sino accidentalmente y con mesura. Culto, fino y noble amigo. Usaba pantalón en la ciudad y chiripá en el campo, sin abandonar jamás el ponchito.

LA MÚSICA ÓDICO-ORGÁNICA DE SANTOS VEGA
Y POCA ROPA

¿Qué temas abordaron en sus justas los dos grandes payadores? ¿Con qué clase de melodías expresaron sus versos?

Ya hemos dicho que el genio de Santos Vega radicaba en la sublime inspiración poética y en la sentimentalidad de su expresión en el canto.

A falta de espíritu creador melódico, la repetición perfeccionó los motivos melódicos que usó.

Tanto en las cifras como en las milongas y estilos hay una unidad de pensamiento perfecta.

Allí donde falta extensión y grandilocuencia sobra sencillez y expresión.

Santos Vega no fué guitarrista ni animador de bailes. Si la rueda lo convenía cantaba improvisando en forma que subyugaba. Mientras otros tocaban gatos, cielos y huellas, Santos Vega cantaba siempre a la Patria, a sus glorias y varones, a la tradición y sus leyendas. Pocas veces se ocupaba de los presentes y nunca rebajó los méritos de nadie. Por eso su acción de cantor fué alabada. Jamás hizo alardes de sabihondo, aunque había leído mucho, ya que algo enfermo debió hacer reposos prolongados. Era sabio pero discreto y reservado.

Jamás trató de encantar mujeres con su estro. El encanto lo producía por sí solo el tema, la altura del pensamiento y la honda sentimentalidad de su expresión.

Para que el juicio-recuerdo de su genialidad sea unánime debió ser única.

El cariño, la admiración y el respeto que Santos Vega siempre y en todas partes inspiró, fué de tal naturaleza que cantores y payadores — no geniales, porque no los hubo — se hubieran atrevido a proponer ni sostener payadas.

Su gracia y buen humor iban siempre atados a su modestia. Cuando no se encontraba bien no cantaba.

Como no bebía no trató nunca de aliviarse o entonarse con tan traidor prestamista.

Con respecto a los temas tratados, cualquiera fuese el asunto, hay que pensar que Santos Vega fué sólo un paisano ilustrado por sus lecturas, pero sin más conocimientos que los que recogió en el campo y de la naturaleza, mientras que Poca Ropa, educado en la ciudad, le aventajaba en todo.

La payada sostenida entre ambos debió de tocar diversos tópicos y, a la usanza de la época, debieron también de darse los temas mutuamente. Dada la calidad de los payadores — los mejores hasta hoy — esos temas debieron de estar a la altura de tan grandes bardos.

Agotados los asuntos de la Patria, de las campañas, batallas y de los próceres, el amor y los asuntos camperos eran de rigor.

Cada payador daba a su rival, con altura y gentileza, el tema en que podía lucirse el contrario, pero tema por él dominado a objeto de poder rebatir y vencer al adversario. Si el contrincante lo desenvolvía a satisfacción, el público verso a verso, estrofa a estrofa y tema a tema lo delataba con sus exclamaciones. Se pasaba a otro y otro asunto hasta que el ánimo, el espíritu payadoresco, la inspiración, decaía (temple, estilo y voz).

En aquella inmortal payada de dos días y dos noches,

Santos Vega, enfermo, debió darse por vencido. Triunfó el genio, no el diablo ; triunfó Poca Ropa, no la serpiente. De entonces a nuestros días cifras, milongas y estilos no callaron con la muerte de Vega, pero sí declinaron.

En cuanto a la melodía elegida para tan largo canto, la milonga fué por su sencillez y reducido ámbito vocal la que obtuvo preferencia.

Esa forma, sus variedades y otras no menos sencillas y hermosas, consideradas hoy como expresiones vernáculas, debieron de ser creaciones suyas.

La modalidad de ambos puede, sin lugar a dudas, encuadrar perfectamente, ya que Santos Vega era sumamente sentimental, de voz dulce y apasionada, y Poca Ropa arrogante, altivo, de voz poderosa, espíritu fuerte, inspiración fecunda y sutil. Por lo tanto a éste debió corresponderle la *cifra heroica* y la *primera* y *segunda milonga* y al primero las *medias cifras* y *tercera milonga*.

Desde que tengo memoria a la *tercera* o *media milonga* — que mi padre me dictó — se la llamó *Milonga de Santos Vega*. Con ella siempre cantó pero no con *cielitos* ni *vidalitas*, como alguien ha escrito.

Esas melodías, recorriendo campos y poblados, de boca en boca, de año en año, sufrieron toda clase de modificaciones, hasta que se perdieron y olvidaron, como a los genios que las crearon.

Por la circunstancia feliz, que hemos explicado anteriormente, se han podido conservar, en gran parte, esas reliquias. No son ni más ni menos bellas que las extrañas, pero las amamos por nuestras. Salvadas del torrente que todo se lo lleva por delante, destruye y aventa, ahí quedan para hablarnos eternamente de ese ayer, ya que la psicología

ambiente va adherida a la sentimentalidad melódica de tales composiciones.

SIGNIFICACIÓN HISTÓRICA DE LAS PAYADAS

El payador y la payada no sólo tenían un valor poético musical que ilustraba y satisfacía esa sed de cultura y sensibilidad de que la gente del campo estaba huérfana y ávida, sino que significaban también la controversia de valores morales e intelectuales. En tal caso los oyentes adquirían los conocimientos de que los payadores hacían gala:

La justa, pues, reunía un valor científico y artístico, además de social y tantas veces comercial. Por otra parte, la agilidad mental de los payadores, haciendo ver de lo que es capaz la inteligencia, movía a la imitación, es decir, hacía escuela.

Por eso nadie perdía una payada de importancia. ¿Qué mejor libro, revista, periódico, conferencia, etc. que una payada? Los que no sabían leer y no tenían medios para ilustrarse por la lectura, sabían oír y aun juzgar. Los capaces, animarse a intervenir en estas payadas de más en más, hasta que la práctica y los valores personales dieran relieve y reputación ya que « nadie nació sabiendo ». Con el andar de los años y las contiendas realizadas, fama recibiría de por sí quien la mereciera.

Así ascendieron los astros de primera magnitud: Santos Vega y Poca Ropa, y con ellos muchos otros que a tanto no llegaron.

Los que creen que una payada era una reunión de paisanos alrededor de la frasquería, damajuanas de caña y bote-

llas de ginebra de un boliche a donde se iba a dejar el dinero para enriquecer al dueño del negocio, tienen sólo una parte de razón, pues no era eso lo más importante. No en balde se galopaban unas legüitas cuando estaba de por medio una payada. Después, de regreso a « las casas » surgían los comentarios para toda la familia.

Grotescas fueron las payadas de contrapunto entre gente chusca, que empezaban y terminaban por cuartetos ridículas de que tanto se ha abusado, sembrando la confusión en las nuevas generaciones.

Si alguna vez ocurrió que los cantores se tenían encono, por controversias mal realizadas, por mujeres, por jugadas de taba, por carreras de caballos, por riñas de gallos o por fama de guapezas, ello no autoriza a decir que todas las payadas se realizasen entre personas de esa laya, y que habían de terminar a rebencazos o puñaladas, ni que los más capaces y los más « guapos » fueron siempre los más dignos.

De Santos Vega y de Poca Ropa jamás se dijo nada al respecto. Es que ellos, por su excelsitud, no dieron lugar a tales comentarios. La gente se extasiaba y al silencio admirativo seguía el respeto y la gentil consideración.

Los *dramones* que por ahí corren, han hecho de Santos Vega, a fin de fomentar el negocio, el intérprete del peleador, cuando el físico y la moral del mismo fueron el polo opuesto. Si alguien hubiera hecho de Poca Ropa una figura novelesca a lo gaucho de circo, a estas horas habría dejado de ser el mandinga de la famosa payada para convertirse en un Juan Moreira.

La amplia frente de Santos Vega, su dulce y triste mirada, su amarga sonrisa, su semblante aristocrático, su negra y

rizada melena, su aptitud maravillosa para trenzar riendas y aperos, su voz dulce y sentimental, su inspiración romántica y soñadora, el cariño que sembró en todas las almas hasta rayar en veneración, son cosas muy distintas de la brutal grosería del tipo pendenciero, audaz y « madrugador », valores que le asoman a la cara en gestos duros y delatan el fondo psicológico del hombre.

Eduardo Gutiérrez, para lograr su propósito dramático ha debido adular la debilidad criolla, heredada de la estirpe hispana, de la espada transformada en facón, daga, cuchillo o talero, y hacer del protagonista un peleador tan formidable que dejara el tendal de policías, comisarios y jueces, sin pensar que el protagonista Santos Vega era un tipo de contextura moral sana, de un físico más bien débil, completamente antagonico del que él pinta como héroe de cien peleas. Gutiérrez es culpable del caos y confusión reinante al respecto por haber forjado un héroe novelesco diametralmente opuesto a la realidad.

Haberlo hecho héroe cuchillero o morir de pena por haber dado muerte (sin saberlo) a su noble amigo Carmona, y más que todo — como quieren otros — por su derrota de payador, es haber desvirtuado el sentido real del personaje, pues, aun cuando de sensibilidad delicada, hubo de haber payado innumerables veces desde su iniciación, y el ganar o perder fué cuestión del momento. Su pasada fama no podía derrumbarse por el hecho de encontrar en el camino otro mejor. Después de toda culminación es natural la declinación.

Se cuenta al efecto que al llegar Santos Vega a su casa en La Tablada después de un largo arreo, cansado, nervioso y luego de un mal día de ventas — todos valores de fracaso —

hubo de pagar con Poca Ropa, más joven, descansado, sin nervios y dado sólo a cantar — valores todos de éxito — tocóle llevar a Santos las de perder como así acaeció. El desquite pedido y llevado a cabo en una pulpería frente a los cuarteles de Palermo tuvo igual resultado, Poca Ropa estaba en su noche y Vega concluyó por no cantar.

El genio que día a día llenó de sonoridades mágicas a Buenos Aires, acabó por identificarse tanto con Poca Ropa que pareció que una sola fueran sus dos almas. El genio no podía pagar contra sí mismo.

LA ÚLTIMA PAYADA DE SANTOS VEGA

La ciudad estaba conmovida por la peste. La fiebre amarilla, la viruela negra, la difteria, la escarlatina, el tifus, la « puntada » de costado (neumonía) hacían estragos en la capital.

Dado el terror reinante, Santos Vega resolvió emigrar al sur.

Despediase con Poca Ropa de varios amigos y admiradores en una gran pulpería de La Tablada cuando un negro llamado Negro Pancho del Mondongo, audaz milonguero, buen cantor con fama de payador, al entrar en el despacho y después de saludar a los presentes, habló de esta suerte.

« Señores y caballeros :

« Yo soy el moreno Pancho de San Telmo y de La Tablada, resero y payador, a quien naidés ha vencido entuavía milongueando ; así que si aquí hay cantores que se a atreven a deshacer esta fama, pelen la funda a la vihuela y atropellen ».

Santos Vega y Poca Ropa que habían cantado a los amigos callaron, pero los presentes con el ánimo de dar al in-

truso una lección, dijeron a los genios : « A ver, don Santos, y Ud. don Juan, aunque sean unos tiritos... háganle el gusto al mentao don Pancho... ».

Aquello fué una jarana. La trenzada fué curiosa. El moreno una vez se dirigía a Santos y otra a Poca Ropa. El negro cantaba con tonada de milonga, improvisaba fácilmente pero en cuartetos. Santos Vega y Poca Ropa replicaban en décimas con aires de cifras o estilos, haciendo humorísticamente gala de seriedad, entusiasmo y acierto poético-melódico para divertir a la reunión.

El pobre moreno exclamó, al fin : « En la que me he metido ¡ Dios Santo ! Pido a ustedes perdón, aunque no me arrepiento, pues he gozado, como ustedes, de lo lindo ». Poniéndose de pie se inclinó ante los payadores y salió como alma que lleva el diablo, dejando tras sí el clamoreo de risas, aplausos y comentarios.

Pero tanto Santos Vega como Poca Ropa, que se hallaban con humor despejado, resolvieron continuar entre ellos la justa.

Así fué que Santos Vega invitó a su amigo a seguir cantando, eligiendo temas a través de la inspiración del momento. « Me persigue un triste presentimiento — dijo —, quiero que se desvanezca cantando, y si el presentimiento se cumple, quiero al morir recordar que he dejado en el espíritu de ustedes aquello que no puede morir : esta gracia recibida de Dios, y que del pueblo debe volver a Dios, a nuestro credo cristiano, privilegio popular de su alma colectiva, sana porque es infantil ».

La payada comenzó en largas tiradas cantando a Dios y al cielo, a la patria y a sus próceres, al campo y a sus gauchos, al amor, a la amistad, a la alegría, etc.

La justa terminó sin vencedores ni vencidos.

Pasó la noche y al venir el día, después de un churrasco gentilmente ofrecido, la pareja montó a caballo, y acompañados por casi todos los presentes, llegaron hasta Puente Alsina, donde se despidieron del bardo genial que nunca más volvió (Poca Ropa lo acompañó hasta Luis Chico).

Sus proféticas palabras se cumplieron al incrustarse en el alma popular, con el nombre de Santos Vega, la gracia payadoresca recibida de Dios.

Para algunos escritores existe el mito, pero en el alma popular existe la realidad que sigue hirviendo en nuestros corazones, con este último concepto sobre Santos Vega : que en él va implícito el amor a la tradición, el amor a lo sagrado, de Dios, a la Patria y al hogar.

Poca Ropa recordó siempre a su amigo con la mayor consideración y respeto. Esto, quizá, acrecentó sus valores, lejos de desmerecerlos, por el parangón entre ambos.

Con respecto a la pérdida payada con Poca Ropa, la opinión fué unánime. Santos Vega estaba débil, decaído, afiebrado y enfermo, aun cuando intentaba aparentar un valor físico que no tenía. Su inspiración a ratos era genial y su buen humor tal, que no obstante los temas alegres que hubiese de desarrollar, sabía encontrar la faz triste, consiguiendo así expresar la amargura y derrota en que vivía.

Aquilatado todo esto por Poca Ropa y por los oyentes que veían y oían en silencio con profundo pesar lo que ocurría, todos a una admiraban a cual más el temple de esa alma, dado ya que las fuerzas de uno y otro no podían compararse. Todos acallaban los valores contrarios de Poca Ropa a fin de elevar los del « genio del Sud ».

Alguien, para reconfortar su espíritu atribulado, recordaba

en esos momentos la conducta acrisolada de hombre sano, bueno, soñador y hasta místico del payador; su sencillez, humildad y atención para con todos, que sin hacerse de rogar tampoco se prodigaba y menos todavía atribuía importancia a la genialidad que todos le reconocían y alababan.

Los que forjaron la leyenda de la derrota y muerte de Santos Vega ignoraron todos los antecedentes que merced a Poca Ropa llegaron hasta nosotros. A él debemos, pues, cuanto hemos referido proveniente de la realidad, no de la superstición ni de la fantasía de que algunos escritores y poetas echaron mano para idealizar un personaje que no pudo ser más humano y terreno que lo que fué Santos Vega, el inmortal payador rioplatense.

SILVA

El poeta y viejo payador don José María Silva, que nos acompañó tantos años en la Asociación « Euritmia », dando un alto ejemplo de amor a la tradición, a esa tradición que lo amamantó de niño y vivió de hombre, nos proporciona también preciosos datos acerca de Poca Ropa y Santos Vega.

Cuando oí de sus labios las noticias que tenía respecto a las payadas de Santos Vega con Poca Ropa, le expuse las referencias obtenidas de Olmos, de Trillo y de mi padre. « Parecería — me dijo — que eso se hubiera perdido, sí... pero se han conservado como en una caja de hierro, cuyas llaves guarda Dios para gloria de nuestra tradición. Mis datos no son mejores ni peores; son los mismos ».

El payador Silva, que murió en nuestros brazos, casi centenario, fué de una pureza de conducta, recto y veraz como

pocos van quedando. Por ello, con la mayor complacencia, lo sumo a lo nuestro.

ALGUNAS OPINIONES SOBRE SANTOS VEGA Y POCA ROPA

- A. 1. Que Santos Vega no existió (Varios).
 2. Que sólo es un mito (Varios).
 3. Que es doctrina bíblica del Génesis (C. O. Bunge).
 4. Que pertenece a un ciclo europeo (R. L. Nietsche).
- B. 5. Que existió (alias o parientes).
 6. Nacimiento, infancia y juventud en Dolores (E. Gutiérrez).
 7. Nacido y de pequeño en Santa Fe (Ascasubi).
 8. Nacido en San Luis (Ascasubi).
 9. Nacido en Entre Ríos (Ascasubi).
 10. Nacido en el Tuyú (B. Mitre y varios).
- C. (Continúa la leyenda).
 11. Payador invencible.
 12. Payando con Poca Ropa perdió dos veces; también perdió con Godoy, con Trillería, con el negro del Pino, con el negro Diablo, con Juan Sin Ropa (El Diablo, Mandinga, etc.).
- D. 13. Que fué sólo cantor, payador (Varios).
 14. Que fué domador y peleador de partidas, asesino, etc. (E. Gutiérrez).
- E. 15. Que murió en Matanza y que está enterrado al pie de un ombú.
 16. Que murió en Ajó y está enterrado al pie de un tala en una isleta vecina al Río de la Plata.
 17. Que está enterrado en Monte Galloso.

18. Que al ser vencido payando murió de pena.
 19. Que payando con el diablo, éste, en forma de serpiente, desde lo alto de un ombú se lo tragó y llevó al infierno.
 20. « Que está gozando de Dios » (Paulino Lucero. Sitio de Montevideo).
 21. Cautivo y casado con una india, hija del cacique, murió tísico entre los indios que estaban a cinco días de marcha desde Bragado.
 22. Que por sus andanzas tenía muchas enfermedades y que murió de una de ellas.
- F. Datos recogidos por mi padre don Cruz Guerrero, G. Trillo y del señor Olmos, transmitido por Poca Ropa quien, a su vez, los había recibido de los propios labios de Santos Vega.

Esta versión ha sido confirmada por don José María Silva, miembro de la Institución Tradicionalista « Euritmia ».

En un velero de Cádiz vinieron, en 1776, entre otras familias de ricos andaluces: don Feliciano Santos, vaquero de las ganaderías de lidia de Andalucía, su esposa doña María Vega y su hijo José, de trece años (José Santos y Vega). Una vez desembarcados, otros andaluces acomodados del sur que los esperaban los llevaron allí (Azul, Dolores, Chascomús, etc.).

Don Feliciano, debido a su oficio era un recio hombre de campo. Guitarrista a lo flamenco, amenizó la travesía tocando y cantando en tal forma que adquirió notoriedad a los pocos días de estada en la Capital.

Instaláronse en los alrededores de Dolores, pero a fin de adquirir campos anduvieron por Tuyú, Chascomús, Azul (los campos eran entonces tierra de nadie). Arraigados ya y

y adquirida hacienda vacuna y yeguariza (bastaba juntarla de las manadas cimarronas), visitaron a menudo el Azul y Chascomús, donde residían sus amigos y paisanos.

A la fama de don Feliciano en el canto y la guitarra se sumó la de su hijo José, superándolo en las cosas regionales de la época, y dado que lo sobresaliente era raro, rara y sobresaliente fué su fama.

A los veinte años don José de Santos y Vega era tan alabado y buscado que se le veía en todas las grandes fiestas.

Consagrado al trabajo con su respetado padre, recién casó en 1796, a los 33 años, con la hija única de uno de los más acaudalados hombres del Azul: don Manuel de Castro. Se llamaba Asunción y era nacida en el lugar. De este matrimonio nació el genial payador, el último de los hermanos Feliciano, Manuel, María, Asunción y José, todos bautizados en el Azul, Chascomús y Dolores, cuyas partidas de bautismo algún día aparecerán en los archivos de la iglesia argentina.

José de Santos y Castro, para heredar la rama del abuelo y del padre, se hizo llamar Santos Vega a secas, en vez de « Santos Castro », apellidos del padre y la madre respectivamente.

Dada la debilidad física de Santos Vega, no pudo sobresalir en trabajos de campo, por lo cual tan sólo aprendió trabajos manuales livianos: aperos, riendas, lazos, etc., pero si bien no aprendió a ejecutar la guitarra como su abuelo, descolló, en cambio, en el canto desde niño.

Se lo pasaba leyendo poesías y narraciones científicas, que le dieron luego celebridad, dada su retentiva, su gracia y facilidad de palabra. No bebía, ni parrandeaba a causa de su débil contextura. Su honradez era acrisolada. Formal y

serio, fué querido y admirado. Contribuía a ello su natural prestancia, su canto dulce y sentimental. Cuando se dió a improvisar culminó en lo grande.

Por todas esas cualidades, supo imponer respeto y cariño, dotes que contuvieron más de una tentativa de provocación gauchesca, a la que por otra parte, dada su envergadura moral, jamás hubiera prestado atención.

Por asuntos de hacienda y negocios acompañaba muy a menudo a su padre a Chascomús y Buenos Aires. Cantaba entonces especialmente en La Tablada y casas de los estancieros que por negocios de hacienda allí iban y vivían en la ciudad.

En La Tablada conoció a Poca Ropa, que era el guitarrero y cantor de más fama en la ciudad. En su compañía frecuentaron a las familias de Olmos y Hernández, entre otras. Recorrieron estancias ¹ y pulperías sin nunca verse envueltos en cuestiones policiales o judiciales.

Por fin, en 1871 se enfermó en Buenos Aires y rumbeó para Ajó, donde falleció. Los amigos y admiradores que allí tenía le dieron piadosa sepultura en la ribera.

ISMAEL GUERRERO CÁRPENA.

¹ En una de las salidas a la campaña, Santos llevó a Lavalle, sus pagos, a don Juan, quien regresó con un par de zainos regalados por su amigo. Poca Ropa prometió llevar a Montevideo a Santos, donde la fama de ambos era notoria. Creemos que el tal viaje no se realizó.

TEXTOS Y DOCUMENTOS

SOBRE LOS NOMBRES DE LOS COLORES DEL CABALLO DE AMÉRICA ¹

Algunos de los nombres que se dan en América al variado pelo de los caballos difieren de los que llevan en la Península, de donde proceden y entre cuyas provincias no parece que haya tampoco entera uniformidad a su respecto. En el propio caso se hallan los países de América entre sí. Esta disparidad obedece a diversas causas. Hase conservado en América el uso de términos que lo han perdido casi o del todo en España en su aplicación al color del caballo. Otros, como el de *zaino*, han modificado su significación, o bien mantienen la que han recibido de alguna provincia peninsular. Así el nombre de *zaino*, cuyo sentido en el Río de la Plata es muy distinto del que le dan nuestros diccionarios comunes y el oficial de Dulce, parece proceder de algunas partes de Levante. Otras veces el nombre americano tiene origen de la semejanza del color o disposición de colores del caballo con el de algún cuadrúpedo de la tierra, como sucede con los de pelo *yaguané*, voz guaraní, que de boca de los

¹ Del *Boletín de la Real Academia Española*, VII (1920), 628-632.

indios pasó al habla de los españoles. No faltan nombres introducidos del Brasil, como el de *tobiano* y más comúnmente *tubiano*, que alude al color del pelo de los caballos que montaban los lanceros del general don Rafael *Tobías* de Aguiar (vulgarmente *Tubías*), cuando en la famosa guerra de los *farrapos* invadió la provincia de Río Grande del Sur. A su vez el trato secular del uruguayo, argentino y paraguayo con el riograndense, que no cede a nadie en el conocimiento del caballo y en el arte de cabalgar con destreza y gallardía y hecho a lidiar con baguales y vacas chúcaras durante el largo período de sus correrías en los campos fértiles del Uruguay, poblados de ganado vacuno y caballar cimarrón que *arreaban* a sus pagos, introdujo en el lenguaje de los brasileños multitud de vocablos castellanos.

No es cosa fácil acertar a definir con exactitud un nombre expresivo de objetos cuyas partes componentes no se hallan bien determinadas por sí mismas, dificultad a la que se añade el no ser, por lo regular, precisos, circunstanciados y uniformes los datos y noticias recibidas oralmente al intento o tomadas de textos varios. Buena prueba de ello ofrecen las constantes y reiteradas modificaciones que se introducen en toda nueva edición de los diccionarios más autorizados.

Sugiérenos estas reflexiones un estudio lexicográfico que publica en el *Boletín*, con el título de *Reivindicación de americanismos*, don Miguel de Toro y Gisbert, autor de apreciables trabajos sobre lexicografía americana. Entre otros vocablos que define e ilustra en el último número del *Boletín*, hállese el nombre de *picazo* aplicado al color del caballo. Reivindícalo con razón como *españolísimo*, citando en apoyo de ello a don Ramón Cabrera y varios textos indicados anteriormente por el señor Cotarelo; pero en cuanto

a su definición, se atiene a la que suministran don Tobias Garzón en su *Diccionario Argentino*: *oscuro, cara blanca*; y a la del señor Segovia en el suyo: *oscuro, con la frente y pies blancos*, que es la que nosotros habíamos dado antes en nuestro *Vocabulario Rioplatense*. El señor Segovia extiende la aplicación del adjetivo *picazo* al ganado vacuno, en lo que entendemos que se equivoca. Don M. A. Román, en su *Diccionario de Chilenismos*, define: *negro, con la cara y patas blancas, o con sólo una lista blanca en la frente*. Todas estas definiciones (la de nuestro *Vocabulario* inclusive) adolecen, como se ve, de falta de congruencia y pedirían mayor precisión. Un caballo negro con la cabeza blanca no es *picazo*, sino *pampa*, denominación que ha recibido porque los caballos que la tienen blanca son falsos y espantadizos, y también legañosos, como lo son (o eran, mejor dicho) los indios de la pampa. Tampoco es considerado (por los más castizos naturales del Plata) como *picazo* el negro que sólo tiene la frente blanca, aunque lo sean las extremidades de los remos; es lisa y llanamente *oscuro*, o, si se quiere, *oscuro cabos blancos*. En lenguaje campesino vendría a ser *oscuro maneado* o *boleado*, según fueran las manos o los pies lo blanco, sentido traslaticio de la operación y efecto de manear o *bolear* un caballo, porque la manea se pone en las manos y las *boleadoras* caen a los pies. Cuando lo blanco de los remos aparece además en el pecho y barriga, en teniendo una lista blanca en la cara, de la frente al hocico, se le llama *picazo bragado*. El complemento de la lista blanca, de arriba abajo, en la cara, es lo que, para los hacendados del Uruguay, Entre Ríos y Corrientes, así como para los brasileños de Río Grande del Sur, caracteriza al *picazo*. Es, según ellos,

picazo el caballo oscuro, con una lista blanca en la cara, desde la frente al hocico, blancos los remos hasta la rodilla y corvejón, y alguno que otro pelo blanco en el resto del cuerpo. Las juntas rurales de Buenos Aires y Montevideo, compuestas de los más antiguos e ilustrados hacendados de los respectivos países, serían las más habilitadas para poner en claro tanta variedad de noticias, que se advierte asimismo entre los brasileños, como puede verse en los respectivos diccionarios de *Beaurepaire-Rohan*¹ y *Romaguera Correa*. El punto interesa a la lexicografía y a las letras españolas, pues antiguamente se usó en España el nombre de *picazo* aplicado al caballo; pero no hay certidumbre acerca del color o disposición de los colores de su capa. El señor Cotarelo, en un artículo de que hace referencia el señor Toro y Gisbert, presume que el nombre de *picazo* quizá provenga de la semejanza y disposición de los colores del caballo con los de la urraca o *picaza* (*Boletín de la Acad.*, nº 3). Coincide con su parecer el del señor Román (*Dicc. de Chil.*). Dejando a un lado la confusión o distracción padecida por estos eruditos autores sobre el color de la *picaza* o urraca (cuerpo de manchas *negras sobre fondo blanco*), estimamos oportuna y posible la conjetura; porque además de la semejanza y disposición de los colores (negro el cuerpo, con parte de los remos y del vientre blancos), las cualidades que los paisanos del Plata y Paraguay atribuyen al caballo *picazo* tienen parecido con algunas de la *picaza*. El *Diccionario de Autoridades*, con su habitual perspicuidad, dice ser la *picaza* o urraca ave *atrevida y fogosa y que anda a sal-*

¹ En el texto: «*Beaurepaire-Rochán*». Alude Granada al *Diccionario de Vocabulos Brasileiros* del vizconde de *Beaurepaire-Rohan* (Río de Janeiro, *Imprensa Nacional*, 1889). (*N. del E.*).

tillos ¹. Las condiciones que se observan, por lo regular, en el caballo *picazo* son las de ser *quisquilloso* y *bellaco*, a la par que fogoso, *saltarín* y *veloz*. De ahí ha nacido precisamente la frase, comunísima en el Uruguay, Paraguay y Argentina, *montar*, o *ensillar el picazo*, con la que se significa la actitud de una persona que, sin motivo fundado o por cosa de poco momento, se respinga y amostaza. Garzón, en su prolijo y bien trabajado *Diccionario Argentino*, registra la frase en esta forma : « *Alzar, ensillar o montar el picazo*. Enojarse, particularmente si es por nimiedad o delicadez de genio ». No explica la razón u origen de la frase.

Los textos citados por el señor Cotarelo en demostración del uso antiguo del vocablo *picazo* como indicante del color de un caballo, abonan al mismo tiempo lo que dejamos expuesto acerca de sus cualidades.

En la expresión « Tarfe el bravo en *revuelto* andaluz de color vario *picazo* » (Lobo Laso de la Vega), alúdese a la fogosidad y rapidez en los movimientos del caballo que montaba. Y Vélez de Guevara pinta al diestro jinete, cabalgando

sobre un *picazo* andaluz,
africano por su madre,
que fuera rayo del cielo
a no ser hijo del aire.

Elige el poeta un *picazo*, para representar la incomparable ligereza de los caballos que bebían las aguas del Gua-

¹ La última edición del *Diccionario* de la Academia da a la urraca *cerca de medio metro de largo y seis decímetros de envergadura*, dimensiones que parecen excesivas, aun tomadas las medidas desde la punta del pico al extremo de la cola y bien tendidas las alas.

dalquivir, de los que decían los antiguos que eran engendrados del aire.

Que del pelo de los caballos pueda inferirse, por lo regular, su condición, la zoología y la experiencia lo dirán. Teníanlo por cierto los antiguos, afirmando que los *humores* naturales respondían a los cuatro elementos de que entendían constituido cuanto existe: *tierra, agua, aire y fuego*. Azara, fundado en la experiencia, no abrigaba la menor duda en que el pelo respondía a la condición, si bien otros hombres de ciencia lo ponen en tela de juicio. El general venezolano Páez, en la guerra de la independencia americana, reunió dos mil caballos *rucios*, por su crédito de nadadores, para atravesar el río Apure y algunos de sus canales y afluentes que habían salido de madre. « Porque los llaneros creen, y yo con ellos (dice textualmente), que el caballo *rucio* es más nadador que el de cualquier otro pelo » (*Autobiografía del General Páez*, Nueva York, 1869). Como los llaneros del resto de América, los paisanos del Plata reputan valentísimos, para el agua, al caballo *tor-dillo-negro* (que es el nombre que dan al *rucio*) y al *sabino*.

El *blanco, sembrado de grupitos de pelo castaño o alazán*, que el general Dulce menciona en su *Dicc. de Equit.*, viene a ser el *sabino* americano.

Adviértase finalmente que al *colorado* (castaño), con lista blanca desde la frente al hocico, se le llama *malacara*. Los de cualquier otro pelo (excepto el *picazo*), con la misma lista, llevan antepuesto al nombre de *malacara* el de su color respectivo: *zaino malacara*, *alazán malacara*, etc. El llamar *malacara*, a secas, al *colorado malacara*, procede sin duda de que, cuando los caballos, en estado de liber-

tad, o alzados, se multiplicaron baguales en las pampas de Buenos Aires y en los campos del Uruguay y Entre Ríos, adquirieron, como Azara lo observa (*Cuadrúp. del Parag. y Río de la Plat.*), una capa uniforme más o menos intensa: la *colorada*. Por tanto, al aparecer en algunos de ellos la lista blanca en la cara, hubiera sido superfluo hacer mención de su pelo. Es de notar la diferencia de gustos. Los franceses denominan *belle face*, como quien dice *cara linda* o *buena cara*, al caballo de *mala cara* o *cara fea* para los españoles y también para los portugueses de América, pues en el Brasil lo llaman y califican de la propia suerte que en el Río de la Plata y Paraguay.

Respecto de las cualidades falsas del *picazo*, hallamos la de ser algún tanto *melancólico* en el autor anónimo de la *Pintura de un potro* (siglo xvii), y la de *engañoso* en Valbuena (*Grandeza Mejicana*).

DANIEL GRANADA.

ACUERDOS

Consulta acerca del nombre *Aixa*. — Consultada la Academia acerca del nombre *Aixa*, en junta de 10 de octubre, acordó contestar, según el informe del señor Luis Alfonso, en los términos siguientes:

«*Aixa*, nombre de origen árabe, ha sido llevado por mujeres célebres en la historia universal. Una de ellas, hija de Abu Bequer, casó con el profeta Mahoma y fué reverenciada por los musulmanes con las denominaciones de *la profetisa* y *la madre de los creyentes*. La fama de esta esposa de Mahoma difundió el nombre de *Aixa* en el mundo árabe, sobre todo en España donde llegó a ser tan común que se lo empleó frecuentemente en refranes y frases proverbiales, como «*Aja* enlodada, ni viuda ni casada», «*Aja* no tiene qué comer y convida huéspedes», «¿De cuándo acá *Aja* con albanega?», «Hácelo *Aja* y azotan a Mazote»¹. Uno de ellos: «Si vos *Aja*, yo Alí», alude a la famosa rivalidad entre *Aixa* y el yerno de Mahoma, Alí ben Abu Thaleb. Un incidente ocurrido en un viaje hizo que se dudara de la fidelidad de *Aixa*, varios nobles la acusaron, Mahoma consultó a Alí y a Usama b. Zaid sobre lo que debía hacer con ella. Alí le aconsejó que la repudiara, Usama sostuvo que *Aixa* era inocente. Este último parecer fué el aceptado por Mahoma quien justificó a su

¹ LEOPOLDO DE ÉGUILAZ Y YANGUAS, *Glosario etimológico de las palabras españolas de origen oriental*; 1886; 71; JOSÉ MARÍA SBARRI, *Diccionario de Refranes, Adagios, Proverbios*, I; 1922; 23.

esposa con una revelación (*Corán*, XXIV, II y sigs.) que exigía el testimonio de cuatro testigos para probar el adulterio. Aixa conservó un odio mortal contra Alí y cuando éste fué elegido califa, sublevó a los musulmanes contra él y se unió a Talha y Zobair para presentarle batalla. El combate se realizó el 4 de diciembre de 656 y ha pasado a la historia con el nombre de la « batalla del camello » por ir Aixa montada en el camello Askar, que Ya 'lā b. Munya compró para ella en 200 dinares. Aixa fué derrotada, pero Alí la libertó y le permitió vivir el resto de su existencia en Medina, sin ocasionarle nunca molestia alguna ¹.

Un nombre tan corriente no podía menos de dejar huellas en la literatura y, en efecto, suele hallarse a menudo en los textos escritos, como se ve por los ejemplos siguientes: « Entran precipitadamente por todos lados la guardia y los satélites de Boabdil, con sables desnudos y antorchas encendidas: sígelos el Rey; y poco después *Ayxa* que se colocará a su derecha » (Francisco Martínez de la Rosa, *Morayma*, acto V, escena V; en *Obras Literarias*, IV, ed. de 1854, 77). « Recordábame en primer lugar en nombre del impudente esposo que repudió por fea a la altanera *Aixa* » (Pedro Antonio de Alarcón, *La Alpujarra*, 2ª ed., 1882, 8). « ¡Silencio!... Sale la aurora. /Va á abrir *Aixa* sus pestañas » (Francisco Villaespesa, *El Alcázar de las Perlas*, acto I, escena I). « Pero tú, Ramiro, me pagaste en buena moneda cristiana, faltando a tu juramento y entregando a la Inquisición a la infelice Gulinar y a *Aixa*, a *Aixa* la jarifa, a *Aixa* la santa, para que fuesen arrojadas a la hoguera » (Enrique Larreta, *La Gloria de Don Ramiro*, ed. de 1911, 288). « En aquel tajo, apostados los caballeros Abencerrajes bajo la enramada del bosque cerca de la torre de Comares, ... recibieron en sus brazos al príncipe Boabdil, que su madre la sultana *Aixa* descolgó para salvarle del odio de su padre Muley Hacem » (Armando Palacio Valdés, *Los Cármenes de Granada*, en *Obras Completas*, II; Madrid, M. Aguilar, 1945;

¹ M. SELIGSOHN, en *Encyclopédie de l'Islam*, I; 1908; 220-221; R. DOZY, *Historia de los Musulmanes Españoles*, trad. de F. Castro, I, 2ª ed.: 1878; 93-95; CL. HUART, *Histoire des Arabes*, I, 1912; 249-252.

598 b). Se han usado también las variantes *Aja*, *Axa* y *Haxa* : « El gallardo Abindarraez, / Tan conocido por fama, / Y el valiente moro Muza, / Que era alcaide del Alhambra, / Pariente del rey Chiquito / y gran servidor de *Axa*, / A pasear la ciudad / Del Alhambra se bajaban » (Pedro de Padilla, *Romance*, en Agustín Durán, *Romancero General*, II, 41 a). « Desto, hermosa *Aja*, infiero / Que estaremos ya conformes, / Porque á no ser esto así / No me prendieran entónces » (*Romance anónimo*, en Durán, *op. cit.*, II, 7 b). « Un moro de los Gomeles / Hace por servir á *Aja*, / Que ya por esposa tiene » (*Romance anónimo*, en A. Durán, *op. cit.*, II, 107 b). « Vió el Alatar una toca / Que él dió a la hermosa *Axa*, / Y que Abdalla le traía / Por empresa al brazo atada » (Pedro de Padilla, *Romance*, en A. Durán, *op. cit.*, II, 122). Tres morillas me enamoran / en Jaén, / *Axa* y Fátima y Marién (Dámaso Alonso, *Antología*; Madrid, Signo, 1935; 393). « En esto yuan hablando los dos hermanos de *Haxa* y Reduan, quando vieron venir vnos leñadores que yuã por leña al monte ». (Ginés Pérez de Hita, *Historia de las Guerras Civiles de Granada*, ed. de 1603, 232). Los pasajes transcritos prueban que el nombre propio *Aixa* está incorporado a nuestra lengua desde hace varios siglos ».

Consulta acerca del nombre *Waldo*. — Consultada la Academia « sobre el origen de la palabra *Waldo*, si tiene traducción al castellano y si es nombre de persona », aprobó, en junta de 10 de octubre, el siguiente informe del señor Luis Alfonso :

« El nombre germánico *Waldo*, que significa 'el que manda, el que gobierna', se ha incorporado a varias lenguas europeas, inclusive el español. En nuestro idioma puede citarse al conocido literato *Waldo A. Insúa*, en cuya familia dicho nombre es tradicional. *Waldo* mantiene la *w* originaria, como muchos otros nombres de la misma procedencia: *Wamba*, *Witiza*, etc.

Ubaldo no es el equivalente castellano de *Waldo*. *Ubaldo*, también de origen germánico, tiene otra formación y otro significado: viene de *Ubaldis*, o más correctamente *Hubaldus*, *Hucbaldus* y *Hugbaldus*, latinización de *Hug-bald*. Éste se compone de

Hug- 'inteligencia, espíritu', que en latín eclesiástico se convirtió en *Hugo*, apellido del poeta Víctor Hugo, y de *Bald* 'audaz', frecuente en la composición de nombres propios, de modo que *Ubaldo* significa 'espíritu audaz' y no como *Waldo* 'el que manda o gobierna' ».

Designación de representantes de la Academia. — En sesión del 7 de noviembre la Academia acordó aprobar la designación del señor presidente don Carlos Ibarguren y del señor académico de número don Gustavo Martínez Zuviría como representantes de la Academia en la comisión que estudiará las modificaciones de la ley 11.723.

Denominación del « Teatro Nacional de Comedia ». — Por moción del señor Presidente se resolvió, en junta de 7 de noviembre, dirigir al señor Presidente de la Comisión Nacional de Cultura un oficio en el cual se solicita que se dé al actualmente denominado « Teatro Nacional de Comedia » el nombre de « Teatro Nacional Cervantes ». Con tal motivo fué aprobado el texto del siguiente oficio en el que se expresan los fundamentos de la resolución:

Buenos Aires, 14 de noviembre de 1946.

Señor Presidente de la Comisión Nacional de Cultura, doctor don Ernesto Palacio.

S/D.

La Academia Argentina de Letras, atendiendo a mi doble carácter de Presidente de la misma y de miembro de esa honorable Comisión, me ha encargado de exponer, ante ésta, lo siguiente:

a) El actual « Teatro Nacional de Comedia », dependiente de la Comisión Nacional de Cultura, se llamó un tiempo « Teatro Cervantes ».

b) El nombre gloriosísimo del mayor escritor de nuestra lengua, ha sido, por lo menos en la práctica, eliminado del de dicho teatro.

c) La designación actual de « Teatro Nacional de Comedia » — que ni siquiera es gramatical, pues debiera ser « de la Comedia » —, es, por una parte, impropia, y por otra, redundante. Lo primero, porque la palabra « comedia » no significa ahora cualquier obra dramática, sino la de intriga y desenlace placenteros; y, salvo algún caso de *extensión*, cada vez más en desuso, excluye las especies escénicas de la tragedia y el drama, tan importantes como aquélla. Y en cuanto a la redundancia, se hallaría en que si se entiende abarcar con el término « comedia » todos los géneros teatrales, basta denominar teatro a un edificio o institución, para significar que atañe a todos aquéllos.

d) El nombre de « Cervantes », encarnación espléndida de la más alta tradición literaria, y, en más amplio sentido espiritual, de nuestra raza, no puede ser eliminado de la denominación de un señalado centro de cultura argentino, sin una especie de agravio, sin duda involuntario pero muy real, inferido a aquellos conceptos venerables.

Así, pues, propiciando que se suprima la expresión « de Comedia », por impropia, antigramatical o, en todo caso, redundante; que se reponga expresamente el nombre intangible de « Cervantes » y sin rozar, desde luego, el necesario término de « Nacional », la Academia Argentina de Letras ha estimado deber sugerir, muy deferentemente, a la Comisión Nacional de Cultura, que substituya la designación de « Teatro Nacional de Comedia » por la de « Teatro Nacional Cervantes », que expresa, sintética y armoniosamente, todo lo que debe expresar, y honra lo que corresponde honrar. Por cierto, que para esto último, ninguna ocasión mejor que la presente, dado que el año próximo se cumplirá el cuarto centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes.

Saludo al señor Presidente con la mayor consideración.

Carlos Ibarguren,
Presidente

Carlos Obligado,
Académico Secretario

Consulta acerca del nombre Freya. — Consultada la Academia acerca del nombre *Freya*, en junta de 7 de noviembre, aprobó el siguiente informe del señor Luis Alfonso:

« *Freya* es nombre de origen nórdico. Significa 'señora' ¹. En la poesía éddica, *Freya* es la diosa del amor, como la Afrodita o Venus de la mitología greco-romana. « Es, dice Federico Carlos Sáinz de Robles, la más dulce, la más sabia y la más bella de las diosas ». Su leyenda se ha confundido parcialmente con la de Friga, esposa de Odín. El nombre de *Freya* ha pasado a todas las lenguas cultas. Ricardo Jaimes Freyre lo recuerda en una de las poesías de *Castalia Bárbara*. « Ya en la selva sagrada no se oyen las viejas salmodias, / Ni la voz amorosa de *Freya* cantando a lo lejos » (*Eternum vale*) ».

Consulta acerca de las palabras *pallaco* y *payaso*. — Consultada la Academia acerca de « si la palabra *payaso* es de carácter sustantivo o adjetivo, si se usa dentro del léxico castellano, como palabra de las denominadas de uso general; si es de buen uso pronunciar la denominación PALLACO como *payaso* con y en vez de ll, qué denominación lleva dentro del orden gramatical la unión de la denominación PALLACO que está formada por la unión de las letras que integran el nombre de una razón social; si la denominación PALLACO, así formada, entraría dentro de las palabras denominadas de « fantasía » y en consecuencia inexistente en lengua castellana; si *pallaco* figura en el *Diccionario* de la Real Academia; si *payaso* se encuentra en la misma obra y si es de uso general y si las grafías de *payaso* y PALLACO son diferentes », se aprobó, en junta de 7 de noviembre, el informe del señor Luis Alfonso, que se transcribe a continuación:

« 1º La palabra *payaso* es sustantivo. Pertenece a la lengua común y es de uso general.

2º La ll de PALLACO no debe pronunciarse como la y de *payaso*. Empero, conviene advertir que *payaso* se ha escrito también

¹ EUGEN MOCK, *Mitología Nórdica* (Barcelona-Buenos Aires, Editorial Labor, [1932]), 139.

pallaso y *pallazo*, aunque *pasayo* es la grafía más generalizada (Juan B. Selva, *Guía del Buen Decir*, 2ª ed., 302-3).

3º La voz **PALLACO** constituye una cifra, palabra con que se denomina el « enlace de dos o más letras, generalmente las iniciales, de nombres y apellidos, que como abreviatura se emplea en sellos, marcas, etc. » (Academia Española, *Diccionario*, s. u. *cifra*).

4º La denominación **PALLACO**, formada como se indica en el párrafo anterior, es una palabra de fantasía y, por lo tanto, no existe en lengua castellana.

5º **PALLACO** figura en el *Diccionario* de la Real Academia Española como chilenismo, con el significado de « mineral bueno que se recoge entre los escombros de una mina abandonada ». Proviene del quichua *pallacuy* 'recoger para sí' (Lenz, *Diccionario Etimológico*, 551).

6º *Payaso* se encuentra en el *Diccionario* de la Real Academia Española y, como se ha indicado en el punto primero, es de uso general.

7º Las grafías de *payaso* y **PALLACO** son diferentes, tanto en lo que se refiere a las letras *ll*, *y*, como a los signos *c*, *s* ».

Consulta acerca de las palabras *clubman* y *clubista*. — En junta de 7 de noviembre, la Academia estudió una consulta acerca de si la palabra *clubman* puede considerarse incorporada a nuestro idioma o si, en lugar suyo, debe usarse la voz *clubista*, y aprobó el siguiente informe del señor Luis Alfonso:

« La voz inglesa *clubman* no ha sido incorporada a la lengua española, su empleo en nuestro medio es demasiado restringido para considerarla como perteneciente a la lengua común. *Clubista*, aceptada por la Academia Española para designar al socio de un club o círculo, no se usa tampoco con frecuencia, pero tiene la ventaja de estar formada de acuerdo con las reglas de la derivación castellana ».

Elección de autoridades. — La Academia, en junta de 7 de noviembre, procedió, por votación secreta, a elegir autoridades para el trienio 1946-1949, pues las actuales cesaban en sus funciones el día indicado.

Fueron reelectos los académicos de número señores Carlos Ibarguren y Carlos Obligado en los cargos de Presidente y Académico Secretario, respectivamente.

Homenaje a don Miguel de Cervantes Saavedra. — La Academia Argentina de Letras recibió la siguiente comunicación de la Academia Chilena de la Lengua Correspondiente de la Española :

Santiago de Chile, 29 de octubre de 1946.

Señor Don Carlos Ibarguren. Presidente de la Academia Argentina de Letras.

Buenos Aires, República Argentina.

Muy señor mío :

Esta Academia, en su última sesión, acordó dirigirse a todas las Academias correspondientes de la Real Española con el objeto de que intercedan ante la respectiva autoridad a fin de conseguir que el año próximo 1947 se haga una emisión de estampillas postales con la efigie de don Miguel de Cervantes Saavedra en conmemoración de cumplirse, en octubre de ese año, el cuarto centenario del nacimiento del más destacado de los grandes escritores de las letras castellanas.

El deseo de la Academia es, en efecto, que el recuerdo y el homenaje al incomparable autor de *Don Quijote de la Mancha* resulten rendidos por todos los que en América hablan nuestro idioma, el que se ha llamado tan justamente la bella lengua de Cervantes.

Saluda atentamente a Ud.

Miguel L. Amunátegui,
Director.

José A. Alfonso,
Secretario.

Aprobada la propuesta, la Academia Argentina de Letras acordó, en junta de 21 de noviembre, enviar el siguiente oficio al señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública :

« La Academia Argentina de Letras, con motivo de cumplirse el próximo año el cuarto centenario del nacimiento de don Mi-

guel de Cervantes Saavedra, solicita la impresión de sellos postales conmemorativos.

La Academia Argentina de Letras ha tenido muy especialmente en cuenta al resolver formular este pedido :

Que es necesario honrar debidamente a las grandes personalidades de nuestra cultura hispánica, cuya obra, como en el caso de don Miguel de Cervantes, la han colocado entre las primeras de la humanidad en todos los tiempos ;

Que la feliz circunstancia de que disfruta la Nación Argentina por pertenecer al grupo de las naciones de raigambre hispánica, la hace participante del incomparable tesoro de la cultura hispánica, principalmente caracterizada por la comunidad de idioma, de religión, de costumbres, de valores éticos, etc.

Y que al honrar los valores culturales hispánicos comunes a este brillante grupo de naciones, se tributa homenaje a un valor propio, como lo es la personalidad y la obra de Cervantes».

Recepción del señor académico de número doctor Enrique Larreta. — En junta del 21 de noviembre, la Academia acordó, considerando los deseos del señor académico de número don Enrique Larreta, que la sesión solemne de su recepción se efectúe el primer jueves de mayo del próximo año ; y también con el beneplácito del nuevo académico, quedó acordado que el señor académico secretario don Carlos Obligado pronunciará el discurso de bienvenida en nombre de la Academia.

Consulta acerca del nombre *Mireya*. — Consultada la Academia acerca del nombre *Mireya*, en junta del 19 de diciembre, aprobó el siguiente informe del señor Luis Alfonso :

«*Mireya* proviene del francés *Mireille* y éste del provenzal *Mireio*. El poema de Federico Mistral, que lleva por título dicho nombre, lo ha difundido ampliamente. Mistral ha contado en sus memorias y en *Lou Tresor dóu Felibrige* el origen de la denominación : «*Mireille*, ce nom fortuné qui porte en lui sa poésie, devait fatalement être celui de mon héroïne : car je l'avais, depuis le berceau, entendu dans la maison, mais rien que dans notre maison. Quand la pauvre Nanon, mon

aïeule maternelle, voulait gracieuser quelqu'une de ses filles:
— C'est Mireille, disait-elle, c'est la belle Mireille, c'est Mireille, mes amours.

Et ma mère, en plaisantant, disait parfois de quelque fillette:
— Tenez! la voyez-vous, Mireille mes amours!

Mais, quand je questionnais sur Mireille, personne n'en savait davantage: una historia perdida, dont il ne subsistait que le nom de l'héroïne et un rayon de beauté dans una brume d'amour. C'était assez pour porter bonheur à un poème qui, peut-être, -sait-on? -fut, par cette intuition qui appartient aux poètes, la reconstitution d'un roman véritable». (*Mémoires et Recits*; Paris, Librairie Plon; 1906; 195-196). «*Mireio*, añade Mistral, paraît être la forme provençale de *Mirian*, nom de femme encore usité dans les familles juives» (*Lou Tresor dóu Felibrige*, II, 344 b). La fama conquistada por el libro de Mistral y la ópera de Charles Gounod que en él se inspiró ha incorporado el nombre de *Mireya* a las lenguas cultas, inclusive el español: «Como en la *Odissea* presenta Menelao á Telémaco una copa de oro y plata, así también el pastor Hilario presenta a *Mireya* una copa tallada en boj para lograr su efecto» (Celestino Barallat y Falguera, *Prólogo*, en *Mireya*, ed. de Montaner y Simón, Barcelona, 1904, XII). «Las auroras y ocasos de la Granja de las Almezras, los celos y luchas de los dos rivales amadores de *Mireya*, la plegaria de ésta y el llanto de su padre, poesía homérica son, como lo es toda la descripción de las bellezas naturales de Provenza del *Calendal*» (Arturo Masriera, *Prólogo*, en *Calendal*, ed. de Montaner y Simón; Barcelona, 1907; X). «Y las hermanas de *Mireia*, la preciosa / flor que el arquero hirió, / por su memoria ofrendan ramos de mirto y rosa / a quien vida le dió» (Rubén Darío, *A Mistral*, en *Poema del Otoño*). *Mireya*, pues, forma parte de nuestra lengua, gracias al prestigio de una obra inmortal».

Consulta acerca del nombre *Munira*. — En junta de 19 de diciembre, la Academia consideró una consulta acerca del nombre *Munira*, y, previo informe del señor Luis Alfonso, resolvió contestar que «el nombre árabe *Munira* no está incorporado al idioma español».

NOTICIAS

Recepción del señor académico de número don Arturo Capdevila.

— La Academia Argentina de Letras celebró sesión pública el 24 de octubre para recibir al señor académico de número don Arturo Capdevila. La recepción se efectuó en el Teatro Nacional de la Comedia (o Teatro Cervantes). Estuvieron presentes los señores académicos: Rafael Alberto Arrieta, Enrique Banchs, Arturo Capdevila, Martín Gil, Roberto F. Giusti, Carlos Ibarguren, Arturo Marasso, Gustavo Martínez Zuviría, Álvaro Melián Lafinur, Carlos Obligado, José A. Oría, José León Pagano, Juan P. Ramos, y los señores académicos correspondientes Juan B. Selva y R. P. Rodolfo M. Ragucci, S. S. Ocupó el lugar de honor el presidente de la Academia, don Carlos Ibarguren, quien tenía a su derecha a Su Eminencia el Cardenal Primado Monseñor doctor Santiago Luis Copello, Arzobispo de Buenos Aires, y a ambos lados a los académicos don Arturo Capdevila y don Rafael Alberto Arrieta; le seguían en lugares especiales, los demás académicos presentes a quienes acompañaban el doctor Guillermo Rothe, que en su carácter de Ministro de Justicia e Instrucción Pública refrendó el decreto de creación de la Academia. Estaban presentes también los doctores Clodomiro Zavala y Ricardo Levene, representantes de la Academia de Derecho y Ciencias Sociales y Presidente de la Academia de la Historia, respectivamente. La sala del teatro ofrecía un bellissimo espectáculo en el marco hispánico de su arquitectura y de su decoración interior. Se hallaba colmada de un selecto y numeroso público que saludó con una salva de aplausos a la Academia en el momento en que se levantó el telón y apareció a la vista de la concurrencia.

Eran las diez y nueve cuando el señor Presidente declaró abierta la sesión, y acto continuo el señor académico de número don Rafael Alberto Arrieta pronunció el discurso de bienvenida en nombre de la corporación. En su discurso, el doctor Arrieta habló de la personalidad y la obra del nuevo académico. La disertación del doctor Arrieta fué muy aplaudida. A continuación el doctor Capdevila pronunció su discurso acerca del tema: «La carrera literaria», cuyo sumario es el siguiente:

Salutación. Las letras y la dicha del hombre. El posible consuelo. Los comienzos literarios y sus riesgos. Las minorías. ¿Y lo vernáculo? Los dioses de humo. El rigor de los hados. El destino y su técnica atrasada. Ser serenos. Risueño pero no trivial relato. La revista Nosotros. El mensaje de cada época. Mi generación y sus querellas. Fidípides. La carrera, su ocasión y su objetivo.

El discurso del señor académico doctor Capdevila fué calurosamente aplaudido. El acto concluyó a las veinte y treinta. Ambos discursos se publican en el *Boletín*.

ÍNDICE DEL TOMO XV

(1946)

ARRIETA, RAFAEL ALBERTO, <i>Discurso en la recepción de don Arturo Capdevila</i>	525
<i>Bibliografía de don Ramón J. Cárcano</i>	407
CAPDEVILA, ARTURO, <i>Discurso de recepción. La carrera literaria</i> ..	533
DÍAZ-PLAJA, GUILLERMO, <i>En el 50 aniversario de «Tierra baja»</i> ..	155
DÍAZ-PLAJA, GUILLERMO, <i>Conmemoración de Bretón de los Herreros</i>	425
GONZÁLEZ DE LA CALLE, PEDRO URBANO, <i>Glosa a un texto dudoso del maestro Cuervo (Notas de lectura)</i>	193
GUERRERO CÁRPENA, ISMAEL, <i>Santos Vega y Poca Ropa, payadores rioplatenses</i>	637
HENRÍQUEZ UREÑA, MAX, <i>Rubén Darío</i>	203
HENRÍQUEZ UREÑA, MAX, <i>José Enrique Rodó</i>	573
IBARGUREN, CARLOS, <i>Palabras con motivo del fallecimiento de don Ramón J. Cárcano</i>	177
MARASSO, ARTURO, <i>Píndaro en la literatura castellana</i>	7
MARASSO, ARTURO, <i>La Antología griega en España</i>	561
MAZZEI, ÁNGEL, <i>Pedro Henríquez Ureña</i>	419
MONNER SANS, JOSÉ MARÍA, <i>Notas sobre Gustavo Adolfo Bécquer</i> ..	273
MONNER SANS, JOSÉ MARÍA, <i>Las fuentes de las «Rimas» becquerianas</i>	447
RONCHI MARCH, CARLOS A., <i>Oswaldo Magnasco. Aspectos de su vida y de su cultura clásica, III</i>	475
SELVA, JUAN B., <i>Verbos nuevos</i>	179
TOVAR Y R., ENRIQUE D., <i>La labor de un quicheatra centroamericano. Notas sobre don Santiago Ignacio Barberena</i>	57
VEDIA Y MITRE, MARIANO DE, <i>El problema sexual en los sonetos de Shakespeare</i>	381

Textos y documentos :

GRANADA, DANIEL, <i>Apuntamientos sobre lexicografía americana con especial aplicación al Río de la Plata</i>	287
GRANADA, DANIEL, <i>Vicios de elocución. Uso impropio del adverbio dentro</i>	491
GRANADA, DANIEL, <i>El americanismo en los vocabularios español y portugués</i>	496
GRANADA, DANIEL, <i>Vocabulario paranaense</i>	507
GRANADA, DANIEL, <i>Sobre los nombres de los colores del caballo de América</i>	671

Acuerdos :

<i>Adhesión al homenaje al doctor Carlos Pellegrini</i>	521
<i>Conferencia del señor académico de número doctor Mariano de Vedia y Mitre</i>	374
<i>Commemoración del cuarto centenario del nacimiento de Cervantes</i>	375
<i>Consulta acerca de la cifra UN</i>	522
<i>Consulta acerca de la palabra doyen</i>	376
<i>Consulta acerca de la palabra escándalo</i>	513
<i>Consulta acerca de la palabra Protex</i>	376
<i>Consulta acerca de la pronunciación de apellidos</i>	373
<i>Consulta acerca de las palabras andinismo y alpinismo</i>	367
<i>Consulta acerca de las palabras musicólogo y musicógrafo</i> ...	519
<i>Consulta acerca de las palabras pallaco y payaso</i>	684
<i>Consulta acerca de la voz Yampre</i>	378
<i>Consulta acerca del nombre Aixa</i>	679
<i>Consulta acerca del nombre Anahí</i>	524
<i>Consulta acerca del nombre del poeta Guido y Spano</i>	378
<i>Consulta acerca de los nombres Erico y Haroldo</i>	367
<i>Consulta acerca del nombre Freya</i>	684
<i>Consulta acerca de los nombres Gisela y Ethel</i>	379
<i>Consulta acerca del nombre Jenaro</i>	376
<i>Consulta acerca del nombre araucano Jenekeo</i>	373
<i>Consulta acerca del nombre Waldo</i>	681
<i>Consulta acerca del nombre Mireya</i>	687
<i>Consulta acerca del nombre Munira</i>	688
<i>Creación del Departamento de Investigaciones Filológicas</i>	521
<i>Delegado en la Comisión que estudia los derechos de autor</i>	373
<i>Denominación del « Teatro Nacional de Comedia »</i>	682

<i>Designación de representantes de la Academia.....</i>	682
<i>Dirección de las publicaciones</i>	374
<i>Donación de un retrato de don Marcelino Menéndez y Pelayo .</i>	378
<i>Elección de académico de número.....</i>	521
<i>Fallecimiento del señor académico correspondiente don Pedro Henríquez Ureña.....</i>	375
<i>Fallecimiento del señor académico de número doctor Ramón J. Cárcano</i>	379
<i>Homenaje a don Miguel de Cervantes Saavedra</i>	686
<i>Homenaje al señor académico don Ramón J. Cárcano.....</i>	513
<i>Inauguración de la biblioteca de la Academia.....</i>	375
<i>Publicación de los acuerdos sobre el lenguaje.....</i>	375
<i>Publicaciones para el año de 1946.....</i>	374
<i>Recepción del señor académico de número doctor Arturo Cap- devila.....</i>	374, 522
<i>Recepción del señor académico de número doctor Enrique La- rreta.....</i>	687

Noticias

<i>Recepción del señor académico de número don Arturo Capdevila</i>	689
---	-----

C O N I
BUENOS AIRES